GLADIUS

Gladius Spiritus Quod Est Verbum Dei



Alfredo Sáenz

Dos cosmovisiones en pugna y la figura del Padre Castañeda

78

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

GLADIUS



78

INDICE

P. Julio Triviño / La conciencia de un poderoso "malo"

Héctor H. Hernández / Dos notas sobre "homomonio"

Juan Luis Gallardo / Criatura que nacerás

F. Louis-Marie OSB / Un cedro grabado en la piedra

P. Alfredo Sáenz / Dos cosmovisiones en pugna y la figura del Padre Castañeda

Nicolás Kasanzew / Combate de Top Malo

Enrique Díaz Araujo / 25 de Mayo

Alexandr Solyenitzin / La España franquista

Santiago Vázquez / Dostoievski, Nietzsche y dos conceptos de la psicología moderna

Patricio H. Randle / La decadencia de Occidente ya llegó

Manuel Vargas de la Torre / Platón pedagogo y teólogo

Thorin Escudo de Roble / Túrin Turamabar: un héroe pagano

In Memoriam

Pedro Santos Martínez
Clodomiro Ledesma

El testigo del tiempo. Bitácora
Libros y revistas recibidos



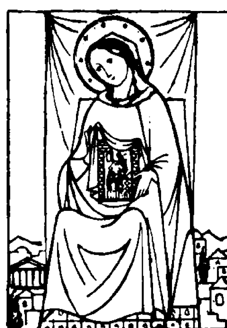
ISBN 978-987-659-019-8



GLADIUS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

78



INDICE

P. Julio Triviño
La conciencia de un poderoso “malo” 3

Héctor H. Hernández
Dos notas sobre “homomonio” 9

Juan Luis Gallardo
Criatura que nacerás 18

F. Louis-Marie OSB, Abad
Un cedro grabado en la piedra 21

P. Alfredo Sáenz
Dos cosmovisiones en pugna y la figura del Padre Castañeda 25

Nicolás Kasanzew
Combate de Top Malo 52

Enrique Díaz Araujo
25 de Mayo 55

Alexandr Solyenitzin
Sobre la España franquista 63

Santiago Vázquez
Dostoievski, Nietzsche y dos conceptos de la psicología moderna 71

Patricio H. Randle
La decadencia de Occidente ya llegó 79

Manuel Vargas de la Torre
Platón pedagogo y teólogo 103

Thorin Escudo de Roble
Túrin Turambar: un héroe pagano 119

Enrique Díaz Araujo
In Memoriam. **Pedro Santos Martínez** 135

Juan Luis Gallardo
In Memoriam. **Clodomiro Ledesma** 139

El testigo del tiempo. Bitácora 143

Documentos 151

Herodianas. Noticias del futuro: Asesinatos de guante jurídico (Héctor H. Hernández), 151-154 | Sobre el aborto. Declaración de Bariloche (Sergio Castaño), 155-157

Libros y revistas recibidos 159

Bibliografía 163

Benedicto XVI, *Los Padres de la Iglesia* (P. Alfredo Sáenz), 163-165 | Ricardo Dip, *Los derechos humanos y el derecho natural* (P. Alfredo Sáenz), 165-167 | Horacio Bojorge, *Vivir de cara al Padre* (P. Alfredo Sáenz), 167-168 | Miguel Ayuso, *La constitución cristiana de los Estados* (P. Alfredo Sáenz), 168-171

GLADIUS

Año 26 / Nº 78
Asunción de la Virgen 2010

Director

Marcelo Breide Obeid

Fundación Gladius

R. Breide Obeid, M. Breide Obeid
P. Rodríguez Barnes, E. Rodríguez Barnes,
J. Ferro, E. Zancaner, Z. Obeid

Colaboran en este número

Jorge N. Ferro, Patricio H. Randle,
Ricardo Bernotas, Eduardo B. M. Allegri

Ilustración de Tapa

El Cabildo Abierto del 22 de Mayo de 1810 (detalle)
Pedro Subercaseaux Errázuriz
(1880-1956)

La compra de las obras del fondo editorial y las suscripciones se pueden efectuar por correo: C. C. 376 (1000) Correo Central, Buenos Aires, República Argentina; o personalmente: Librería Leonardo Castellani, Bartolomé Mitre 2162, Buenos Aires, tel. 4136-2555/57

Para correspondencia o envío de artículos o recensiones dirigirse a Javier Rodríguez Barnes, secretario Gladius: tel. 4136-2558, fundaciongladius@fibertel.com.ar

Los artículos que llevan firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Fundación y son de responsabilidad de quien firma

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Sáenz, Alfredo
Dos cosmovisiones en pugna y la figura del Padre Castañeda - 1ª ed.
Buenos Aires: Gladius, 2010
176 p.; 23 x 15 cm.
ISBN 978-987-659-019-8
1. Filosofía de la Historia. I. Título.
CDD 901

Fecha de catalogación: 17-09-2010

Impreso por Editorial Baraga
del Centro Misional Baraga
Colón 2544, Lanús Oeste,
Buenos Aires, República Argentina

Septiembre de 2010

Editorial

La conciencia de un poderoso "malo" *

-abusó del poder
-robó al pueblo
-le mintió
-lo corrompió

Soy hijo de Adán.
Del siglo XX.
De la era cristiana.
Heredé su pecado y sus pasiones.
El Bautismo purificó mi alma.
Me dió la gracia de ser hijo de Dios.
Me hizo cristiano.
Amé a Cristo.
Cumplí su Palabra
Su luz iluminó mi niñez y adolescencia
Fui feliz.

Vivo ahora la tercera edad.
He vivido larga vida.
Pero mal.
Mi conciencia ahora me lo dice.
Creí que la había acallado para siempre.
Ahora me grita lo perverso que fui.
Me amarga de día.
Me perturba de noche.
Me sumerge en el vacío total.
Me desangra el alma.
Me desespera.

* Triviño, Julio, *La Conciencia*, ed. del autor, Buenos Aires 1980, pp.16-21.

Desperté a una juventud llena de vida.
Ávida de placeres, de dinero, de poder.
El mundo me abrió generosamente sus puertas.
Pero. ..tuve un obstáculo.
Mi conciencia cristiana.
Fue necesario acallarla.
Trastocarla.
Para que me permitiera:
    -alcanzar el poder a cualquier precio;
    -ganar dinero de toda forma posible,
        sin tabúes morales, ni religiosos;
    -gozar de todo placer, sin límite alguno,
        más allá del Bien y del Mal.
Mi mente se tomó fría.
Mi corazón insensible.
Lo que me permitió, sin dudar ni temblar,
mentir a conciencia,
robar a conciencia, matar a conciencia.

Era el único camino válido.
No dejaban otros los sistemas vigentes.
Sistemas políticos y socio-económicos ateos,
materialistas,
injustos,
mentirosos,
tramposos,
violentos.

Nadie podía llegar al poder
    sin destruir al adversario.
Nadie podía “hacer plata”
    con el trabajo honesto.
No había otra moral
    que la del interés personal.

Anulé pues mi conciencia cristiana.
La transformé en conciencia utilitaria.
Era bueno lo que a mí me convenía.
Era malo lo que menoscababa mis intereses.
Hice mía las palabras de “los impíos”
del Libro Bíblico de la Sabiduría (Cap. 2)

“Breve y triste es nuestra vida.
Todo termina con la muerte.
Somos obra de la casualidad.
(No hay un Dios creador ni juez).
Gocemos entonces de los bienes presentes.
Gocemos de lodo con nuestra fuerza juvenil.
Embriaguémosnos de vinos exquisitos
y de finos perfumes.
Gocemos de todas las flores de la primavera.
Coronémosnos de rosas antes de que se marchiten.
Que nadie deje de participar de nuestra orgía.
Esta es nuestra única herencia.
Oprimamos al pobre.
No tengamos compasión de las viudas,
ni de los ancianos.
Que nuestro poder sea la norma de la justicia.
Tendamos también trampas al justo
que reprueba nuestra conducta...”

Así logré poder.
Fui poder.
El poder me dio más riquezas
        y las riquezas, más poder.
Goberné.
Legislé.
Juzgué.
Manejé empresas.
Sindicatos.
Obras sociales.
Medios de comunicación.
Fui Rey.
La mentira y la trampa me abrieron el camino.
Mi actitud violenta impuso sumisión.
Mi voluntad, decidida a todo, inspiró respeto.
Fui aclamado.
Aplaudido.
Votado.

Dominé al pueblo.
Ente impersonal.
Conglomerado amorfo de hombres-masa.

Que no piensan por sí mismos.
Yo, poder, les hacía pensar como yo quería.
Ocultaba lo que quería ocultar.
Informaba lo que quería que supieran.

En nombre de la libertad
Di validez social a la corrupción.
Formé una sociedad tolerante y complaciente.
En la que se convivía con el robo y el crimen,
la coima y el negociado,
la pornografía, la prostitución y la droga.
Los postré ante los nuevos ídolos o modelos.
Cantores, músicos, actores,
deportistas, campeones, etc.,
de vida licenciosa y corrupta.
Ellos, por mímesis, los imitaron.
Los distraía también diariamente
con justas deportivas,
sorteos millonarios,
conciertos de música y canto.
Excitantes.
Sicodélicos.
Enervantes.
Histéricos.
Lo más apto para lavarles el cerebro.
Para impedirles que piensen, que lean.
Di derechos a la prensa, radio, cine y T.V.
para hacer la apología del sexo libre
y riculizar a la familia.
Promover el aborto, la homosexualidad,
el sexo precoz, la droga y la violencia
Fomenté una sociedad sádica,
Masoquista.

Convertí así al hombre-masa
en ávido consumidor
de cuanta corrupción es capaz el ser humano.
Cada adolescente y/o adulto iniciado en el vicio
era ya cliente mío, mi esclavo, mi votante.
Yo era así el gran demócrata.
Defensor meritorio de los derechos humanos.

Muchos me propusieron para el premio Nobel.
Así es como me hice rico, poderoso.
Y pude gozar de todos los placeres de la vida.

Pero... pasaron los años.
Mi vida entró en su ocaso.
Tuve que retirarme de la función pública.
Todos creen que vivo una vejez feliz.
Todo lo contrario.
Soy un hombre atormentado.
Ahora mi conciencia, libre de toda inhibición,
me acusa:

"Tuviste poder comprando y corrompiendo conciencias.
Te hiciste valer mintiendo.
Ocultando crímenes y robos.
Golpeando.
Violando.
Castigando a los buenos.
Perdonando a los malos.
Exaltando a los corruptos serviles.
Trabaste todo proyecto de moralidad pública.
Aprobaste cuanto favorecía la corrupción.
La corrupción era tu gran negocio.
Detrás de ti queda el tendal
de gente empobrecida,
jóvenes destruidos física y moralmente,
mujeres adolescentes y adultas prostituidas,
violadas, golpeadas, esterilizadas.
Familias destruidas,
miles de niños abortados,
una masa de hombres sin Dios,
sin moral, sin dignidad espiritual,
desesperados.
Una sociedad corrupta, injusta, violenta,
signada por el robo y el crimen de cada día.
Sí, tú, el otrora poderoso mandatario,
convertido ahora en un viejo achacado,
eres el culpable de tanta corrupción y tanto dolor..."

¡Oh dura voz de la conciencia!
A muchos les provoca arrepentimiento.
Imploran la misericordia de Dios y se salvan.
Yo no puedo hacerlo.
¡Renegué tanto de Dios!
¡Lo excluí tanto de mis ideas
para que no me molestara!
Lo separé de mis sentimientos.
Le cerré totalmente mi corazón.
Violé todos sus mandamientos.
Enseñé a otros a hacer lo mismo.
He perdido toda sensibilidad espiritual.
Me siento sin alma.
Desesperado, tal vez, corno Judas camino de la horca.
Y enloquecido también como Caín,
camino del remordimiento eterno.

P. JULIO TRIVIÑO

Dos notas sobre “homomonio” *

HÉCTOR H. HERNÁNDEZ

I
POR QUÉ NOS OPONEMOS

(Los católicos y el “homomonio”)

Los católicos nos oponemos al “homomonio” porque lo dice San Pablo, que para nosotros es palabra de Dios. Y como aquí y ahora en la vida social hay que elegir entre la ley de Dios y la Religión del Género, Ud. ya sabe de qué lado estamos.

Pero cuando nos vanagloriamos de tener el monopolio de la defensa de la familia fundada en el matrimonio-matrimonio para perpetuar la Argentina, nuestra Biblia nos dice que compartimos tesis con los judíos: “no te acostarás con varón como con mujer”, dado que “es abominación” (*sic*, libro del Levítico, 18,22). Y nada te digo cuando nos enteramos que también con los musulmanes, porque Ud. sabe, lector, lo que piensan, y también con los profesores de derecho de familia y con el fundador del psicoanálisis, según veremos y con...

Razones metafísicas

Los católicos nos oponemos por parecida razón por la que no queremos que el bote de dos pares de remos con timonel sea integrado

* Los artículos que damos a conocer fueron publicados en una versión previa en el diario *El Norte*, de San Nicolás de los Arroyos.

por tres timoneles, o el automóvil de rally sólo por dos navegantes, sin conductor que maniobre, acelere y frene y realice la carrera que le da el sentido a la cosa. *El problema es el del sentido de la cosa…* O al equipo de fútbol integrado por 11 arqueros, aunque la Asociación por los derechos de los arqueros haga setenta y tres juicios de amparo fundados en mil convenciones internacionales. O por parecidas razones por las que si fuésemos jurados en Cosquín rechazaríamos en el concurso de dúos de percusión y piano a un solista que se presente, o también al dúo de dos bombistos, y aunque nos interpongan 74 amparos con citas de los ángeles y los demonios y de la ONU. Porque el dúo se integra por dos y el de percusión y piano por piano y bombo. *Al pan, pan, y al vino, se le llama vino.*

Nos oponemos por razones tan metafísicas, teológicas, misteriosas, democráticas y totalitarias como que los actos sexuales se realizan por los órganos sexuales, y hay una natural adecuación de los del hombre a la mujer que no se da de otro modo. ¿O querés que te lo explique?

O ciertamente con una indignación muchísimo mayor que la que Ud. siente si fue a comprar un casal de canarios, al llegar a su casa se da cuenta que le vendieron dos hermosos machitos, y reclama por la estafa. Un "casal" es eso… y todos lo entienden. *Un matrimonio…*

Freud y la Comunidad Homosexual argentina

Nosotros no andamos controlando y exigiendo que la gente tenga relaciones sexuales, se case y tenga un hijo tras otro, pero nuestra Doctrina Social nos dice que lo que el Estado debe promover y proteger y reconocer es la ordenación del sexo a la procreación-amor, a la solidaridad y la grandeza de la Patria.

No nos oponemos de puro contreras, pues somos positivos y nos fundamos en el propio Sigmund Freud, cuando colocaba entre las enfermedades la homosexualidad, y no se construyen las instituciones jurídicas sobre las enfermedades, salvo para curarse y salir de ellas. En efecto, las organizaciones que agrupan a personas que tienen ciertas enfermedades, irregularidades o carencias, pueden ser reconocidas y sólo ser reconocidas en tanto y en cuanto haya allí algo valioso, en el caso, por ejemplo, para curarse. El fin siempre debe ser un bien…

Nosotros exigimos el respeto de las personas, al hilo de la máxima agustiniana amar al que yerra pero detestar el error, amar al pecador

pero odiar al pecado, reconocer los derechos que todos en cuanto seres humanos tienen, pero la comprensión no impide ni llamar a las cosas por su nombre ni dejarnos avasallar, ni llamar normal o a lo anormal, o reconocer inexistentes derechos donde no los hay.

Los católicos no somos negativos, y me animo a decir que estamos de acuerdo con la ultragrande mayoría de los homosexuales que no integran el Movimiento y que, o viven lo suyo con un dolor que quiere permanecer oculto pues quieren curarse y a veces no pueden o, como aprendí en un libro de Sebrelli, porque prefieren por otros motivos no menear el asunto.

Como que estamos de acuerdo con la profesora Graciela Medina, de la otra vereda, cuando ha dicho que los magistrados no nos pueden cambiar el concepto de matrimonio. Es que se trata de eso… del concepto de matrimonio y de la moral que tras estas concesiones que parecen pequeñas se impondrá a machamartillo por ley y coacción y la fuerza a todos.

No somos negativos, y hasta estamos de acuerdo con la Comunidad Homosexual argentina, cuando potenciando el número real se hace cruces (o lo que sea), clama al cielo (o adonde fuere), y se rasga las vestiduras abominando de la orientación sexual nefasta y detestable que ejercen los malditos y nunca suficientemente execrados curas pedófilos.

Queremos que las personas no sean injustamente discriminadas, pero precisamente seguimos a nuestro señor Pero Grullo cuando enseña que hay discriminaciones justas y discriminaciones injustas. Créanme que no lo veo a Charly García para reemplazar a Messi en el Mundial.

Disparate jurídico

Tan es un disparate jurídico el "homomonio", que les voy a contar lo que le pasó a la Jueza Seijas, la primera que en el Río de la Plata enmendó la plana al Código Civil al declararlo inconstitucional. Si Ud. lee toda la sentencia como yo lo hice, verá que en un momento tuvo que definir qué bendita cosa es matrimonio y fue al lugar adecuado, que son los tratadistas de Derecho de Familia. Pero todas las definiciones le dieron mal. El matrimonio es de uno con una, le decían todos los autores consultados, y no encontró ni uno solo al que le pasara por

el caletre que esto fuese inconstitucional, conforme quiere la Religión del Género. *El matrimonio es de uno con una…* Entonces dijo que había que cambiar la definición… Como el que dijo "tengo estos principios de vida, pero si no les gustan los cambio". Como la conclusión no le gustó, cambió las premisas…

Pero nos va mal a los argentinos. Porque la ultraminoría dentro de la ultraminoría nos tiene acorralados considerando que es un delito expresarnos con nuestro lenguaje, delito que ya han tipificado como "homofobia", y no se detienen en su marcha adelante. La misma sentencia decreta que somos unos delincuentes al usar el lenguaje con que se suele designar a los sodomitas. Y esta misma palabra, así largada, me podría costar problemas.

Se trata de dos concepciones opuestas y no de reconocer derechos que no hay o que están reconocidos

Se equivocan los ciudadanos y los parlamentarios que creen que "¡bue…, a nadie embroman, déjenlos que tengan sus derechos!" Como si se tratase de que la discusión se entabla, por un lado, entre algunos inadaptados lunáticos ultras que queremos negar derechos y, por otro, los pocos pero aguerridos y subsidiados que los reclaman. Y en el medio se queda muy oronda la inmensa mayoría que hace prez de sensatez y no ve la gravedad del asunto mientras que no les toque.

Porque del Movimiento y del fallo Seijas surge que sería legítimo discriminar en favor a los homosexuales dándoles preferencias y desigualándonos al resto para hacer justicia histórica compensatoria por las injusticias sufridas. Me veo venir que se establezca la prioridad de los homosexuales, a igualdad de puntaje, para los concursos, durante el tiempo que alcance para satisfacer la compensación por los siglos de discriminación sufrida. No me creen, lean la sentencia...

Y que de lo que se trata no es de algunos derechos económicos, para lo cual no hace falta cambiar legalmente nada, *sino de imponernos obligatoria y coactivamente y con la fuerza de la ley civil y penal y del Estado, a toda la comunidad, su propia concepción moral del matrimonio y otra moral sexual para todos.*

El que no la acepte queda en la ilegalidad. Si viviese San Pablo iría preso. Le pasaría lo que a Monseñor Baseotto, que fue declarado muerto civil y la condena repetida uniformemente por los medios a ca-

da rato, por repetir un trozo del Evangelio. Lo curioso es que repitió el paso de la piedra precisamente contra un ministro de la Nación que fletó un vuelo literalmente de la muerte para matar un chiquito en Mar del Plata. ¡A lo que hemos llegado!

En esto no hay ni puede haber indiferencia, como lo explica bien Eduardo Olazábal cuando explica en *El Derecho* que el Estado no puede ser neutral en las grandes cuestiones morales. Por ejemplo al poner el nombre de una calle, salvo adoptar los números o quizá los árboles. Y hay que optar entre lo que dice la Religión Católica (y todas sus compañías que hemos visto y el sentido común y el derecho natural y los civilistas argentinos, y las grandes mayorías…), y lo que dice la Religión del género.

La parte visible

El homomonio es sólo la parte visible del iceberg, que es la ideología de género, consistente en una cosmovisión que defiende la desconstrucción de la familia, no sólo porque según ella esclavizaría a la mujer, sino porque condiciona socialmente a los hijos para que acepten el hogar, el matrimonio y la maternidad como algo natural. Por lo tanto, es una postura que quiere imponer lo suyo, pero rechaza sistemáticamente pensar en la solidaridad moral y social, en la célula fundamental de la Patria, en construir con generosidad la difícil felicidad, para consagrar el egoísmo y hedonismo más brutal como escuela de vida. En suma, una ideología a la que no le entran balas hablando de lo que a la comunidad convenga, porque está encerrada en el individualismo, en el egoísmo y en el hedonismo absolutos…

Ud., argentino, va a llorar por este tema cuando a su nieto argentino del mañana le impongan por ley que todas las opciones sexuales son legítimas, encime le den clases prácticas y obligatorias para probar todo y luego elegir como hombre maduro su orientación sexual. Pero llegará su mal al paroxismo cuando vaya a reclamar indignado porque le imponen un patrón moral que detesta, y lo metan preso … a Ud. … sí a Ud. digo… por “discriminador homofóbico”…

Pienso que entonces preferirá la vieja y denostada religión de los argentinos a la religión del género.

Pienso que será tarde.

II
DEFENSA DEL DERECHO POSITIVO Y DEL BUEN SENTIDO

A medida que se fue descubriendo el alcance del golpe de mano para conseguirlo antes de iniciar la campaña electoral 2011, el "homomonio" fue encontrando resistencias. Manifestaciones en Buenos Aires, en San Juan, en Córdoba, en Mar del Plata; los evangélicos por un lado, los católicos por su parte o con aquéllos, con los obispos o a veces al margen suyo. Por otro, el nudista y ateo Rolando Hanghlin que sale a defender el matrimonio en el diario *La Nación* y en el Senado (*La Nación*, 4-VI-2010).

La profesora Graciela Medina

O la profesora Graciela Medina, especialista en derecho de familia y nunca seguidora de las posturas cristianas en el tema, desmenuzando el disparate una y otra vez en la revista *La Ley* (por lo menos en tres artículos y ya tenía un libro escrito). En su anteúltimo trabajo dice que los autores del proyecto pusieron un buscador con las palabras clave "padre, madre, esposa y esposo", procediendo a cambiarlos por "padres" y "cónyuges", con el resultado de que "hacen perder a las mujeres derechos duramente concedidos", o colocan "a las uniones de lesbianas y gay sobre aquéllas constituidas por hombres y mujeres" ("La ley de matrimonio homosexual proyectada. Evidente retroceso de los derechos de las mujeres", *La Ley,* 17-V-2010).

Amparo como héroe de Malvinas

Se ha visto que decir "no me discriminen" es sólo pretexto. No sabemos hasta dónde se va a llegar con el argumento de la discriminación y los derechos humanos locos, pero se hace preciso decir que hay discriminaciones que son justas y discriminaciones que son injustas. Lo propio del derecho es distinguir, y a cada cosa llamarla por su nombre. La lucha contra *toda discriminación* lleva no sólo a malos resultados sino al absurdo, y en este caso encubre un plan que va a otro objetivo. La sociedad se suicida si pierde el sentido del ridículo.

Me hubiera gustado ser condecorado con la medalla nicoleña al heroico valor en combate como sobreviviente del General Belgrano. Soy nicoleño y a mucha honra, y sobrevivo gracias a Dios, pero me faltó lo que en derecho llamamos "el título jurídico" de pelear en Malvinas y en el glorioso crucero… No haré ningún amparo al respecto que lo pierdo seguro.

Ejemplos de sinsentido

Es un sinsentido el matrimonio entre personas del mismo sexo. Salvo el sentido de instaurar como legítimo y moral la inmoralidad y alentar la destrucción del recto orden moral, sexual, matrimonial y familiar.

El mismo sentido que tiene que un ciego se sienta discriminado porque no lo nombran veedor de la AFA en los partidos de la Liga Nicoleña de fútbol. Es ridículo.

Respeto por las palabras

"Padres", "cónyuges", "combatiente", "premio", "veedor", son palabras que en derecho debemos respetar. "Matrimonio" también. Las viejas sociedades que conocieron y practicaron y hasta mucho la homosexualidad, ni soñaron con algo que sólo siete países en el mundo han pergeñado hoy al impulso generosamente estipendiado del minoritario Movimiento Gay, que no representa tampoco a los homosexuales.

La sensiblería al uso plantea problemas económicos, pero ya el propio apologista y artista Cibrián declaró que él tiene cubiertas las cosas con su testamento, que prolijamente cada tanto retoca, pues no hay necesidad económica en juego sino una cuestión de cambio de moral y que no lo fusilen como a García Lorca. (¿Quién persigue a quién en la Argentina? No estaría demás respetar a los heterosexuales, - dijo el antes citado periodista y escritor nudista, *La Nación*, 26 de mayo de 2010, y vuelvo a recordar que según la propia Dra. Medina el proyecto discrimina a los matrimonios heterosexuales…).

"Matrimonio" y "célula fundamental de la sociedad"

Como para la religión de género "en materia de sexo no hay correcto o incorrecto", según dijo la Jueza que declaró la primera inconstitucionalidad y que no encontró ni un jurista civilista ni constitucionalista en quienes apoyarse, preparémonos a vivir en la más amplia liberación sexual. A que se cambie también el Código Penal y el delito de corrupción de menores, a que se vea la prostitución como algo tan digno como la maternidad y como la educación de los chicos de la Patria, a la pedofilia o la poligamia o la poliandria como una posibilidad tan legítima como otras, y a que se postule a Tinelli ministro de educación y buenas costumbres. Y, entonces, a poner a "la Biblia –cuidadosamente, Discépolo enseña– junto al calefón".

Según la concepción de la filósofa norteamericana Judith Butler, sacerdotisa de la religión de género que es la más citada en la campaña del Movimiento y que se fue más allá del feminismo porque eso supondría reconocer a la mujer como tal, el derecho se viene a identificar con el deseo sexual de cada uno sin regla alguna. Con lo que de aprobarse la ley se consagraría la filosofía del hedonismo (el placer como norma que ha de ser reconocida) y del individualismo (pues en el matrimonio no se exigiría ninguna solidaridad y se consagraría el egoísmo descocado, depreciando el matrimonio porque a cualquier unión se le podría llamar tal).

De ese modo vamos a la destrucción de la Argentina y aumentaremos nuestra despoblación. ("La crisis de la UE deriva de su envejecimiento", ha escrito el economista Ricardo Arriazu, *Clarín*, 23-V-2010, p. 28).

Contraderecho

Pero esto va contra todo derecho, porque "la familia es el elemento *natural* y *fundamental* de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado", dice el artículo 16,3 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que es constitucional en la República Argentina. (Éste es el artículo que Sacheri siempre citaba elogiosamente de la mala Declaración).

Y el sentido de esta norma se explica en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, que repite lo anterior y añade el sentido que tienen el matrimonio y la familia: "Los Estados Partes en el presente Pacto reconocen que: 1. Se debe conceder a la familia, que es el elemento natural y fundamental de la sociedad, [nada de mera creación cultural] la más amplia protección y asistencia posibles, *especialmente para su constitución y mientras sea responsable del cuidado y la educación de los hijos a su cargo*". Se ve que según derecho el sentido principal de la familia son los hijos. Y sigue: "2. Se debe conceder especial protección *a las madres* durante un período de tiempo razonable antes y después del parto". El sentido principal del matrimonio es que haya *madre*, y no puede haber madre sin padre. Así de claro. Y al citar estos textos los citamos como *reconocedores del orden natural.*

Según el derecho positivo entonces, aunque haya otros fines del matrimonio, éste está ligado al sexo y la familia y la familia a la maternidad. Coincide con la definición de "matrimonio": "unión de hombre y mujer" Y con su etimología, que viene a significar "oficio de la madre". Es la ley natural. La ley que puso Dios. Los que con su unión desde el vamos no quieren de ninguna manera el fin esencial, jurídicamente no pueden ser matrimonio y no deben ser alentados o reconocidos como tales. No sería constitucional.

La fiesta del Bicentenario

En el Bicentenario recordamos la acción de unos tipos que fundaron la Argentina y se sacrificaron en serio. De hombres y mujeres que aprendieron, desde su hogar, la palabra "sacrificio". Y que nunca entendieron que los goces de la vida, que ellos se daban en su medida y armoniosamente o a veces fuera de toda medida y de toda regla, pudieran ser la norma de la construcción de la sociedad.

Con el diseño iusfilosófico del hedonismo y del individualismo, donde el matrimonio deja de tener relación con que vengan y se eduquen nuevos argentinos, la Patria se suicida. En sentido metafórico. En sentido moral. Y en un sentido realísimo de toda realidad.

Criatura que nacerás

Criatura que nacerás en nuestro suelo argentino,
desde ya le pido a Dios que vele por tu destino.

Que cuentes con un hogar que te reciba al nacer,
formado por el amor de un varón y una mujer.

Por el amor conyugal, por el dulce amor fecundo
que es el ámbito mejor para ingresar a este mundo.

Le pido a Dios por tu suerte, criatura que va a llegar,
le pido por el entorno que tu cuna ha de rodear.

Que encuentres esa ternura que sólo brinda una madre
y la sobria fortaleza que caracteriza a un padre.

Mezcla de índoles diversas, inherentes a los sexos,
con sus rasgos principales y sus detalles conexos.

Tu madre conformará con bondad tu corazón
y tu padre fijará los rumbos de tu razón.

De tu madre aprenderás los secretos del amor
y de tu padre las reglas del respeto y el honor.

Por ella conocerás los horrores de la guerra,
mas por él vas a saber que has de defender tu tierra.

Padre y madre te darán, con su acción complementaria,
para transitar tu vida la formación necesaria.

Tu madre te llevará por primera vez al templo
y en tu padre encontrarás la docencia del ejemplo.

Bendita diversidad, armónica y concordante,
que te han querido quitar, llevándote por delante.

Que te han querido quitar sin siquiera consultarte,
criatura, que en este intento no has tenido arte ni parte.

Te quieren arrebatar el derecho de tener
a un hombre que sea tu padre, como madre a una mujer.

Según está establecido por el orden natural
y conforme a lo admitido desde tiempo inmemorial.

Pidamos al cielo, entonces, que eso no vaya a ocurrir,
pidamos por tu ventura, criatura que va a venir.

Criatura que nacerás en nuestro suelo argentino,
desde ya le pido a Dios que vele por tu destino.

JUAN LUIS GALLARDO
julio 13 del 2010

Un cedro grabado en la piedra [1]

† F. Louis-Marie osb, Abad

El próximo 11 de abril seremos muchos en Santa María de la Guardia para la bendición de la primera piedra. Monseñor Herbreteau nos hará el grande honor de presidir esta ceremonia, expresando de esta manera toda su estima por la vida monástica. La Iglesia, desde hace 2000 años, en efecto, considera la vida totalmente consagrada a Dios como la niña de sus ojos. Esta bendición de la primera piedra es un acto litúrgico, un acto sagrado lleno de símbolos y fuente de gracias. Queremos, en efecto, que todos los trabajos, que requerirán generosidad, aptitudes y sacrificios, sean verdaderamente la obra de Dios y partan entonces de un acto de fe, de esperanza y de caridad. Sobre esta piedra, nuestro hermano Lázaro ha esculpido el blasón y la divisa de Santa María de la Guardia: *Respice Stellam*. Como el bautismo, que marca el alma para siempre y la configura a Cristo, esta inscripción da al monasterio su identidad y su vocación propia. Nos hemos inspirado en el blasón de Dom Gérard, que está en el origen de la fundación de este nuevo monasterio.

El cedro

El cedro expresa nuestro deseo de enraizamiento en esta región, que cuenta con magníficos ejemplares. Uno no deja de admirar los bellos cedros-liras que velan sobre la pequeña comunidad. El cedro es

1 Artículo en *Les Amis du Monastère*, nº 133, folleto informativo de la Abadía de Sainte-Madeleine de Le Barroux, 19 de marzo de 2010.

también un símbolo bíblico, muy presente, particularmente en los salmos. Es el signo de la fuerza tranquila, de la solidez de la virtud, de la estabilidad del santo que Dios protege. La vida monástica es una escuela de virtud al servicio del Señor, una escuela de paciencia y de fidelidad de todos los días. Una manera de reparar todas las fracturas, las traiciones, los divorcios, y de preparar la vida eterna que es la única que resiste al paso del tiempo.

El cedro ha dado su madera para cubrir el interior del Santo de los Santos del Templo de Salomón, y de este modo ha llegado a ser el símbolo de la adoración y de la alabanza permanentes. El monje abandona el mundo para consagrar toda su vida a la oración, volviendo sin cesar a la iglesia para llegar a ser un aleluia viviente. Siguiendo el pensamiento de San Bernardo, el cedro, como todos los árboles, es el símbolo de la teología monástica que se presenta como una meditación y una profundización de la palabra de Dios en la oración y la conversión. San Bernardo decía ingenuamente que todo lo que había aprendido en la Sagrada Escritura, lo había adquirido por la meditación y la oración en los bosques y en los campos; y repetía a menudo a sus amigos que nunca había tenido otros maestros más que los robles y las hayas. Permítanme abrir un fraternal paréntesis: Adrien, un gran amigo de la abadía Santa Magdalena, siguiendo el amor del santo por los árboles, ¡nos ha donado mil cedros del Atlas, un centenar de robles y diez castaños! (teniendo plantadas él mismo 450000 coníferas en su propiedad en Lozère). Dentro de cincuenta años, los novicios podrán ir al bosque para aprender a rezar como san Bernardo.

El cedro es también el Líbano, tierra de resistencia cristiana en donde Dom Gérard ha dejado parte de su corazón. Este cedro, en el blasón de Santa María de la Guardia, le dona como vocación rezar para que Francia y Europa reencuentren sus raíces cristianas y no zozobren nunca bajo el peso de la *dhimmitude* [2] como ya ha pasado en otros continentes otrora cristianos.

2 La cursiva es nuestra. No lo encontramos en español. La palabra *dhimmi* es un adjetivo usado como sustantivo en occidente. Deriva del nombre dhimma, que significa "pacto de confianza" y denota la relación legal entre no musulmanos y Estado islámico. Con el sufijo *thude* puede asumir significados diferentes, teniendo un valor puramente histórico, o contemporáneo, o ambos; puede referirse a todo el sistema del dhimma o a particulares. Se dice que el término fue creado en 1982 por el líder libanés maronita Bachir Gemavel para indicar las presuntas tentativas de la *Leadership* musulmana del país de subordinar la población cristiana.



La estrella

La estrella es el símbolo del cielo, nuestra verdadera patria. Los monjes están en tensión hacia la casa del Padre, allí donde la liturgia eterna se celebra alrededor del Cordero, con el coro de los ángeles y toda la multitud incontable de los elegidos. Este es el lugar del reposo, de la verdadera felicidad, de la luz eterna y de la plena saciedad. La estrella es la guía sobrenatural que nos conduce al Hijo de Dios. Los monjes son como los reyes magos, buscadores de Dios, que siguen una guía muy segura: la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio; y estos tres no hacen más que una estrella. La estrella es también la vocación de Santa María (de la Guardia) de llegar a ser una luz de esperanza para nuestros contemporáneos que no tienen ningún punto de referencia, ninguna trascendencia, y de los cuales Jesús tiene piedad porque son como un rebaño sin pastor. La estrella es la Virgen María, la *Stella Maris*, a la cual san Bernardo nos invita a mirar y a rezar:

Oh tú, quien quiera que seas, que, en esta marea del mundo, te sientes llevado a la deriva entre tormentas y tempestades en vez de estar en tierra firme, no te alejes de la luz de este astro, si no quieres hundirte en la borrasca.

Cuando se desencadenen las ráfagas de las tentaciones, cuando vas contra los arrecifes de la adversidad, mira la estrella, ¡invoca a María!

Si el orgullo, la ambición, los celos, te balancean en sus olas, mira la estrella, ¡clama a María!

Si la cólera o la avaricia, si los sortilegios de la carne sacuden la barca de tu alma, ¡mira a María!

Cuando, atormentado por la enormidad de tus faltas, avergonzado por las manchas de tu conciencia, aterrorizado por la amenaza del juicio, te dejas atrapar por el pozo sin fondo de la tristeza, por el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros, en las angustias, en las situaciones críticas, piensa a María, ¡clama a María!

Que su nombre no se caiga nunca de tus labios, que no abandone tu corazón, y para obtener el favor de sus oraciones, no ceses de imitar su vida.

¡Has tu propia experiencia de María!

Si la sigues, no te perderás.

Si le rezas, no desesperarás.

Si la miras con el pensamiento, no darás un paso en falso.

Que ella te sostenga, no caerás.

Que ella te proteja, no temerás.

Bajo su guía, no te cansarás.

Gracias a su favor, llegarás a puerto.

Dos cosmovisiones en pugna y la figura del Padre Castañeda

P. ALFREDO SÁENZ

Ponencia presentada por el autor en el Congreso Internacional de Historia, convocado en Roma por la Pontificia Comisión para América Latina y el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, con motivo del bicentenario del inicio de las independencias hispanoamericanas, del 19 al 22 de abril del presente año.

El presente bicentenario de la separación que las provincias españolas en América llevaron a cabo respecto de España sufre diversas interpretaciones. Antes de introducirnos en dicha temática, no carente de complejidades, hemos de señalar de entrada que la España de aquellos tiempos no era la misma que nos dio a luz. El agudo pensador español Eugenio Vegas Latapié nos describe así el gran viraje de la política española:

> España empezó a apartar su vista del ideal verdadero que la había hecho grande para ponerlo en Francia y en lo francés. En la segunda mitad de este siglo traidor –el siglo XVIII–, dejó de mandar a América misioneros y virreyes, padres de los pueblos y de los indios, y en su lugar fueron funcionarios ávidos de saciar y recuperar sus quebrantadas haciendas, reverentes admiradores de sus pontífices Voltaire y Rousseau. El germen de las infinitas revoluciones que han conmovido constantemente a veinte repúblicas americanas desde la Independencia hasta nuestros días, lo enviaban los afrancesados españoles en navíos como aquellos que Bastella tituló "de la Ilustración", que arribaban a Caracas con sus bodegas repletas de libros antirreligiosos y anarquizantes. Tiene razón quien, refiriéndose a las naciones americanas, escribió:

> "*Vous n'êtes les fils de l'Espagne, vous êtes les fils de la Révolution française*", aunque debió completarlo diciendo que la España contemporánea, la que va desde 1812 al 17 de julio de 1936, también era hija de la Revolución francesa.

Cuando se desencadenaron los trágicos acontecimientos en España, a raíz de la invasión napoleónica y la ocupación del trono por parte de José, el hermano del Emperador, en nuestras tierras hubo reacciones diversas. Algunos entendieron que había de mantenerse la fidelidad a España a pesar de todo, pasara lo que pasase. Entre ellos podemos incluir a uno de nuestros próceres más digno de admiración, Santiago de Liniers, el héroe de la resistencia frente a los invasores ingleses, que desembarcaron en Buenos Aires en 1806 y 1807. Aquel hombre había sido hecho Virrey, con la plena aceptación de sus súbditos. Luego, cuando estalló el movimiento revolucionario, creyó necesario no plegarse, decisión que lo llevó a ser finalmente ejecutado, en un acto verdaderamente canallesco. Su lealtad a España quedaba realzada por el hecho de que siendo francés e invitado por Napoleón a ponerse bajo su bandera, rechazó altivamente dicha propuesta. No en vano su familia, oriunda de La Vendée, era una de las que habían derramado más sangre en la epopeya vendeana del siglo XVIII por Dios y por el Rey de Francia. ¡Cómo fusilar a uno de nuestros grandes guerreros, fiel al rey hasta la muerte, según él lo entendía!

1. Dos cosmovisiones

La actitud de Liniers fue bastante excepcional, ya que la mayor parte de nuestros compatriotas se adhirieron al levantamiento. Sin embargo las opiniones se encontraban divididas. Tanto en la Argentina como en las demás naciones hispanoamericanas, se manifestaron dos grandes posturas.

Ante todo la *posición liberal*. Como nos lo acaba de decir Vegas Latapié, la ideología revolucionaria había ya penetrado en algunos sectores de la clase dirigente. Es cierto que hubo quienes, en las últimas décadas del siglo XVIII, se preocuparon por poner trabas al ingreso de las ideas masónicas. Ciertas Cédulas y Ordenanzas Reales prohibieron la importación de literatura revolucionaria, así como algunas autoridades eclesiásticas, por ejemplo el gran obispo de Córdoba,

monseñor José Antonio de San Alberto. Con todo, no por ello dejaron de introducirse entre nosotros, si bien de manera clandestina, un buen número de libros disolventes. Algunos de los llamados "próceres" de 1810 comenzaron a tender puentes con el julio francés de 1789, no vacilando en leer con admiración a Rousseau y Voltaire. Años después confesaría Vicente Fidel López: "El despertamiento de la literatura francesa inoculó en nosotros el mismo ardor por la Revolución y por el reinado de las ideas nuevas". Alberdi, por su parte, atestiguó en su *Autobiografía*: "Mi padre explicaba a los jóvenes en conferencias privadas, los principios del *Contrato Social* de Rousseau [...] Rousseau fue por muchos años mi lectura predilecta". Echeverría, otro miembro de aquel grupo, entendía que "éramos aliados naturales de Francia". Todo ello conspiraba contra España, no sólo la contemporánea de aquellos hechos, ya dolorosamente herida, sino también la España tradicional. Lo que aquellos hombres buscaban era cambiar de madre, apartándose de quien hasta entonces habían llamado cariñosamente "la Madre Patria". No en vano diría Bartolomé Mitre, años después: "España era nuestra madrastra". Así fue naciendo y consolidándose una fuerte corriente entre nosotros.

Pero también aquí, como en Francia, existía otra línea doctrinal, *católica e hispanizante*, que incluía a diversos cultores de la corriente contrarrevolucionaria europea, entre ellos el inefable padre Castañeda, a quien luego nos referiremos extensamente. Más aún, cierto grupo de buenos argentinos de esta línea bosquejaron un proyecto político y cultural opuesto al liberal, que tomó cuerpo en lo que se llamó "la Confederación", encabezada por Juan Manuel de Rosas. Un enemigo de dicha línea, Domingo Faustino Sarmiento, que llamó a Rosas "el Felipe II de América", escribiría en 1855: "Fuimos franceses con Rousseau y los revolucionarios de 1789, hasta que aquí como en Francia dieron aquellos árboles sus frutos amargos". En el periódico *El Nacional* del 1° de junio de dicho año confesaba: "Nuestro error está en haber copiado pésimos modelos y esos son los que nos ha dado la Francia con la Revolución de 1789".

Esta doble vertiente encontró sus respectivos propulsores. Ya hemos nombrado algunos de la corriente liberal. La tradicionalista, que se negaba a romper con la España patricia y el legado que de ella habíamos recibido, nos ha dejado valiosos testimonios: las *Memorias* de Cornelio Saavedra, la *Autobiografía* de Domingo Matheu, las cartas de Feliciano Chiclana, Juan José Viamonte y Tomás Manuel de Anchorena. De Manuel Belgrano nos queda una breve pero clarificadora

autobiografía; pero más que allí revela su pensamiento en la arenga que dirigió a sus tropas el 15 de diciembre de 1810: "¡Soldados! Vais a penetrar en territorio de nuestro amado Fernando VII [se refiere al territorio del Paraguay]. Sólo venís a libertar a los paraguayos y naturales de Misiones del cautiverio en que se hallan. Paz, unión, verdadera amistad con los españoles amantes de la patria y del rey; guerra, destrucción y aniquilamiento a los agentes de Napoleón, que son los que encienden el fuego de esta guerra civil". Según el grupo a que acabamos de aludir, el Mayo argentino no fue una rebelión contra España en general sino contra la España felona, la España inficionada por el espíritu de la Revolución francesa. Uno de los principales jefes de Mayo, el militar Cornelio Saavedra, se empeñó en mostrar que su intención no era en modo alguno separarse de España sino tan sólo tomar distancia de una Corona en franca decadencia. Nótese que si bien fue el Ejército el que se levantó, no lo hizo sino con el apoyo protagónico del Cabildo de Buenos Aires, capital del Virreinato, una hidalga institución de raigambre medieval, custodio de los fueros locales.

Lo que por aquel entonces sucedía en España era algo extremadamente grave. Las tropas de Napoleón, que llevaban en sus mochilas el ideario revolucionario, habían entrado en la península, apareciendo como inminente su ocupación total. Recuérdese que desde sus inicios la América Hispana había sido una entidad política especial, una serie de provincias unidas a España por la Corona de Castilla. La sujeción a la Monarquía reposaba en el hecho de que el conjunto de América constituía un Reino llamado de Indias, no fusionado con España, sino directamente dependiente de la Corona. Así lo había establecido definitivamente Carlos V mediante Real Cédula de 1519. Cuando la ocupación de España por parte de Napoleón quedó consolidada, se disolvió la Junta Central de Gobierno, sustituida por un antijurídico Consejo de Regencia, y una Asamblea, las Cortes de Cádiz. Éstas, dominadas por liberales educados en el espíritu de la revolución cultural, encarnada en la Enciclopedia, declararon el 24 de septiembre de 1810 que los Reinos de Indias debían estar unidos a la Metrópoli en una misma representación, lo que significaba la dependencia de España, más allá de la persona del Rey cautivo. Luego se aprobó la Constitución de 1812, reflejo claro del ideario de la Revolución francesa y de su Constitución revolucionaria de 1791. El liberalismo español buscaba destruir así el status jurídico político de Hispanoamérica. Al hacer que la monarquía dependiera de la Nación Española, a ésta transfería el Rey su potestad sobre las Indias, lo que era algo realmente insólito.

Por ello Hispanoamérica se rebeló. Surgieron entonces en distintas sedes de gobierno las Juntas de 1810. Cuando se advertían simpatías públicas o secretas de los virreyes respecto del Consejo de Regencia o habían sido designados por dicho Consejo, se los deponía, simple y llanamente, considerándoselos sin derechos a ejercer el gobierno en estos Reinos. Su permanencia hubiera implicado la ruptura del pacto tres veces centenario, el fin del proyecto fundacional, al que los Reinos americanos querían permanecer leales, en franca rebelión contra el absolutismo liberal masónico de las Cortes de Cádiz. Quede, pues, en claro que en ningún momento se planteó la cuestión de apartarse de la monarquía. La lealtad al Rey seguía incuestionable, aun sabiéndose que la Casa de Borbón, que ocupaba el trono desde los inicios del siglo XVIII, caminaba por senderos muy diversos a los transitados por la dinastía de los Austrias, siempre fiel al ideal de la Cristiandad y a la concepción del Rey como vicario de Dios en el orden temporal. Ese espíritu latente en América, que no podía no chocar con el absolutismo estatal borbónico manteniendo el carácter marcadamente municipal que le daban sus cabildos, es el mismo que el de la España sin Rey de 1808, cuando aconteció en la Península el levantamiento armado contra el invasor bonapartista jacobino y sus adláteres españoles. Por lo demás, desde México hasta la Argentina estaba siempre presente el recuerdo de las medidas masónicas de Carlos III en contra de la Compañía de Jesús, que produjeron motines en diversas ciudades de los Reinos de América.

En lo que compete a mi patria, véase lo que publicó el diario *La Gaceta de Buenos Aires* el 6 de diciembre de 1810: "Disueltos los vínculos que ligaban los pueblos con el monarca, cada provincia es dueña de sí misma, por cuanto el pacto social no establecía relaciones entre ellas directamente sino entre el Rey y los pueblos". Coincidía con dicha posición la que en Venezuela sustentaba Juan Germán Rocío, según lo mostró en carta a Andrés Bello. Allí se decía que la concesión de estas tierras era "limitada a los reyes don Fernando e Isabel, a sus descendientes y sucesores legítimos, y no comprende a los peninsulares ni a la Península ni a los de la Isla de León ni a los franceses". En el mismo año, la Junta Nacional de Chapultepec presentaba al Virrey de la Nueva España un plan redactado por José María Cos, en que luego de reiterarse la fidelidad a la monarquía se manifestaba el deseo de que "los europeos resignen el mando y la fuerza armada en un Congreso Nacional e Independiente de España, representativo de Fernando VII, que afiance sus derechos en estos dominios [...] Que declarada y

mencionada la independencia de una y otra parte, se echen en el olvido todos los agravios y los acontecimientos pasados, tomándose con este fin las providencias más activas, y todos los habitantes de estos pueblos, así criollos como europeos, constituyan indistintamente una nación de ciudadanos americanos vasallos de Fernando VII empeñados en promover la felicidad pública". Hubiera resultado una solución aceptable. Pero no pudo serlo por la incapacidad de un monarca disminuido y la perfidia de las camarillas que lo rodeaban en conexión con las logias masónicas.

Volviendo a lo que aconteció en nuestra patria argentina, reiteremos que coexistieron dos mayos. El que, remontándose a las esencias fundacionales de la monarquía de los Reyes Católicos, se oponía a las disposiciones de la Junta de Cádiz, y el que bailaba al son de la Marsellesa. Porque, efectivamente, hubo un Mayo liberal, masónico, antiespañol y anticatólico. Baste recordar las andanzas de personajes tales como Castelli, Moreno y Monteagudo, entre tantos otros. Refiriéndose a las ideas de uno de ellos, Mariano Moreno, Saavedra calificó de "robesperiano" al sistema que en base a ellas se quería adoptar, y en una de sus cartas llama a su contrincante "el malvado de Robespierre". El inicial enfrentamiento entre Moreno y Saavedra simboliza el choque de las dos vertientes. Por eso, a juicio de Federico Ibarguren, uno de los mejores revisionistas argentinos, en los hechos de mayo propiciados por la línea hispanizante hay que ver más que una "revolución", en el sentido moderno que se le da a esta palabra, una "restauración" de las antiguas leyes y principios de derecho público, vigentes en la antigua España de la Contrarreforma, que los Borbones absolutistas ya no cumplían en su régimen de gobierno sobre sus territorios, ahora ya no provincias sino colonias de América. Numerosos criollos del virreinato buscaban, no del todo conscientemente, por cierto, el retorno de un pasado vivo, olvidado ya en el siglo XVIII, demostrando en su sana reacción ser tan enemigos de los ingleses, herejes invasores, con armas en la mano, como de la Francia revolucionaria y su invasión cultural, encarnada ahora en la bandera tricolor, cuyo genial abanderado, el odiado Napoleón Bonaparte, no había vacilado en ocupar nuestra Madre Patria e imponernos por rey a un intruso.

Resumamos diciendo que cuando el 25 de mayo de 1810 cayó Cisneros, virrey del Río de la Plata, el movimiento que lo depuso se bifurcó en las dos corrientes históricas a que hemos aludido. La primera de ellas, encabezada por Saavedra, se apoyó en los representantes de tierra adentro, tradicionalistas a su manera, y la segunda, promovi-

da por Moreno, buscó una alianza secreta con la liberal Inglaterra, haciendo suya la política jacobino-revolucionaria de Robespierre. Los primeros, los saavedristas, propugnaban una autonomía legítima de España pero sin cambio en la mentalidad de fondo heredada ni rupturas con la filosofía política tradicional. Los segundos, los morenistas, propiciaban también la autonomía, pero al amparo de Gran Bretaña, tomando toda la distancia posible del viejo legado católico español que los liberales e iluministas de la época consideraban "atrasado". En otras palabras: de un lado la autonomía hispanoamericana, pero conservando el espíritu tradicional; y de otro esa misma autonomía, pero rechazando en lo religioso e ideológico la herencia de los siglos.

Años después reconocería Sarmiento en su libro *Facundo* dicha bifurcación: "En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo. Una naciente, que está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media. Y otra que sin cuidarse de los que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el XII viven juntos en Argentina".

2. Rosas y Rivadavia

Dos personajes han encarnado de manera peculiar esta orientación dual, continuando el camino abierto por Saavedra y Moreno. Nos referimos a Juan Manuel de Rosas y a Bernardino Rivadavia.

Rosas es la figura que mejor personifica nuestra continuidad con la España fundacional. Poniéndose a la cabeza de un movimiento nacional, el partido federal, luego de asumir el poder como gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación, trató de consolidar en el pueblo argentino las raíces hispánicas y tradicionales, edificando a partir de ellas. Y así como supo reconocer en España a la madre patria, entendió que los enemigos de dicha tradición eran concretamente tanto los ingleses como los franceses revolucionarios. Refiriéndose a las invasiones inglesas, heroicamente rechazadas por el pueblo de Buenos Aires al grito de "¡Fuera los herejes!", le dice en carta de 1832 a Estanislao López, otro caudillo de la misma madeja: "La repulsa de las invasiones inglesas en 1806 y 1807 debe atribuirse a un favor especial de la Divina Providencia, por intercesión de la Santísima Virgen María, madre

de Dios, invocada por el general Liniers y por el pueblo de Buenos Aires [...] Yo mismo, en diferentes épocas de mi vida pública, he reconocido y acatado la visible protección de Dios hacia la República". Entendía muy bien que la separación dolorosa de España no significaba el reniego de la religión que esa gran Nación nos había traído a través de sus misioneros: "Nuestra religión es la católica, apostólica y romana –afirma–. Es necesario que los funcionarios públicos se esfuercen para que sean respetados y cumplidos sus preceptos, en conformidad plena con lo que acuerdan los santos evangelios". Entendiendo bien la importancia que para ello tenía la formación de la juventud, incluyó estas palabras en los considerandos de un decreto de 1844: "La educación pública no solamente debe perfeccionar la razón, sino garantizar el orden religioso, social y político del Estado, ya que con ella se echan los fundamentos del espíritu nacional. El descuidar la enseñanza de la doctrina cristiana, conforme a la fe y a la moral de la Iglesia católica, es una escandalosa omisión que necesariamente debe producir muy fuertes consecuencias sobre el orden y la tranquilidad pública".

Rosas comprendió, aunque quizás de manera intuitiva, que aquel enfrentamiento de los dos bandos tenía raigambre teológica. Él había abrazado conscientemente la tradición hispánica, la de la Cristiandad, percibiendo en las ideas de sus enemigos, los del sector llamado "unitario", el influjo deletéreo de la moderna revolución anticristiana. Los críticos de Rosas decían que el "Restaurador", como se lo solía llamar por su propósito de restaurar las leyes y los valores tradicionales, se había instalado en una suerte de "Edad Media Argentina". La Iglesia, por su parte, a pesar de algunos defectos y errores de ese gran estadista, supo ver en él su apoyo y su sostén. Así monseñor Pedro Ortini, nuncio de la Santa Sede en Río de Janeiro y Delegado Apostólico para todas las ex colonias españolas, le escribía felicitándolo por su fervor católico. Rosas así le respondió: "Cuente V. Excelencia que seré siempre fiel a la religión en que nací, en que me eduqué y que he jurado proteger al tiempo de subir al primer asiento de la provincia de Buenos Aires". El nuncio alaba el celo de Rosas, entre otras cosas por impedir la propagación de libros inficionados de espíritu revolucionario: "Convencido aquel gobierno de que los malos libros que circulan desde mucho tiempo atrás en aquella vasta población, contribuyen en grado sumo a corromper las costumbres, apagar la fe y promover el desorden, arrestó a algunos vendedores de tales libros y prohibió para lo porvenir su venta. Dispuso asimismo la quema de una cantidad de

ellos en la plaza pública por manos del verdugo. Igual disposición se tomó con los grabados obscenos". Preocupóse, asimismo, por que se propagase la buena doctrina "para formar una nueva generación más decente que la presente", decía. A lo que agregaba: "Como yo estoy en la preocupación de que no puede haber república sin religión, todo mi empeño ha sido en que corran los catecismos de doctrina cristiana, que encontré muy economizados en el departamento, encareciendo no sólo la enseñanza de la doctrina, sino también las prácticas de religión como la confesión y comunión, etc.".

¿Quién era este estadista tan peculiar? Su padre había sido capitán de los ejércitos y administrador de las estancias del Rey. Desde chico, Rosas se formó en el campo, trabajando con su padre en la estancia de la familia. Quizás este contacto con la tierra contribuyó a librarlo del iluminismo enciclopedista, con su ideologismo de gabinete, que ya empezaba a apuntar en la enseñanza pública. Su apego al suelo patrio y a su familia, así como a las tradiciones hispánicas que había mamado, lo preparaban de manera inmejorable para entender el sentido de la Revolución anticristiana. Pero dicho posicionamiento no fue simplemente instintivo. Al parecer se informó debidamente del sentido de los acontecimientos contemporáneos de Europa que influían no poco en nuestro país, y pudo leer a varios de los pensadores contrarrevolucionarios, por ejemplo, al padre Agustín Barruel, de quien ha de haber aprendido que la masonería había sido la principal gestora de la Revolución francesa. Conoció, asimismo, los documentos pontificios condenatorios de las logias masónicas, lo cual se infiere de que en varios de sus documentos reproduce conceptos y aun duros adjetivos contenidos en aquellos textos romanos. Al tratar a sus enemigos de "salvajes e impíos unitarios", ¿no estaría queriendo decir que tales hombres se encontraban al servicio de la masonería destructora? Se sabe que tuvo también acceso a la obra de Edmund Burke, el gran contrarrevolucionario inglés. Más aún, su autor de cabecera fue el francés Gaspar de Réal de Curban (1682-1752), quien se inspiró en la filosofía política de Bossuet, según éste lo expusiera en su libro *La Politique tirée de l'Écriture Sainte*.

Señala Arturo Sampay que el ideario político de Rosas se muestra también deudor del pensamiento contrarrevolucionario por el aprecio que tenía de la tradición hispánica que imperaba en la Argentina antes de los sucesos de mayo, a la inversa de lo que pensaban sus contrincantes. "Los tiempos actuales –afirmaba– no son los de quietud y tranquilidad que precedieron el 25 de Mayo. Entonces la subordinación

estaba bien puesta, los guardias protegían las líneas [contra los indios], el fuego devorador de las guerras civiles no nos amenazaba [...], y había unión". Nada, pues, de extraño que, como escribe el padre Guillermo Furlong, siendo ya gobernante se dedicase a "restaurar en el país el espíritu genuino, ancestral y esencial del mismo".

La experiencia que Rosas fue adquiriendo con el ejercicio del poder no pudo sino consolidarlo en sus ideas contrarrevolucionarias. Comprendió que había de ganarse sobre todo a la gente sencilla, depositaria de la auténtica tradición nacional, no inficionada aún por el ideologismo subversivo de la *intelligentzia* porteña afrancesada. Entendía que el político se asemejaba a un artista que debía modelar al pueblo, como arcilla en sus manos; la buena o mala obra dependía enteramente de su calidad de gobernante, de político-artista. No se trataba, por cierto, de una tarea fácil. "Para mí el ideal de gobierno es el autócrata paternal, inteligente, desinteresado e infatigable, enérgico y resuelto a hacer la felicidad de su pueblo".

Uno de sus principales adversarios era "el innovador", epíteto al que recurría para calificar a quienes pugnaban por destruir los valores tradicionales, sustituyéndolos por los de la modernidad. "Sed precavidos, mis compatriotas –aconsejaba a los habitantes de Buenos Aires–, pero mucho más que todo sedlo con los innovadores, tumultuarios y enemigos de la autoridad". A su juicio, tales personas estaban contaminadas del espíritu de la masonería. "Las logias establecidas en Europa y ramificadas infortunadamente en América –afirmaba–, practican teorías desorganizadas y, procediendo al desenfreno de las pasiones, asestan golpes a la República, a la moral, y consiguientemente, a la tranquilidad del mundo". Más aún, en nota que le dirigió a Pío IX, en 1851, le decía: "Ese espíritu de disolución ha penetrado infortunadamente hasta en alguna parte del clero".

El Restaurador identificaba como enemigos suyos a los llamados "unitarios", propulsores de las transformaciones sociales revolucionarias que durante aquellos años se iban produciendo, especialmente en Europa. "La empresa que se han propuesto no es sólo de los que existen entre nosotros sino de las logias europeas ramificadas en todos los nuevos Estados de este continente". No creo extralimitarme si afirmo que entre los políticos argentinos del siglo XIX, testigos de la Revolución de Mayo, fue Rosas quien mejor comprendió el sentido bipolar de aquel acontecimiento. Tal lucidez lo acompañaría hasta el final de su vida. Desde su exilio en Inglaterra, al observar los sucesos de Euro-

pa, así le escribía en 1862 a Josefa Gómez, una amiga suya: "Hemos podido ver la marcha de la enfermedad política que se llama Revolución, cuyo término es la descomposición del cuerpo social".

Su pensamiento sobre los hechos acontecidos en nuestra patria hace dos siglos ha quedado claramente expresado en el enjundioso mensaje que pronunció en la Legislatura de Buenos Aires el 25 de mayo de 1836. "No se hizo [la Revolución de Mayo] –afirmó en aquella ocasión– para rebelarnos contra nuestro soberano, sino para conservarle la posesión de su autoridad. No se hizo para romper los vínculos que nos ligaban a los españoles, sino para fortalecerlos más por el amor y la gratitud. Pero ¡quién lo hubiera creído! Un acto tan heroico de generosidad y patriotismo no menos que de lealtad y fidelidad a la nación española, fue interpretado en algunos malignamente [...] Perseveramos siete años en aquella noble resolución de mantenernos fieles a España hasta que, cansados de sufrir males sobre males, nos pusimos en manos de la Divina Providencia y confiando en su infinita bondad y justicia nos declaramos libres e independientes de los Reyes de España y de toda otra dominación extranjera".

En total contraposición con la figura y la política de Rosas, abanderado de la causa fiel a las instancias hispánicas y católicas de nuestro naciente ser nacional, emergió entre nosotros otra figura, realmente funesta, en las antípodas de aquél. Nos referimos a Bernardino Rivadavia. En 1821 regresaba de Europa, con su mente colmada de proyectos. Su actuación pública fue anterior a la de Rosas, logrando ocupar la presidencia de la Nación. Sería la otra cara del levantamiento, ya no inspirado en los valores tradicionales sino al servicio de la ideología del iluminismo, a tono con el espíritu revolucionario imperante en diversos países de Europa. Porque si bien era un hombre de escasas luces, estaba al tanto de la lucha antirreligiosa que se había ido llevando a cabo, especialmente en la Francia revolucionaria. Así propició lo que se daría en llamar "la reforma eclesiástica", muy inspirada en la serie de medidas que pocos años atrás se habían tomado en aquel país. Era deudor de la otra cosmovisión de la Argentina, de una Argentina que pretendía nacer dando las espaldas a la madre que nos engendró y nos transmitió la fe católica.

No nos detendremos en el accionar de este personaje nefasto. Digamos tan sólo que para llevar adelante sus propósitos, se rodeó de un grupo de ideólogos laicistas, pero sobre todo de un puñado de sacerdotes liberales, regalistas, y varios de ellos apóstatas. Los propulsores

de la “reforma” usaban el lenguaje que se había puesto de moda en la pseudo intelectualidad porteña, citando con frecuencia a los llamados “filósofos modernos”, y muy particularmente a los enciclopedistas. El debate sobre la “reforma eclesiástica” tuvo lugar entre octubre y noviembre de 1822. Tras ser aprobada, se fue aplicando paso a paso. Primero se incautaron de los bienes eclesiásticos, comenzando por el convento y la casa de la Recoleta. Luego se apoderaron de los bienes de los padres Dominicos, Mercedarios y Betlemitas. Se abolió el fuero eclesiástico. Se cerró el seminario. Se suprimieron los diezmos, etc. Tal la obra de Rivadavia, quien trató de imponer su ley –y sus caprichos– a la Iglesia. No fue sino la contrapartida de Juan Manuel de Rosas, la interpretación masónica de nuestra separación de España. Refiriéndose a esta doble vertiente escribiría el padre Leonardo Castellani:

Todo el ser lo recibimos
de la madre antigua y sabia,
mi labio a nadie agravia
si digo esta frase fiel:
nos vino don Juan Manuel
y nos vino Rivadavia.

3. La figura del Padre Castañeda

Como si Dios lo hubiera elegido para enfrentar el proyecto subversivo, especialmente en su versión rivadaviana, emergió, en las filas del clero, una figura digna de particular encomio, la del fraile Francisco de Paula Castañeda. Nacido en Buenos Aires en 1776, ingresó, siendo todavía muy joven, en la Orden de San Francisco. A los 24 años de edad fue ordenado sacerdote, juntamente con Pedro Ignacio de Castro Barros. Ambos, el segundo en el interior del país, y el otro especialmente en Buenos Aires, asumirían una misión semejante: la defensa de la tradición hispánica y católica frente a los ultrajes de un liberalismo incipiente pero ya virulento. Pronto el padre Castañeda se haría cargo de una cátedra de filosofía en la ciudad de Córdoba. Ulteriormente fue destinado a Buenos Aires, al convento de la Recoleta –el Pilar–, donde en 1815 lo hicieron Superior. Allí comenzó a destacarse por sus proyectos en el campo de la educación.

Su vida no fue, por cierto, una aurora boreal. Andaban los tiempos recios, podríamos decir de la época en que le tocó vivir, como afirmaría de la suya Santa Teresa de Ávila. Fue Castañeda testigo de un aluvión de sucesos trascendentes en la alborada histórica de nuestra patria: las invasiones inglesas, la revolución de mayo, la declaración de la independencia respecto de España, el auge del liberalismo, los conatos de Rivadavia y el gobierno de Rosas. Frente a todos estos acontecimientos, tan dispares entre sí, el fraile franciscano adoptaría siempre una posición definida. Guillermo Furlong no vacila en afirmar que Castañeda fue el gran pensador que hubo en tierras argentinas entre 1810 y 1830, es decir, durante las dos primeras décadas de la Revolución.

Su primera actuación pública de relevancia fue con ocasión del hecho aciago y glorioso a la vez de *las invasiones inglesas*. Expulsados los invasores de Buenos Aires en 1806 y 1807, Castañeda, quien tenía a la sazón 30 años, fue el designado en ambas ocasiones para predicar los panegíricos de la Reconquista y de la Defensa. El primero de ellos, pronunciado en la catedral de Buenos Aires, delante de todas las corporaciones de la ciudad, así como del virrey Liniers, el héroe de la victoria, y el obispo Lué, quien pontificó en dicha ocasión, le granjeó singular nombradía como orador sagrado y como patriota.

Por segunda vez se manifestó la prestancia y coraje de su verbo con motivo del quinto aniversario de *la revolución de mayo*. A partir de 1810, era costumbre que en cada 25 de mayo algún sacerdote pronunciara en la catedral un sermón alusivo. Pero he aquí que en mayo de 1815 nadie quería hacerse cargo del mismo, ya que la situación era explosiva y altamente comprometedora. Fernando VII había retornado al trono y se anunciaba la inminencia de una expedición militar punitiva al Río de la Plata. En su sermón el orador aludió a aquella circunstancia: "Pues qué, ¿no hay más que entregarse al poder arbitrario de un Monarca joven, mal aconsejado o totalmente comprometido por el voto y dictámenes de unos ministros [...] que a fuego y sangre han querido obligarnos a seguir en todo y por todo sus antojos, extravagancias y caprichos?". España, reiterémoslo, no era la España de los Habsburgos. Era la España que oficialmente se había sometido a Napoleón, la España de los cortesanos y favoritos que manipulaban al Rey, la España de los Borbones, que habían ido transformando las viejas y altivas provincias de las Españas en colonias al servicio de la Metrópoli. No habíamos sido nosotros quienes renegamos de España. Era la madre la que había abandonado a sus hijos. Claramente lo dejaría dicho el mismo Castañeda en otra ocasión, al afirmar que no no-

s habíamos emancipado "con deshonor como rebeldes, forajidos y ladrones, sino con el honor correspondiente a los que hemos sido hijos y vasallos de la corona".

La posición de Castañeda frente a los hechos de mayo fue clarividente. Su olfato patriótico y teológico le permitió percibir los primeros síntomas de liberalismo en los fautores de la Revolución, o mejor, la confusa mezcla que se iba produciendo entre los hombres de la tradición, al estilo de Saavedra, de quien hablamos más arriba, para los cuales la distancia que se tomaba de España no implicaba, en modo alguno, la ruptura con todo el legado que ella nos había aportado, y los hombres de las "ideas nuevas", con tufillo a Revolución francesa. ¿La independencia de nuestra patria respecto de España sería también independencia de Dios y de su Iglesia? Esta era para él la cuestión esencial. Ya los gérmenes del espíritu revolucionario rupturista eran claramente perceptibles en algunos de los hombres de mayo, como Castelli y Monteagudo, quienes parecían ufanarse de hacer suyos los slogans de la impiedad europea. Castañeda supo ir a las raíces del error, desenmascarando el trasfondo teológicamente pelagiano de la Revolución de 1789, inspiradora de nuestros primeros liberales:

> El masacro de los reyes, la profanación de sus templos, la ruina de sus altares, la proscripción de sus sacerdotes y la extinción de todo culto, el desprecio de toda tradición y el olvido total del Evangelio, estos fueron los cimientos profundos de aquella torre altísima que iban a fabricar aquellos hombres famosos de nuestra edad para que fuese en los futuros siglos el padrón y monumento eterno de su frenesí, de su locura y demencia portentosa. Todos los materiales de ese edificio exótico debían salir, no de las canteras conocidas, sino de los espacios imaginarios, para que toda la obra fuese nueva; el ripio y la trabazón debían salir también de lo imposible, para que nada, nada, se debiese a Dios, sino que todo debía ser la obra jefe del genio, sabiduría y poder de los franceses. Esta fue, señores, la torre de Babel, que todos hemos visto erigida en nuestros días; torre famosa y memorable, cuya altiva y soberbia cumbre muy en breve llegó al cielo, no para engrandecer el nombre de los arquitectos, sino para irritar al Altísimo y obligarlo a que confundiese la lengua y pensamientos de aquellos hombres temerarios y sacrílegos.

Tolerancia, libertad, tales eran las palabras privilegiadas que enarbolaban con preferencia los que entendían la revolución de mayo en

sentido subversivo de los valores tradicionales. Tal el caballo de Troya que desde la Francia revolucionaria se había ido introduciendo subrepticiamente en nuestra patria. Por lo que Castañeda recomendaría en uno de sus periódicos: “Hágase una hoguera en medio de la plaza y entre en ella Voltaire con sus setenta tomos, que para nada los necesitamos; después que siga chamuscándose Juan Santiago [Rousseau], en compañía de Volney, de Payne, del Citador [un libro irreligioso que corría por la ciudad, llamado por la gente “Catecismo de la incredulidad”], y de cuantos libros embrollones han trastornado nuestro juicio”.

Que Buenos Aires reaccione decididamente contra la invasión ideológica, insistía. Y, por fin, la salida dramática: “De no hacerlo así, ya no queda otro recurso que el del hijo pródigo; si, señores, la España de quien nos ha separado no la rebelión, ni la perfidia, sino las circunstancias, y la deserción escandalosa de sus reyes, la España de quien jamás hemos estado tan quejosos como de nosotros mismos; la España y su regazo será el único asilo donde podremos acogernos cuando, por nuestra incredulidad, el hijo persiga al padre con un puñal, las hijas a la madre, y cuando un huésped no esté seguro de otro huésped a causa de ser todos ladrones”. Más de una vez, en años posteriores, Castañeda se lamentaría de no haber levantado la voz, con más fuerza y frecuencia, cuando afloraron las primeras iniciativas que preanunciaban la existencia de un nefasto proyecto político para nuestra patria. “Estoy muy enojado conmigo mismo –decía– porque en lugar de haber empezado a ladrar el año 10, sólo empecé mis ladridos el año 20”.

Nos hemos referido poco hace a la llamada “reforma eclesiástica” que llevó adelante Rivadavia. Por desgracia dicho conato encontró no sólo una apatía generalizada de parte del pueblo sino también la defección de no pocos clérigos. Castañeda bermejeaba de ira: “Digo que si Buenos Aires no toma un garrote y no muele a palos a tanto hablantín indecente, es el pueblo más rudo, más bárbaro y más chimango del universo”. Para colmo, veía que los periodistas, “como pájaros de organito”, profetizaban una y otra vez un porvenir maravilloso sobre la base de aquellas reformas. Entonces, confesó, “no se avino más con la flema de seguir siendo espectador”, y se puso a publicar gacetas. Él mismo así nos lo explica: “Yo emprendí mis periódicos con el fin de que mi pueblo se recobrase del desmayo universal que lo tenía postrado, para que entonándose, tomando aliento y cobrando sus antiguos bríos desquijarase leones como un Hércules. Para este efecto procuré

pensar, hablar y escribir delante de Dios con aquella libertad cristiana, ingenuidad apostólica y claridad expresiva con que pensaban, hablaban y escribían San Pablo, San Jerónimo, San Bernardo, y también como pensaron y hablaron los poetas satíricos, tanto griegos como latinos en tiempo de la culta gentilidad". Lo que más le afectaba, llenándolo de indignación, era el verse casi solo en la batalla: "Los peligros de la patria me obligaron a enfurecerme contra mis mismos amigos, ya acusándolos de apáticos, ya exhortándolos a que se dejasen arrebatar de mi furor y entrasen en mi vórtice". Al menos un consuelo lo acompañaría a lo largo de toda su existencia: el de no haberse acreditado de "prudente", de componendero, "de perro mudo, cuando sobraban motivos para ladrar hasta enronquecer".

Sobre todo le dolía la soledad en que le dejaban sus colegas en el sacerdocio y en la vida religiosa. Sus propios superiores, Provincial incluido, yacían en el letargo y la indolencia. En una de sus cartas escribe: "Yo no dudo que es llegado el tiempo de que los ministros del santuario celemos el honor de Dios, de modo que les pese a los señores libertinos; debemos celarlo redimiendo el tiempo que hemos perdido en tantas contemplaciones, indignas quizás de nuestro ministerio, y criminales delante de aquel Dios que nos hizo sus ministros, para que fuésemos sal de la tierra y luz del mundo. Nosotros debemos con la palabra de Dios herir y corregir a los viciosos y llenarlos de ignominia, a proporción de su protervia, y exponiéndonos a morir por salvar a nuestro pueblo de la infección en que lo precipitan los falsos doctores".

A algunos de sus cofrades que le pedían se callase les decía: "¿Y para qué tengo pico sino para despicarme?". Por fin, especialmente cuando aquéllos se vieron acosados por el despojo de sus propiedades y la ruina de sus comunidades, no les quedó sino recurrir a Castañeda para que los defendiera, pidiendo que sus superiores lo trasladasen del convento de la Recoleta al que se encuentra en el centro de la ciudad de Buenos Aires. A su juego lo habían llamado. El brioso fraile comenzó entonces a revolear el cordón de su hábito. ¡Y en qué forma! Su salida a la palestra periodística fue en 1821, cuando Juan Crisóstomo Lafinur desde su cátedra y un grupo de estudiantes en las columnas de la revista *El Americano*, comenzaron a difundir las novedades doctrinales de los pseudo filósofos de la Enciclopedia, precursores de la Revolución francesa. Castañeda se lanzó al combate entremezclando los argumentos filosóficos con versos como el siguiente:

La figura del siglo diecinueve
es la figura del mejor quibebe.

Diga yo novedades
aunque profiera mil barbaridades…

Dale que dale
la pura novedad es lo que vale.

Con todo, ello fue sólo el preludio. Era preciso desnudar a los corifeos de las ideas rivadavianas, al enemigo enquistado en el Gobierno. Y así dio a luz una serie de periódicos, tantos cuantos eran los oficiales, cuatro cuando eran cuatro, y ocho cuando eran ocho. Luchaba Castañeda al modo de los caballeros andantes, deshaciendo entuertos. Concebía las lides periodísticas con sus adversarios a la manera de una especie de lucha entre gladiadores, como en la Edad Media, cuando cada caballero elegía su rival para los torneos. Pero sus periódicos diferían en una cosa de los oficiales, ya que si los del Gobierno eran escritos por redactores diversos y bien pagos, para los suyos no contó con colaborador alguno, por más que él simulaba lo contrario: cuando sus publicaciones eran ocho hacía como si cuatro de ellas estuviesen dirigidas por varones y las otras cuatro por señoras, descontentas éstas de la cobardía de los varones. Nótese, asimismo, que sus periódicos, a diferencia de los del oficialismo, vivían de la pura venta de ejemplares. La gente los compraba y leía con avidez. Tanto lo que decía, como el modo tan sabroso con que se expresaba, le conquistaron el apoyo del pueblo en general. A ello contribuyó, sin duda, la causa que defendía, apreciada por el común de los argentinos, con la excepción de una ínfima minoría de pedantes afrancesados. Lo que más encantaba a la gente es que no andaba con vueltas sino que iba sin demoras al meollo de las cosas.

Refiriéndose, por ejemplo, a lo que aducían los enemigos de la Iglesia de que ya la vida religiosa no tenía sentido en aquellos tiempos, nuestro fraile les respondía: “Dice el secretario de Hacienda que los objetivos que los fundadores se propusieron ya no existen; y esta es una insolencia atroz por cualquier estilo que se considere. El objeto de atribución de todas las Órdenes religiosas y la santificación propia y ajena es vivir en comunidad bajo ciertas reglas, para hacer guerra al mundo, al demonio y a la carne, y guerra que sea de toda la vida;

pues como es verdad que en el siglo XIX hay mundo, hay demonio, hay carne, y además de todo eso hay también muchos filósofos letrados que son peores mil veces que el mundo, demonio y carne [...] las religiones son ahora más necesarias que nunca".

También Castañeda recurrió a la poesía popular. A los dos principales ministros del Estado reformador les dedicó un "cielito", en una de cuyas estrofas leemos:

García con Rivadavia
extinguen las religiones
para fundir en el Banco
las custodias y copones;
cielito, cielo, cielito,
cielito de las locuras,
cuando se aumentan las luces
nos quedamos más a oscuras.

Sus críticas fueron tan acerbas que le valieron ser desterrado a la Patagonia. Vuelto de allí, y advirtiendo que la campaña anticlerical seguía su curso, se lanzó nuevamente al ruedo. Ahora había alcanzado su madurez intelectual y periodística. Cada vez veía con mayor claridad que lo que estaba en juego no era otra cosa que la identidad de nuestra Patria, sacrificada en aras del extranjerismo. "Se han persuadido –dice en uno de sus artículos– que Dios sólo está en Francia, en Inglaterra, en Norte América y en todas partes menos en España y Sud América, siendo así que en donde menos se piensa salta la liebre. ¿Cómo hemos de tener espíritu nacional si en lo que menos pensamos es en ser lo que somos? Nosotros somos hispano-americanos, iberocolombinos, y esto hemos de ser siempre, si queremos ser algo; pero nosotros, empeñados en reducirnos a la nada, de repente somos ingleses, a renglón seguido andamos a la francesa, de ahí a la italiana; otra vez a la protestante, de ahí a lo filósofo incrédulo, y en fin según el librito que hemos leído en la nota precedente".

Denuncia, como vemos, la alienación extranjerizante en especial de nuestra clase dirigente, su abandono de la tradición hispánica en pro de las novedades del iluminismo. Pero Castañeda va más allá, apuntando claramente a lo que le parece constituir el principal error de la modernidad en el campo político, la doctrina más deletérea que

se deriva de la Revolución francesa, es a saber, el dogma de la soberanía del pueblo, principio destructor de toda sociedad que merezca el nombre de tal, "más funesta –dice– que todos los fusiles con bayoneta calada y más asoladora que toda la artillería disparando a quemarropa". Algunos políticos de aquella época, no demasiado distintos a los de hoy, se llenaban la boca con el slogan de la soberanía del pueblo. "Al grano, al grano, al grano –les contestaba Castañeda–. ¡Deje usted a ese pueblo soberano!". Y en frase chispeante: "La soberanía del pueblo no puede estar más clara en Juan Santiago ni más oscura a los diez años de práctica con que Dios nos ha castigado hasta el presente". Acabando por sugerir impertérrito: "Quémense en estatua por todas las capitales a Juan Santiago Rousseau, al impío Voltaire, y a toda la chamuchina de escritores hablantines".

Lo más gracioso fue que el pueblo, que mucho lo quería y admiraba, resolvió un día ejercer la famosa "soberanía" que el fraile le negaba, eligiéndolo como candidato. Votémoslo, se dijeron, para que nos "represente" en la Junta. Muchos así lo hicieron. Pero enseguida las autoridades declararon nula su elección, a lo que Castañeda se había anticipado, renunciando espectacularmente a sus presuntos "derechos". Los términos de su renuncia lo pintan de cuerpo entero:

> He visto que la soberanía mal entendida y mal buscada es el origen de todas nuestras desdichas, y aunque bendigo a un pueblo tan dócil y de tan buena índole, renuncio una y mil veces al cargo de representante porque no quiero ser sino lo que siempre he sido: padre de mi pueblo. La representación de una soberanía que desconozco, rebajando ese mi antiguo carácter, me es injuriosa [...] No pudiendo ni debiendo despojarme de mi paternidad con la cual aflijo a todos para reformarlos con mis siete periódicos y tres más que saldrán en primera oportunidad, a V.H. suplico se sirva declarar que la elección del pueblo recaída en mi persona se dirige no más que a acreditar la docilidad y acción de gracias con que ha recibido y recibirá mis amargas lecciones; pero que no es su ánimo violentar mi opinión, ni menos obligarme a que yo me entrometa a representar una soberanía que no tiene y que yo le he negado en mis escritos, porque estoy persuadido que la tal soberanía es toda su perdición.

Buena parte del batallar de Castañeda se llevó a cabo, como lo hemos señalado, a través de sus escritos. No, por cierto, que él creyese

demasiado en "la libertad de prensa", tal cual la proclamaban, ya entonces, los corifeos del naciente liberalismo. "La libertad de prensa por el espacio de diez años –escribió– nos ha surtido de escritores zaparrastrosos, que, haciendo de ella ramo de comercio, han corrompido la opinión pública". Fue dicha constatación la que lo impulsó a llevar adelante sus campañas por medio del periodismo. "Nadie me negará que los enemigos del orden, mientras tuvieren la opinión en su favor serán siempre invencibles, y siendo así que de los libros pende la opinión, es por consiguiente cierto y seguro que si abundan los malos libros la opinión se declarará a favor de los anarquistas; luego, si queremos acabar con el desorden es preciso, es inevitable, sustituir a los malos libros por los buenos". Ese sería su campo predilecto de batalla. "Fray Copete, que en todo se mete", le decían sus enemigos, refiriéndose a aquellas incursiones.

El estilo de Castañeda era, como se ha ido viendo, directo y crudo. Ni podía ser de otro modo, dado el lenguaje poco menos que procaz de sus adversarios volterianos, quienes no vacilaban en injuriarlo llamándolo: "sabandija inmunda y asquerosa", "trolle de taberna y quilombo", "trompeta de la discordia", y otras exquisiteces por el estilo. A más de inventar neologismos para caracterizar a sus adversarios, con frecuencia recurría también a los pseudónimos: "Mi señor don Año Veinte", "Mi señora doña Mala tos le siento al viejo", "Mi señora doña Maldita sea la Falsa Filosofía". Saldías ha comparado su estilo con el de Rabelais, franciscano él también, por su desenfado, sus cambios de letras o de terminaciones. Fray Pacífico Otero pudo decir de él: "No creo que la causa de la religión en el periodismo argentino haya estado nunca mejor defendida que cuando él supo hacer de su pluma algo así como un sable de granadero [...] El padre Castañeda se armó caballero en las lides del periodismo".

En vano le decían que se moderara, que se morigerara. "No, señores –respondía–; leña, leña, cada y cuando deba darla". Borracho parecía a ratos, escribe Capdevila. "Mas no era vino –comenta–; era celo apostólico eso que se le subía a la cabeza, entre llamas, a gobernar el mundo". Puesto que cuando Castañeda actuaba de esa forma no era por haber sucumbido a un arrebato de cólera mal entendida, olvidando su condición sacerdotal. Actuaba así *como* sacerdote, *porque* era sacerdote. De esta manera entendía su sacerdocio, sabiendo distinguir con precisión la crítica calumniosa de la que estaba inescindiblemente unida a la polémica. Al fin y al cabo, decía, "el Evangelio es una sátira inimitable y Jesucristo el satírico por excelencia. Sus sermo-

nes, sus hechos, sus parábolas, sus ejemplos son lo exquisito de la sátira. Más digo: Jesucristo agonizando en la cruz, Dios muerto de amores, Dios depositado en un sepulcro como yerto cadáver, sin acción, sin movimiento, y sin espíritus vitales, es una sátira que reprende nuestro egoísmo y nos estimula a que dejando la impiedad y los deseos criminales vivamos sobria y justamente en este mundo".

Magnífica su intuición de lo que debe ser la polémica con los necios: "Aunque el estilo sea caritativo no por eso me excusaré de manejar la arma emponzoñada del ridículo siempre que se ofrezca atacar a la falsa filosofía del siglo diez y nueve. Los filósofos incrédulos son unos necios de por vida, que ni entienden ni tampoco son capaces de entender palabras de prudencia, y el oráculo divino nos previene o que no les respondamos, o les respondamos conforme a su necedad, para que no se tengan por sabios: *responde stulto iuxta stultitiam suam ne sapiens sibi esse videatur* (responde al necio como merece su necedad, para que no se tenga por sabio) (Prov 26,5)". Su lenguaje fue ciertamente duro, quién lo podría negar, pero, como él mismo lo dice, "circunstancias tan desesperadas son las que me obligan a hablar desesperadamente". La indignación se hacía necesaria, la furia, "la santa furia", al decir de Capdevila, como expresión hervorosa del corazón. No era sino la indignación que brota de la piedad.

Año tras año, mes tras mes, semana tras semana, Castañeda no dejaba disparate sin su merecido. Desconoció, hay que reconocerlo, lo que era el descanso. O mejor, conoció algunos "descansos", pero forzados, ya que en diversas ocasiones, por decisión del Gobierno liberal, fue desterrado a distintos lugares del país. Pero aún en esos parajes, a veces desérticos, no permanecería ocioso, y, como dice Furlong, al regresar venía provisto de nueva metralla, más efectiva aún que la anteriormente empleada. Un hombre como él no pudo menos de ser odiado y perseguido por los enemigos de Cristo, de la Iglesia y de la Patria que él soñaba. La persecución estaba en el programa de su vida. La sobrellevó con entereza y hasta llegó a desearla. Así lo reconocería en una presentación que dirigió al Gobierno: "Un destierro y un cadalso serían para mí una honra y un digno término de mis amores extremosos". Amores extremosos, ¡qué notable expresión! Cierta vez, mientras se encontraba cumpliendo uno de esos destierros, el provisor del obispado de Buenos Aires, entonces vacante, monseñor Mariano Medrano, hizo gestiones para que fuese liberado y lo logró. Pero Castañeda era incorregible. Pronto recomenzó la impresión de varios periódicos. En uno de sus artículos escribiría: "Si la fuerza me

hace callar, me doy por mudo; si me hace matar, me doy por muerto; pero no diré jamás: *Veh mihi quia tacui* (ay de mí por haber callado) (Is 6,5)".

En verdad, fue Castañeda un sacerdote cabal, que supo defender con coraje indeficiente el credo católico escarnecido. Pero él no amaba sólo el Cristianismo, amaba también la Cristiandad, es decir, la impregnación evangélica de la sociedad a que pertenecía, impugnada al igual que aquél:

> Parece ya como dogma entre los políticos que el Evangelio nada tiene que ver con la política, porque tratando de cosas celestiales dista y se aleja tanto de la diplomacia como del cielo a la tierra [...] Mi objeto, pues, será demostrar palpablemente a nuestra incauta juventud que el Evangelio no sólo es un libro divino que contiene los artículos de nuestra común creencia, sino también un libro político que arregla y dirige admirablemente las costumbres, no sólo de los individuos entre sí, sino también de las naciones con respecto a Dios y a sí mismas; que Jesucristo es amabilísimo, no sólo porque es la gloria de su Padre y el ejemplar de los predestinados, sino también porque es todo Él un modelo de consumada política, tanto en sus palabras como en todas sus obras.

Bien sabía Castañeda que trabajar en pro de un Estado católico era disponer triunfos para Jesucristo y que la eficacia de la acción sacerdotal se vería amenazada si perdiese su raigambre sacral la autoridad política que debía protegerla. Por lo demás, no era un sacerdote híbrido, "cosmopolita", apátrida. Era un sacerdote argentino. "Sin jactancia –dejó escrito– yo soy el mejor patriota, o uno de los mejores patriotas que hay en la América". Bien ha afirmado Saldías: "Él era carne de ese pueblo. Se sentía atraído por él, por ese amor inmenso que nace en el fondo de las almas grandes". Tenía conciencia de ser en cierta manera el portavoz de la Nación. Por su boca hablaba la Patria profunda. Con razón hubiera podido decir, parafraseando a Unamuno, que "le dolía la Argentina", su patria herida. En un sermón que pronunció en la catedral de Buenos Aires, dejó esta magnífica reflexión terminal:

> Concluiré, pues, asegurando que nuestra amada y común patria hasta el día de hoy ha sido aquella misma mujer enferma del Evange-

lio que habiendo por el espacio de doce años gastado inútilmente toda su hacienda en médicos y medicinas, por último no tuvo más arbitrio que allegarse con fe, amor y respeto a Jesucristo. Yo espero, decía ella, que en tocando sus vestidos conseguiré la salud. Se acercó, tocó el vestido, y en el momento cesó el flujo de la sangre.

Y bien: vosotros no podéis ignorar que desde Beresford van ya cumplidos doce años y nuestra patria no hace más que derramar sangre y prodigar tesoros en médicos y medicinas, buscando inútilmente la salud, la libertad, la seguridad, la igualdad, la independencia; no resta, pues, sino que, imitando la fe viva de aquella dichosa mujer, deponga para siempre el frenesí político-religioso que la devora y consume, y sólo trate de tocar cuanto antes las vestiduras del Verbo, que son los misterios de la humanidad desde el pesebre hasta la cruz, y desde la cruz hasta el supremo solio de la gloria.

En medio de sus refriegas doctrinales, jamás Castañeda dejó de lado su carácter sacerdotal. Cierta vez en que su pluma echaba chispas, un íntimo amigo suyo, Vicente Anastasio de Echevarría, le aconsejó que de una vez por todas dejase en paz a los enemigos de la Iglesia y se contentara con celebrar Misa y cuidar de sus escuelas. La respuesta del indomable fraile fue digna de él: “Pero, amigo, es precisamente la Misa lo que me enardece, y me arrastra, y me obliga a la lucha incesante”.

Hacia el final de su vida, estando en la ciudad de Paraná, concibió un designio tan emocionante como atrevido: la restauración de las reducciones jesuíticas tanto de Misiones como del Chaco y del sur de la provincia de Buenos Aires. En orden a lograr dicho propósito escribió a Juan Manuel de Rosas, Fructoso Rivera, Estanislao López y León Solá. Con un proyecto semejante palpitándole en su corazón, irrealizable por su misma grandiosidad y la desproporción de los medios de que se disponía, vio llegar su última hora en aquella ciudad, donde falleció santamente el 11 de marzo de 1832. Rosas, que lo apreciaba sobremanera, ordenó el traslado de sus restos a Buenos Aires, como de hecho se hizo. Con gran concurso de pueblo, el ataúd fue llevado solemnemente hasta el convento de San Francisco.

Hombre superior este padre Castañeda, hombre superior de veras. El cardenal José Albani, Secretario de Estado de Pío VIII, en carta que en 1829 enviara a fray José María Valzi, Maestro del Sacro Palacio, no vacilaría en calificarlo de “atleta de la buena causa”.

Colofón

En la Argentina, la versión oficial de los historiadores del sistema imperante, ha sido desde hace tiempo la democrático-liberal, y más recientemente se ha agregado la marxista. Gracias a Dios en estas últimas décadas un grupo de historiadores revisionistas han ido poniendo las cosas en su lugar, dejando en claro que hubo otro Mayo "monárquico, hispánico y católico –según afirma Antonio Caponnetto–, enemigo de Napoleón, que no de España, fiel a nuestra condición de Reino de un Imperio Católico, legítima e ingenuamente leal al Rey cautivo, y germen de una autonomía, que devino forzosamente en independencia, cuando la orfandad española fue total, como total el desquicio de la casa gobernante".

No podemos dejar de admitir que hubo entre nosotros auténticos patriotas que lucharon del lado de Fernando VII, que el proceso incluyó una dolorosa guerra civil en la que no pocos nacidos en nuestras tierras americanas creyeron deber suyo combatir en favor de la Corona, con un gesto de lealtad que los honra. Entre ellos, uno de los grandes arquetipos de nuestra patria, Santiago de Liniers, de quien hablamos al comienzo, el gran vencedor en las invasiones inglesas, acontecidas poco antes de que estallase la revolución de Mayo, y que murió inicuamente fusilado por algunos demasiado fácilmente llamados "patriotas". Pero tales realidades no nos autorizan a ignorar la gravísima crisis por la que estaba pasando el Imperio Español. Nos parece desacertado negarse a admitir que a comienzos de 1810 sólo quedaban las apariencias de España, "con los franceses que salían por un lado y los ingleses que entraban por el otro", al decir de Benito Pérez Galdós. Ni se puede dejar de advertir que tanto ultraje, tanto vejamen y anonadamiento de la Madre Patria eran males ocasionados en buena parte por sus mismos reyes felones, por su misma corte, poblada de adulones, por la vacancia y acefalía cobarde de una Corona que ya no era, ni de lejos, la de los siglos del Descubrimiento, de la Conquista y de la Evangelización. Cómo no ver, escribe Luís Alfredo Andregnette Capurro, que "las Cortes de 1810 y 1812, pletóricas de iluminismo jacobino, y Fernando VII con su avaricia absolutista, precursora del liberalismo, sellaron la destrucción del Imperio Católico". Delito que se perpetró no sin varias previas puñaladas traperas, como cuando el 24 de septiembre de 1810 las Cortes de Cádiz acordaron la ley por la cual se dispuso la extinción de las Provincias y Reinos diferenciados de

España e Indias, declarándose así abolidas las honrosas actas firmadas por Carlos V en Barcelona el año 1519.

¿Qué festejaremos, pues, los argentinos el 25 de Mayo?, se pregunta Caponnetto. No el 25 de Mayo masón. Ese será, sin duda, el de los festejos públicos, un Mayo falsificado. Tampoco el Mayo tal cual lo interpretan algunos entrañables amigos españoles, para quienes lo de nosotros no fue sino una simple y llana traición a España. Traidores, los hubo, sin duda, pero en aquel acontecimiento actuaron también personas llenas de lealtad y fidelidad, de prudente, gradual y legítimo sentido de emancipación americana. "¿De qué lado estaba la traición? ¿De los americanos que se levantaban jurando fidelidad al Rey cautivo, deseando conservar sus tierras, aunque reclamando la necesaria autonomía para no ser arrastrados por la crisis peninsular, o de la casa española que pactó la rendición ante Napoleón Bonaparte? ¿Quiénes eran los leales, los que se rebelaban aquí, a imitación de los combatientes hispánicos, para comportarse como súbditos corajudos y lúcidos, o aquellos funcionarios, cortesanos o monarcas que se desentendieron vilmente de la suerte de estos Reinos [...]? ¿Adónde la fidelidad? ¿En las intrigas borbónicas para convertirnos en patos de la boda, como decía Saavedra, o en este surero Buenos Aires levantado en hazañas, primero contra el hereje britano, y contra los alcahuetes de Pepe Botellas después, y en ambos casos, levantado siempre con la bandera de España?"

No podemos dejar de reconocer por cierto, que aquella primigenia concepción, católica e hispánica, de Mayo, fue siendo gradualmente dejada de lado por los que luego lograron apoderarse del poder político y cultural en nuestra sufrida patria, particularmente a partir de la caída de Rosas. Y así, juntamente con la antigua y auténtica tradición, comenzó a consolidarse otra "tradición", si cabe la palabra en este caso, que con el correr de los años se ha ido haciendo piel en nuestro país. Coexistieron, así, y ya desde el comienzo, dos cosmovisiones en colisión, según lo hemos señalado a lo largo de esta ponencia, y siguen coexistiendo, si bien con prevalencia de la versión liberal y masónica. Esta última pasó a ser un dogma indiscutido, en virtud del cual hubo de repetirse una y otra vez que la Argentina no nació con la llegada de España a nuestro continente, sino en 1810, bajo los auspicios del liberalismo y de la sacrosanta revolución de 1789; los realistas que en aquellos tiempos vivían entre nosotros no eran sino tiranos opresores, los revolucionarios, en cambio, libertadores. El texto de nuestro mismo himno nacional no está exento de dichos prejuicios. Confieso

que no deja de resultarme penoso repetir algunas de sus expresiones, por ejemplo, "oíd el ruido de rotas cadenas", ¿cuáles fueron esas cadenas?; "ved en trono a la noble igualdad", una igualdad sentada en el trono, ¿puede seguir siendo igualdad?

Concluyamos con Caponnetto: "La historia es historia de lo que fue, no de lo que pudo haber sido, o de lo que nos hubiese gustado que fuera. Nos hubiera gustado que el Imperio Hispano Católico no se extinguiera, y que nosotros nos constituyéramos en "la última avanzada de ese Imperio", como cantaba Anzoátegui. Nos hubiera gustado que Mayo no hubiese sido necesario [...] Pero los hechos se dieron de otro modo, seguramente por permisión de la Divina Providencia. Y no renegamos de nuestro Mayo católico e hispánico, ni de una autonomía que no era desarraigo, ni separación espiritual, ni ingratitud moral. No renegamos de aquellos patriotas que, portadores de sangre y de estirpe hispanocriolla, tuvieron que batirse al fin, heroicamente, para que esa autonomía fuese respetada".

Dos siglos han transcurrido desde aquellos acontecimientos. El momento actual nos invita a mirar hacia atrás y a mirar hacia delante. Hacia atrás, ante todo, como lo hemos hecho en esta disertación, no por mero afán memorista, sino con el deseo de reconocer nuestros orígenes, de añorar nuestros veneros fundacionales, la Iglesia Católica que nos engendró y la Madre Patria gloriosa que nos dio a luz. Hoy se está gestando una globalización totalitaria que, al decir de Francis Fukuyama, uno de sus principales ideólogos, tiene dos grandes adversarios: las religiones, especialmente la católica, que al convocar a la trascendencia atenta de manera frontal contra el sentido inmanentista que caracteriza a aquel proyecto, y las patrias, que conspiran contra lo que él llama "el Estado universal homogéneo". No nos diluyamos en ese conglomerado informe, disolvente de los grandes valores. No abdiquemos de nuestra identidad. Unámonos todos los que hemos salido de la misma matriz, en una confederación de pueblos hispanoamericanos que se resuelvan de una vez por todas a tirar por la borda la cosmovisión liberal-marxista, tan ajena a nuestra idiosincrasia original, para poder reencontrar la frescura de los amores primigenios. En medio de la decadencia generalizada de nuestro tiempo, el bloque hispanoamericano, si logra gestarse, tiene una palabra que decir al mundo, una palabra tradicional, y por ello original, una palabra salvífica.

Bibliografía consultada

Federico Ibarguren, *Nuestra tradición histórica*, Dictio, Buenos Aires 1987.

Roberto Marfany, *El Cabildo de Mayo,* Macchi, Buenos Aires 1982.

Enrique Díaz Araujo, *Mayo Revisado*, Santiago Apóstol, Buenos Aires 2005.

Adolfo Saldías, *Vida y escritos del P. Castañeda*, Ed. Arnoldo Moen y Hno, Buenos Aires 1907.

Pacífico Otero, *El Padre Castañeda. Su obra ante la posteridad y en la Historia*, Ed. Cabaut, Buenos Aires 1907.

Arturo Capdevila, *La santa furia del padre Castañeda.* Cronicón porteño de frailes y comefrailes donde no queda títere con cabeza, Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona 1933.

Cayetano Bruno, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Ed. Don Bosco, volumen VII, Buenos Aires 1972.

Guillermo Furlong, *Vida y obra de fray Francisco de Paula Castañeda: un testigo de la naciente patria argentina 1810-1830,* Ed. Castañeda, Buenos Aires 1974.

Francisco de Paula Castañeda, *Doña María Retazos, 1821-1823*, Taurus, Buenos Aires 2001.

Antonio Caponnetto, *El problema del 25 de mayo*, en: http://revistacabildo.blogspot.com/2009_01_01_archive.html

COMBATE DE TOP MALO

Nicolás Kasanzew

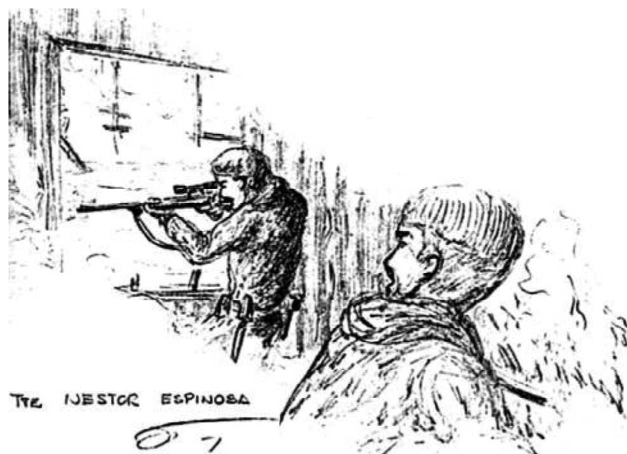


Hincaré mi rodilla en la tierra
Pondré mi alma a volar en lo alto
Contaré lo que hizo en la guerra
La primera sección de asalto.

Vulnerando un cerco funesto
Con la garra de algún héroe griego
El teniente Espinosa Ernesto
A su puesto atrajo el fuego.

Espinosa murió gatillando
Pero les allanó el contraataque
A sus fieles amigos comandos
Que tenían la vida en jaque.

Fue un combate muy breve y fiero
En que Losito peleó hasta caer,
Donde no se aferró al propio cuero
El sargento Mateo Sbert.



Sin cubrirse tiraba Vercesi,
Mientras Brun revoleaba granadas.
No esperaban los cuadros ingleses
Resistencia tan encarnizada.

Ya herido y sordo Medina
Continuaba tumbando contrarios,
Mientras viva tendré en mi retina
A estos criollos de brío legendario.



25 de Mayo

Enrique Díaz Araujo

Vamos a referirnos a la festividad que acabamos de celebrar, el 25 de Mayo.

Aclaremos enseguida: al 25 de Mayo de 1810. Subrayemos, bien subrayado: 1810. Porque dada la general ignorancia histórica, muchos dirigentes sociales suelen usar las efemérides como pretexto para hablar de cualquier asunto del día. Mentan apenas el hecho pretérito, pero en diez segundos ya están discutiendo los conflictos actuales. O, peor aún: pretenden hacer servir a los próceres de ayer a los oscuros propósitos del presente.

Es que no hay ningún respeto por la Historia. Ahora se ha puesto de moda perorar sobre la "memoria", esto es, los recuerdos personales, naturalmente distorsionados conforme a las tendencias ideológicas del memorador. De esa suerte, todo aquello que vaya más atrás de los años sesenta o setenta cae en el abismo del conocimiento y se transforma en una especie de prehistoria. De esa forma, cualquiera creería que 1810 se sitúa en los comienzos de la Era Cuaternaria, con dinosaurios incluidos.

Por manera tal que uno de los ingredientes básicos de toda nación, cual es el de una historia en común, desaparece. Simplemente, no hay Historia. No hay una fundación nacional a la que remitirse como piedra basal. No hay cimientos. Todo se construye en el aire; y cada cual se siente autorizado para elegir la quimera que más le guste; fundar o refundar cuantas veces se le de la gana a este país. De ahora en adelante va a ser así o va a hacer asá. Son proyectos utópicos para edificar sin basamentos.

"Sé lo que eres", dice el libro sagrado del Eclesiastés. "Vuélvete lo que eres", lo glosa Goethe. Por eso, los países indagan sobre los prin-

cipios de su ser nacional. ¿ Qué somos, qué fuimos...? Pareciera que esas preguntas acá están de más, no se formulan o no hallan respuestas adecuadas.

Al lado de la ausencia de saber histórico cabalga la mitología. Pocos de los aludidos dirigentes sociales saben qué ocurrió en Mayo; casi ninguno conoce qué fue Julio de 1816, y así en adelante. Empero, a la hora de los inevitables discursos de ocasión, dado que hay que llenar el vacío con algún nombre o dato, se recurre inexorablemente a los mitos. Decimos: a los mitos escolares más infantiles. En el caso de Mayo, a la descripción de la Plaza homónima, con un pueblo que no estaba presente, protegiéndose de una lluvia que no consta cayera, con paraguas que no se habían inventado aún y con escarapelas de colores que recién aparecerían un año después. Es la mitología denominada "la frenchyberutti", por los jefes "chisperos" que, en realidad, desempeñaron un papel totalmente secundario. Es como si quisiéramos definir los protagonistas de las últimas décadas con Maradona y Charly García.

Dada esa desgraciada circunstancia, se impone la obligación de hablar en serio del 25 de Mayo de 1810. Nosotros creemos tener algún derecho para ello, dado que hemos escrito una obra titulada *Mayo Revisado*, en tres volúmenes, de los cuales se ha publicado sólo el primero. A todo evento, acá procederemos a resumir las conclusiones del tomo segundo. Tal lo que pasamos a exponer sin más dilaciones.

El primer dato cierto es que la aludida mitología conlleva una carga ideológica, más o menos oculta, entre los inexistentes paraguas. Cuando le preguntan a nuestro ignaro e imaginario interlocutor qué es lo que pasó en la Plaza lluviosa (o del sol del 25 que venía asomando), le contestará que la muchedumbre congregada exclamó: "El Pueblo quiere saber de qué se trata". Y, con eso le basta para explayarse en las inferencias más demagógicas posibles. En realidad: ¿cómo fueron las cosas a este respecto...?

Digamos que aquella fue una frase asentada por el actuario del Cabildo, quien no indica que hubiera sido pronunciada por nadie en particular. Sí consta, en cambio, que el Síndico Procurador del Cabildo Julián de Leiva, al interpelar a los escasos demandantes que se habían situado en las galerías altas del edificio:

> viendo congregado un corto número de gentes con respecto a lo que se esperaba, inquirió que *¿dónde está el pueblo*?

A lo que, siempre según el Acta Capitular, se le contestó que si él quería saber dónde estaba el pueblo, ellos mandarían:

> tocar generala, y que se abriesen los cuarteles.

Ahí se puso fin al debate, y se procedió a instalar la Junta Provisional cuyos componentes, con meticuloso orden, habían establecido los peticionantes.

¿Quién era aquel que le respondía a Leiva...? En la Memoria del Mayor del Escuadrón de Húsares del Rey, Juan Ramón Balcarce, leemos:

> El síndico procurador se presenta en las galerías, hace notar que es reducida la concurrencia del pueblo, y el mayor Balcarce le promete convocarla al toque de campana y batiendo generala por las calles.

Dicho de otra manera: haciendo salir las tropas del Regimiento de Infantería “Patricios”, que se hallaban acuartelados en las “Temporalidades”, a pocas cuadras de la Plaza.

¿Y por qué se había llegado a esa instancia decisiva...? Porque el mismo Leiva, con anterioridad, en la misma mañana, había exigido que la nómina de futuros gobernantes presentada por los peticionantes (encabezados por el Comandante Martín Rodríguez, del Escuadrón de caballería Húsares del Rey), viniera refrendada por una considerable cantidad de ciudadanos de Buenos Aires.

Entonces, al rato, se presentó el escrito requerido. Nota que se adjunta al Acta Capitular, y cuyo encabezamiento dice:

> Los vecinos, *comandantes y oficiales de los Cuerpos Voluntarios de esta Capital de Buenos Aires que abajo firmamos y a nombre del pueblo*.

Y vienen los nombres de tales vecinos. En el primer cuadernillo, los siguientes:

> 1. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo: Comandante del Batallón de Infantería n° 3, Arribeños.

2. Esteban Romero: Comandante del 2° Batallón de Infantería Patricios.

3. Bernabé de San Martín: Mayor del Batallón de Artillería Volante de la Unión.

4. Martín Rodríguez: Comandante del Escuadrón de Caballería de Húsares del Rey (quien será el que entregue al Cabildo la petición).

5. Florencio Terrada: Comandante del Batallón de Infantería Granaderos de Fernando VII.

6. Juan José Viamonte: Mayor del primer Batallón de Infantería Patricios.

7. Vicente de Carballo y Goyeneche: Capitán del Regimiento de Dragones.

8. Esteban Hernández: Comandante del Cuerpo de Blandengues de la frontera de Buenos Aires.

9. Gerardo Esteve y Llac: Comandante del Batallón de Artillería Volante.

10. Pedro Ramón Núñez: Comandante del 3° Escuadrón de Húsares del Rey.

11. José Merelo: Comandante del Batallón de Infantería n° 5 Andaluces.

12. Juan Ramón Balcarce: Mayor del Escuadrón de Húsares del Rey.

Y así sigue la nómina, con 290 militares, a los que se añaden 98 paramilitares, ex-componentes de los regimientos disueltos por el Virrey Cisneros, y que de inmediato se integrarían en el nuevo regimiento "América" o de la "Estrella", cuyo jefe sería el antiguo Teniente Coronel Domingo French y cuyo subjefe sería el antiguo Mayor Juan Antonio Berutti. Además, 16 frailes.

Esa es la lista del "pueblo de Buenos Aires", cuyo Petitorio redactó de su puño y letra el Subteniente del Regimiento de Patricio Nicolás Pombo de Otero, en las oficinas de la citada unidad de Infantería.

Tales hechos del día 25 se concatenan con los inmediatamente anteriores de la Semana de Mayo. Acontecimiento que se inicia el día 18 de mayo luego de recibida la noticia de la caída de Sevilla en manos francesas, la disolución de la Junta Central, que pretendía gobernar a nombre del Rey cautivo Fernando VII, y la instalación en al isla de León del Ilegítimo Consejo de Regencia.

En ese momento las "brevas –que había mentado Saavedra– habían madurado". Era el tiempo preciso. América, el Reino de Indias y sus Virreinatos, si no querían obedecer al usurpador Consejo de Regencia, controlado por los ingleses o a los bonapartistas afrancesados que sitiaban Cádiz, debía reasumir sus fueros históricos y proclamar su *Autonomía* frente a las falsas autoridades peninsulares. Todo ello, conforme al más estricto derecho castellano y su tradición institucional.

Era evidente que al caducar el mandante, es decir, la Junta Central, cesaba el mandato de su mandatario en el Plata, el Virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Tal situación institucional se le hizo conocer al Virrey en la Conferencia de los Comandantes de los Cuerpos Militares de la Ciudad, celebrada en la noche del 20 de mayo de 1810 en el Fuerte o Casa de Gobierno. Lo documentó el mismo Virrey al comunicar al Consejo de Regencia que en dicha ocasión:

> tomando la voz D. Cornelio Saavedra, Comandante del cuerpo urbano de Patricios, que habló por todos, frustró mis esperanzas [...] me manifestó su inclinación a la novedad [...] de conformidad y acuerdo con los facciosos. Concluida así esta conferencia, debilitada mi autoridad, sin el respeto de la fuerza; no divisaba ya un recurso eficaz, ni aun aparente a desbaratar el ruinoso proyecto.

Es claro que a partir de ahí estaban perdidos los regentistas, como podía advertirlo cualquier observador atento. Ese era el caso del comandante del buque inglés *HM Justine*, surto en el puerto de Buenos Aires, Capitán Charles Montagu Fabian, en nota dirigida al Secretario del Almirantazgo Británico, Mister John Wilson Crocker, del 3 de junio de 1810, donde le manifestaba:

> El 20 de mayo fueron impartidas órdenes por los comandantes de los diferentes cuerpos a fin de que las tropas se concentrasen y quedasen acantonadas en sus respectivos cuarteles. Al mismo tiempo se le hizo llegar la noticia al virrey que la intención del público era cambiar de inmediato al gobierno, que había cesado en sus funciones a consecuencia de haber caducado totalmente en España la autoridad bajo la cual ejercía el gobierno, que la voluntad de todas las clases era de sostener a Fernando 7°, y de establecer un gobierno provisional.

Continuaba la carta dando cuenta de los sucesos posteriores. Es decir, de los ardides de los regentistas para obstaculizar la única solución, ya adelantada por los Comandantes. "Sin embargo –agrega Montagu Fabian–

> la gran fuerza que son las tropas, hallándose a disposición de uno de los partidos, evitó las consecuencias que de otra manera hubieran ocurrido [...]
>
> Más tarde esa noche (del 24 de mayo) el regimiento Patricios –ahora en masa–...declararon que si no se hacía de inmediato una modificación en la Junta que acababa de formarse, excluyendo al último virrey, les enseñarían el camino del derramamiento de sangre; el resultado de ello fue la designación de la siguiente "junta provisoria".

Acto este último que halla corroboración en el citado Informe del ex Virrey, cuando expresa:

> por lo que a mí tocaba, mi autoridad era precaria y aparente y la de los asociados estaba también pendiente de la voluntad de los comandantes, quienes en la misma noche (del 24) anduvieron por los cuarteles juntando a viva diligencia firmas de sus oficiales, sargentos y cabos para pedir con este aparato mi entera separación a nombre del pueblo.

Concluyendo que los sediciosos, ensoberbecidos, exigían "prontísima resolución sobre el seguro que tenían las tropas de su parte".

Se trata, como se aprecia, y como lo afirma un jurista, de "una serie de actos de fuerza actual o virtual".

Claro que hubo participación de los civiles patriotas, en particular en el Cabildo Abierto del 22 de mayo. Hubo un comando, una élite, de civiles y militares. Empero, la Revolución que habían iniciado los militares el día 20 de mayo, la concluyeron ellos mismos el día 25 de mayo de 1810. La Fuerza Armada: Alfa y Omega de la Gran Semana de Mayo.

De ahí que el Presidente la Primera Junta fuera el citado jefe del Regimiento de Patricios, Teniente Coronel Cornelio de Saavedra.

Esto está más que claro, clarísimo. En uno de los primeros actos de la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata

a nombre del Señor Don Fernando Séptimo, en una proclama del día 29 de mayo de 1810, dirigida a los "Cuerpos Militares de Buenos Aires", les encomiaba:

> La energía con que *habéis dado una Autoridad* firme a vuestra Patria no honra menos vuestras armas que la madurez de vuestros pasos distingue vuestra generosidad y patriotismo [...] ¿Quién no respetará en adelante a los Cuerpos Militares de Buenos Aires?.

Pasados unos años, aunque nadie discutía la autoría de la Revolución, ya empezaba a tejerse la nebulosa que intentaría cubrir los hechos. Por eso, el 12 de setiembre de 1819, se presentaron ante el Congreso Constituyente los entonces generales Cornelio de Saavedra, Martín Rodríguez, Juan Florencio Terrada, Juan Martín de Pueyrredón, Marcos Balcarce y Juan Ramón Balcarce, expresando que:

> Esta confianza es la que anima a los jefes militares que suscribimos a recordar a vuestra soberanía *la acción primera de nuestras armas, la acción fundamental que nos dio una patria, la revolución inmortal del 25 de mayo de 1810* [...]
>
> Si no padecemos un error en estas reflexiones, el servicio que hicimos *para preparar y realizar, con el auxilio de nuestras armas, el por siempre día feliz 25 de mayo*, es de la naturaleza de los grandes servicios que reconoce la Patria.

Bien. Acá surge neta una conclusión. No es cierta la frase bienintencionada que reza que "El Ejército nació con la Patria". La inversa es la verdad.

En consecuencia de lo cual, el historiador inglés John Lynch, en son de crítica, afirma que la de Mayo fue:

> una revolución patricia, realizada por una élite, que hablaba en nombre del pueblo sin consultarle.

Problema que ya había sido resuelto por el historiador francés Paul Groussac, al sostener:

> Ahora bien: el movimiento revolucionario que no se apoyara en los Patricios y no se legitimara con la bandera de la Autoridad, era un motín sin programa ni éxito posible.

Como fuere, lo seguro es que, como aseverara el historiador de Oxford, Cecil Jane, la de Mayo fue:

> la revolución más conservadora que haya habido nunca.

Fundamentalmente, la acción de Mayo implicó una enorme capacidad de decisión de parte de los conductores revolucionarios. Capacidad realmente heroica. No lo inventamos nosotros. Lo dijo en la catedral de Buenos Aires Fray Francisco de Paula Castañeda, en su "Sermón Patriótico", del 25 de mayo de 1815, cuando aseguró que:

> Nuestra revolución, el día veinticinco de Mayo, fue un *acto heroico* en la sustancia, heroico en la circunstancias, heroico en la intención y mucho más heroico en su ejecución y exacto cumplimiento.

Fortaleza, sin obsecuencia a los poderes constituidos, sin temores medrosos a las fuerzas imperiales. La firmeza de conducción fue la que nos dio nuestro primer gobierno propio. Una lección a retener.

¿Una conclusión más extensa? La ya citada de la Primera Junta:

> ¿Quien no respetará en adelante a los Cuerpos Militares de Buenos Aires?

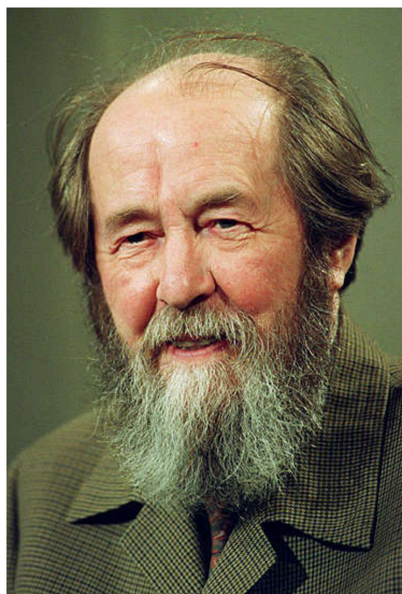
Esa es la pregunta que atraviesa la Historia.

Cuando las autoridades, en particular las escolares, los medios de comunicación masivos y, en general la sociedad argentina, torne a reconocer aquella verdad histórica, habremos dado con los cimientos firmes sobre los que se edifica el futuro de los pueblos. Dado que conforme sean los orígenes, así serán los destinos. Respeto es el clamor que trae hasta nosotros la voz de bronce de la Historia.

Eso es lo que decimos, y nada más que eso.

Sobre la España franquista *

ALEXANDR SOLYENITZIN



Pregunta: El tema español ocupa no poco lugar en la literatura rusa. Muchos de vuestros grandes escritores no lo obviaron. ¿Cómo explica usted esto?

Respuesta: Usted sabe, efectivamente, por ciertas razones que quizás no sería tan fácil señalar, España ocupa un lugar completamente especial en la literatura rusa. Casi ningún escritor y poeta ruso importante ha pasado de largo frente al tema español. Y además, muchos consagrados compositores rusos también se ocuparon de España. Se pueden construir conjeturas en torno a lo que hay en común o ata a estos dos países, ubicados en el extremo oriente y el extremo occidente de Europa. Parecería que nuestro tipo nacional se diferencia mucho en aspecto exterior, en comportamiento: los españoles y los rusos no se parecen entre ellos para nada, pero quizás encontremos asombrosos rasgos comunes de nuestra historia. De hecho, Rusia y España defendieron a Europa de dos inva-

* Entrevista concedida por el Premio Nobel de Literatura Alexandr Solyenitzin a Televisión Española el 29 de marzo de 1976. Traducido del ruso por Nicolás Kasanzew. Texto tomado de la revista literaria rusa *Kontinent*, Nº 8, 1976, editada en París.

siones: Rusia de los mongoles, España de los moros, y si no fuera por Rusia y España, la Europa contemporánea, evidentemente, no sería ella misma, no sería aquello que es hoy. Su historia independiente fue asegurada por estos dos escudos: de Oriente y Occidente. Otra cosa común en la historia de Rusia y España es el hecho de que ambos países resistieran la invasion napoleónica: sólo ellos, nadie más en aquel entonces, además de ellos. Puede ser que haya algo común en aquella reserva de energía que impulsó a la influencia rusa y a la española a que llegaran tan lejos. El año pasado, en la costa del Pacífico de Estados Unidos, he podido comprobar que estas dos influencias justamente confluyeron en el confín opuesto del globo terráqueo: la española desde el Sur, la rusa a través de Alaska. En todo caso, esa gran atención hacia el tema español se observa claramente en la literatura rusa.

Pregunta: En su relato *Un suceso en la estación Krechetovka*, el teniente Zotov, con gran emoción, se refiere a la guerra civil española. En cuanto a usted, ¿qué contacto tuvo con la temática española?

Respuesta: Debo decir que España tambien rozó mi vida. Bueno, en los campos de concentración me encontré bastantes allí encarcelados, ya sea ex niños españoles llevados a la URSS, ya sea ex revolucionarios españoles y marinos y aviadores que fueron a parar a la Unión Soviética. Mencioné varios de estos casos en *Archipiélago Gulag*. Pero aún antes, España ingresó en la vida de mi generación. Nosotros, yo y mis coetáneos, teníamos entre18 y 20 años en aquella época, cuando transcurría vuestra guerra civil. Y aquí vemos la asombrosa influencia de la ideología política, de la desalmada religión terrenal del socialismo, vemos con qué fuerza captura almas juveniles, con qué aparente claridad les muestra supuestamente la decisión correcta! Corrían los años 37-38. Donde estábamos nosotros, en la Unión Soviética, imperaba el sistema carcelario, se arrestaba a millones de personas. Si mencionamos sólo a los fusilados, eran un millón por año! Sin hablar ya de que sin respiro funcionaba el Archipiélago Gulag: entre 12 y 15 millones estaban detrás de los alambres de púa. A pesar de esto, nosotros, como despreciando la realidad, con todo el corazón ardíamos por y participábamos en vuestra guerra civil. Para nosotros, para nuestra generación, sonaban como entrañables los nombres de Toledo, de la ciudad universitaria de Madrid, del Ebro, Teruel, Guadalajara. Y si hubiéramos sido convocados y se nos hubiera permitido, estaríamos dispuestos a lanzarnos todos hacia aquí, a guerrear por los republicanos. Esa es la par-

ticularidad de la ideología socialista, que arrebata tanto a las almas jóvenes con su quimera, con sus llamamientos, que las obliga a olvidar la realidad, su realidad, a menospreciar a su propio país, a abalanzarse hacia un ensueño tan abstracto.

He escuchado que vuestros exiliados políticos dicen que la guerra civil les costó a ustedes medio millón de víctimas. Concedamos que sea cierto. Hay que decir entonces que nuestra guerra civil nos quitó a nosotros 2 ó 3 millones. Además, terminaron en forma distinta vuestra guerra civil y la nuestra. En el caso de ustedes, triunfó una cosmovisión cristiana porque a la guerra le quisieron poner ahí un punto final, para restañar las heridas. En el caso nuestro, triunfó la ideología comunista y el fin de la guerra civil no significó sino su comienzo. A partir del fin de la guerra civil, comenzó propiamente la guerra del régimen contra su pueblo. El professor Kurganov, por las vías indirectas que tiene la ciencia de la estadística, calculó que de 1917 a 1959, sólo a causa de la guerra interna del régimen soviético contra su pueblo, o sea por su aniquilamiento vía el hambre, la colectivización, el destierro exterminador de los campesinos, las cárceles, los campos de concentración, por simples fusilamientos, perecieron. en nuestro caso, junto con nuestra guerra civil, 66 millones de personas. Es una cifra casi imposible de imaginar. E imposible de creer. Y el profesor Kurganov cita otra cifra: cuántos perdimos en la Segunda Guerra Mundial. Esa cifra tambien es inimaginable. Esa guerra se llevó a cabo sin tener en cuenta las divisiones, los cuerpos de ejército, las millones de personas que perecieron. De acuerdo a sus cálculos, hemos perdido en la Segunda Guerra Mundial, a causa de la manera desdeñosa y atrabancada en que fue conducida, 44 millones de personas.

Asombrosamente, Dostoievsky, a fines del siglo pasado, predijo que el socialismo le costaría a Rusia cien millones de vidas. Dostoievsky lo dijo en los años 70 del siglo XIX. Era imposible creer eso: ¡una cifra fantástica! Pero esa profecía no sólo se cumplió, sino que fue superada: nosotros no hemos perdido cien millones, hemos perdido 110 millones, y seguimos perdiendo.

El hecho es que perdimos un tercio de aquella poblacion que hubiéramos tenido, de no haber seguido por el camino del socialismo. Es decir que perdimos la mitad de la población que hoy nos queda. Recomiendo calurosamente a aquellos que puedan, que lean esos cálculos del professor Kurganov, para entender de dónde salieron esas horrendas cifras.

Ustedes esquivaron esa experiencia, ¡no supieron lo que es el comunismo! Vuestros círculos progresistas llaman dictadura al régimen político que ustedes tienen. Pues ya llevo unos diez días viajando por España. Viajo sin ser reconocido por nadie, observo atentamente la vida, miro con mis propios ojos. Me asombro. ¿Saben ustedes lo que es una dictadura, qué cosa es llamada con tal nombre? ¿Entienden ustedes lo que es una dictadura? He aquí varios ejemplos que acabo de ver personalmente.

Ningún español está atado al lugar de su domicilio. Tiene la libertad de vivir aquí o mudarse a otra parte de España. En tanto que nuestro hombre soviético no puede hacer eso, estamos amarrados al lugar con la llamada "*propiska*", o registro policial. En nuestro caso, las autoridades locales deciden si yo tengo o no el derecho de mudarme de ese lugar. Esto significa que estoy totalmente a merced de las autoridades locales. Ellas hacen conmigo lo que quieren, y yo no puedo partir.

Luego me entero de que los españoles pueden viajar libremente al exterior. Quizás ustedes leyeron en los diarios: de la Unión Soviética, bajo una poderosísima presión de la opinión pública internacional, bajo la formidable presión de los Estados Unidos, están dejando salir, y aun así con grandes dificultades, a cierta parte de los judíos. En tanto que el resto de los judíos y, aparte de los judíos, las demás nacionalidades, no pueden salir para nada. Nos encontramos en nuestro país como en una cárcel.

Yo camino por Madrid, por otras ciudades, ya he recorrido más de doce, y veo que en los kioskos de diarios se venden todas las publicaciones europeas más importantes. No puedo creerle a mi ojos! Si en la Unión Soviética se hubiera exhibido uno de esos diarios, tan sólo por un minuto, la policía inmediatamente se lanzaría a arrancarlo. En tanto que, en vuestro caso, se venden lo más campantes.

Veo que ustedes trabajan con fotocopiadoras. Una persona puede pagar cinco pesetas y recibir la copia de cualquier documento. En nuestro caso, eso es inaccesible para ningún ciudadano de la Unión Soviética. La persona que utiliza una fotocopiadora con fines que no sean de trabajo, que no sean para los jefes, sino para uno mismo, recibe una condena de prisión como si se tratara de una actividad contrarrevolucionaria.

En vuestro caso, aunque con algunas limitaciones, se permiten las huelgas. En nuestro país, durante 60 años de existencia del socialismo nunca fue permitida ni una sola huelga. Los participantes de las huel-

gas de los primeros años del gobierno soviético eran fusilados con ametralladoras, a pesar de que tuvieran solamente exigencias económicas, mientras que otros eran encarcelados acusados de actividades contrarrevolucionarias. Y hoy en día a nadie se le ocurre convocar a una huelga. Yo publiqué en la revista literaria *Novy Mir* el cuento *Para bien de la causa*, y escribí allí una frase, en la que un estudiante insta a otros: "Anunciemos una huelga". Ya no la censura, sino la propia revista *Novy Mir* tachó esa frase, porque la palabra "huelga" no puede ser pronunciada y publicada en la Unión Soviética, Y yo digo: vuestros progresistas, ¿saben acaso lo que es una dictadura? Si a nosotros nos brindaran esas mismas condiciones hoy, en la Unión Soviética, hubiéramos quedado boquiabiertos. Hubieramos dicho: esto es una libertad nunca vista, hace ya 60 años que no vemos una libertad así.

Hace poco ustedes tuvieron una amnistía. Ustedes la llaman una amnistía limitada. A los luchadores políticos, que con las armas en la mano realmente llevaron a cabo una lucha política, se les ha rebajado la mitad de la condena. Debo decir: ¡ojalá a nosotros nos dieran una idéntica amnistía limitada por única vez en 60 años! Durante 60 años de existencia de la Unión Soviética, nosotros, los presos políticos, nunca hemos tenido ningún tipo de amnistía. Nos íbamos a la cárcel, para morir allí. Solo unos pocos volvieron para contarlo.

Lógicamente, toda esa pesada experiencia comunista, nosotros la hemos transformado en nuestras almas. Después de tantas bajas durante 60 años, hemos recibido tal vacuna contra el comunismo, como no la tiene nadie en Europa y nadie en Occidente. En nuestro caso hoy es absolutamente imposible que en una reunión privada, extraoficial, alguien hable seriamente del comunismo. Todos lo considerarían un imbécil. Espiritualmente, ya nos hemos liberado del sovietismo. Pero tuvimos que sufrir una experiencia demasiado pesada para llegar a ello.

En los años 60 del siglo pasado, el Emperador Alejandro II comenzó un programa de grandes, fundamentales y lentas reformas. Quería transfigurar paulatinamente a Rusia, llevándola a la libertad y al desarrollo. Pero un puñado de revolucionarios en 1861 emitió una proclama, un volante. Allí decía: "Nosotros no podemos esperar las reformas, no queremos esperarlas, queremos la liberación absoluta inmediata, sin gradualismo. Y puesto que el gobierno no nos quiere conceder eso, comenzamos el terror".

Y cuando Alejandro II en 1861 llevó a cabo la liberación de los campesinos de la servidumbre, cuando Alejandro II en 1864 dio al

país una gran reforma judicial, en respuesta a eso, a partir de 1866, los revolucionarios comenzaron a dispararle. Hubo siete atentados contra el Zar. Se intentaba cazar al Zar, como si fuera un animal. Y en 1881 lo mataron. Después de eso comenzaron a matar a los primeros ministros, a los ministros del Interior, a los más importantes gobernadores, administradores. Así comenzó la guerra entre los revolucionarios y los círculos gobernantes… Y toda la opinión pública libre, liberal de Rusia, no lo tomó sensatamente, no detuvo a los revolucionarios, sino que los aplaudió. Cada asesinato de un político prominente de Rusia provocaba júbilo, generaba aplausos. La sociedad ayudaba a los revolucionarios a esconderse, ayudaba a los terroristas a escaparse. Y personajes importantes de la sociedad rusa defendían a los terroristas como a sus favoritos más queridos, como si fuera gente inocente. Repito, esta historia es del siglo XIX, todo esto nos pasó a nosotros casi un siglo atrás. Y hoy eso está pasando en todo el mundo y en toda Europa.

Nosotros hemos sido testigos en el otoño del año pasado, de cómo la sociedad occidental se conmovía ante el destino de los terroristas españoles condenados a muerte, mucho más que ante el exterminio de 60 millones de personas en la Unión Soviética. Vemos hoy cómo la sociedad, la sociedad progresista, exige reformas inmediatas de sus gobiernos y vitorea y se alegra ante los actos terroristas. Esto nos pasó a nosotros cien años atrás, y hoy, desde nuestro futuro, les puedo decir en qué terminó. Terminó en esto: ambas partes se ensañaron, el gobierno comenzó a odiar a los círculos liberales, los círculos liberales comenzaron a odiar al gobierno, y ya nadie estaba dispuesto a ninguna concesión. Las reformas se pararon. Aquello que el gobierno y los círculos gobernantes hubieran podido otorgar, enfurecidos, ya no lo otorgaban. La sociedad liberal no quería ceder ni un ápice, quería recibirlo todo de una vez. Como resultado tuvimos la revolución de 1905-1907, luego la revolución de 1917 y ambos bandos fueron aniquilados. Fueron exterminados los integrantes de los círculos gobernantes de Rusia, la nobleza, el campesinado, los comerciantes, y fue exterminada la sociedad liberal, la *intelligentzia* toda –la pasaron íntegra a cuchillo, la masacraron y sus restos tuvieron que huir al exterior. Y después de eso comenzó aquel terror que recién mencioné y del cual hablo en mi libro *Archipiélago Gulag*, el terror que se llevó 66 millones de vidas.

Yo les cuento esto ahora, pero yo mismo ya no sé si, en general, es possible transferir la experiencia de una persona a otra, de un país a otro. Hasta hace poco yo todavía creía en eso. En mi discurso de

aceptación del Premio Nobel, yo decía que la literatura es capaz de transmitir la experiencia ajena. Si nuestro país vivió esta terrible historia, nosotros podríamos contarles, a ustedes les quedaría claro, y ustedes no repetirían nuestros errores. Pero hoy ya no sé si es suficiente transmitir la experiencia ajena, o si cada país, cada sociedad, cada persona deben repetir todos los errores de otro país, otra sociedad, y recién ahí aprender: aprender cuando ya será tarde.

Yo miro hoy a vuestra juventud, a la que he observado por toda España, y comparo con esa experiencia que yo tengo. Creo que hasta en mi persona –en mi cabeza, mis oídos, mis ojos–, la experiencia de vuestra guerra civil se ha conservado más que lo que se ha conservado en esa juventud. Hoy es natural el afán de vuestros círculos progresistas por recibir la mayor cantidad posible de libertad y llevar lo más rapido posible a la sociedad a la categoría de otros países de Europa Occidental. Pero quisiera recordarles que en el mundo de hoy los países libres ya ocupan en nuestro planeta, si bien no una islita, un sector comparativamente muy pequeño. La mayor parte del mundo está cayendo cada vez más en el totalitarismo y la tiranía. Toda Europa Oriental. La Unión Soviética, toda Asia, ya también la India se está sumergiendo en el totalitarismo. África, que recibiera recientemente su libertad, parece que también tiende, un país tras otro, a entregarse a la tiranía. Y por eso aquellos de ustedes que quieran tener cuanto antes una España democrática, ¿son acaso suficientemente previsores, piensan acaso no solo en el día de mañana, sino en el de pasado mañana?

Está bien, mañana España se convertirá en un país democrático, como toda Europa. ¿Y pasado mañana? Pasado mañana, ¿conservará acaso España esa democracia, la defenderá del totalitarismo que quiere engullir al Occidente todo? Aquel que es previsor y aquel que además de amar a la libertad ama también a España, debe pensar en el día de pasado mañana.

Nosoros vemos que el mundo occidental se ha debilitado en su voluntad de resistencia. Cada año está entregando, sin combate, varios países al poder del totalitarismo. No hay voluntad de resistencia, no hay responsabilidad en el ejercicio de la libertad.

La civilización occidental contemporánea puede ser descripta no solo como una sociedad democrática, sino también como una sociedad de consumo. Es decir, como una sociedad en que todos ven como su meta principal recibir más bienes materiales, usufructuarlos ilimitadamente, gozar y pensar muy poco en cómo defender ese derecho.

Resulta, sin embargo, que el bienestar social y el aprovechamiento de los bienes materiales no son la clave principal de la vida en la Tierra. Es extraño, pero el acual Oriente totalitario y el Occidente democrático contemporáneo, aunque pareciera que son sistemas contrapuestos y que confrontan entre ellos, en realidad tienen una base común. Esa base común es el materialismo. Y el problema ya se viene arrastrando por 300 años. La humanidad se encuentra en crisis y no es una crisis breve, no es la crisis de hoy, no es la crisis del siglo XX. La humanidad yace en una crisis prolongada, que comenzó hace 300 y en algunos países hace 400 años, cuando la gente se apartó de la religión, se apartó de la fe en Dios, dejó de reconocer que hay algo por encima de uno y puso como fundamento la filosofía pragmática, es decir hacer aquello que es útil, que conviene, guiarse por razones de cálculo, en lugar de regirse por la moral suprema. Esta postura negativa fue desarrollándose paulatinamente y llevó a una crisis mundial. Una crisis, insisto, que no es política, sino moral. Ni siquiera tiene que ver con la confrontación entre el comunismo y la sociedad occidental. Es una crisis muchísimo más profunda. Una crisis que llevó a Oriente al comunismo y a Occidente a una sociedad pragmática, consumista. Es la crisis del materialismo, la crisis de una humanidad que ha rechazado el concepto de que hay una fuerza superior por encima nuestro. Cómo se resolverá esa crisis, no alcanzan los ojos del hombre para verlo. Pero está claro que cada país puede hacer su aporte a la resolución.

Quizás España, con la gran originalidad nacional que atraviesa toda su historia, pueda también hacer su especial aporte. Un aporte español que pueda ayudar a la humanidad a resolver esta terrible crisis, que embarga a todos los países del mundo, cada cual a su manera, y que está frente a todos nosotros. A todos en la Tierra nos amenaza con el exterminio.

Dostoievski, Nietzsche y dos conceptos de la psicología moderna

Santiago Vázquez

Decir que las obras literarias del ruso Fedor Dostoievski constituyen documentos extraordinarios por la profundidad sin parangón que alcanzan en la penetración del alma humana, y más precisamente en la del alma del hombre moderno, es repetir lo que muchos han dicho ya. Aun aquellos contra cuyas ideas acerca del hombre el ruso anticipadamente escribió, no han podido menos que admirarse frente a sus novelas. El mismo Sigmund Freud, tan claramente ubicado en las antípodas del pensamiento antropológico del literato ruso, ha dicho, por ejemplo, que *Los hermanos Karamazov* es la novela más grandiosa que se haya escrito, y no pudo menos que experimentar lo que él llamaría una intensa *ambivalencia* frente a la figura de Dostoievski, en quien veía un literato extraordinariamente profundo e inteligente y, a la vez, un reaccionario y retrógrado a quien el futuro cultural de los hombres tendrá poco que agradecer, según sus textuales palabras. Tampoco Nietzsche escapó a su encanto llegando a sostener que fue Dostoievski el único del que aprendió algo de psicología.

No es antojadizo que mencionemos a estos dos autores como ejemplo. Son el filósofo de Sils Maria y el fundador del psicoanálisis quienes tendrán un papel preponderante en el establecimiento de las nociones de principio de individuación y sentimiento de culpa, en amplios perímetros de la psicología moderna. El sentido que dichas nociones adquirirán, fue, según creemos, anticipado por el literato ruso, aunque a manera de virus en gestación a los que confronta la vitalidad del pensamiento cristiano como el camino de sanación del hombre moderno. De ahí, quizá, la razón de la notoria ambivalencia que el psiquiatra vienés sintió hacia él y por lo cual sostuvo que Dostoievski "falló en ser un maestro y libertador de los seres humanos". En este

sentido son muy significativas, amén de espeluznantes, las hipótesis acerca de la personalidad del escritor ruso que elaborará Freud en su ensayo *Dostoievski y el parricidio*.

Nuestro análisis girará en torno a la conocida obra *Crimen y Castigo*. Es en ésta donde, según creemos, el escritor ruso responderá por anticipado a los planteamientos que, tras los pasos de Nietzsche, realizará la psicología moderna en autores como Freud, Jung y Erich Fromm.

La tesis que hemos elaborado a partir de la lectura de la novela del ruso y que aquí intentaremos poner a prueba, es la siguiente: Dostoievski invierte el sentido del dilema niezstcheano. El filósofo alemán manifestará que uno de los objetivos de su obra es erradicar los conceptos de pecado y culpa y todos sus derivados semánticos, por considerar que éstos son una invención del occidente greco-cristiano, y en este sentido, prejuicios teóricos que están en contra de la vida. A ellos debe sobreponerse la voluntad de poder del superhombre, que se individúa mediante el pecado dirán Jung y Fromm, y rechaza el remordimiento y la culpa que son, en palabras de Nietzsche, "como la mordedura de un perro a una piedra: una tontería" (Nietzsche, 1966). Pues bien, Dostoievski vendrá a decir que la culpa y sus derivados son expresiones genuinas de la vida del espíritu. En este sentido, serán precisamente los prejuicios teóricos de Raskolnikov, "esas ideas extrañas e imprecisas que están en el aire" –como señala el mismo Dostoievski al resumir la trama de su novela– y de las que luego Nietzsche hará su filosofía, las que realmente se oponen a la vitalidad del espíritu, que pugna por manifestarse durante todo el proceso psicológico de Raskolnikov tan magistralmente descripto por el literato, y cuya sofocación aparece como la causa principal por la cual el protagonista va cayendo en la enfermedad. Cuando finalmente reconoce la culpa es cuando, en palabras de Dostoievski, resucita y cuando comienza "la historia de la lenta renovación de un hombre" (Dostoievski, 2000).

Principio de individuación y sentimiento de culpa

Las numerosas rectificaciones que Freud fue introduciendo en su teoría a lo largo del desarrollo de ésta, no tocaron, sin embargo, a orientaciones esenciales del psicoanálisis, ya presentes en su primera etapa y que más tarde servirán de guía en la interpretación y análisis de todo fenómeno humano. La consideración de la religión y el

sentimiento de culpa como agentes patógenos, es una idea del psicoanálisis freudiano que, aunque no aparezca expresamente en las primeras obras de Freud, podría ya inferirse de las mismas, según creemos.

Respecto a la idea psicoanalítica del sentimiento de culpa, resulta muy gráfica una caricatura americana que recoge el psicoanalista Albert Görres. Dicha caricatura presenta a un terapeuta de la escuela de Freud sentado detrás del paciente y reprochándole: "Tres años ha que está Ud. bajo el psicoanálisis y todavía tiene Ud. sentimientos de culpabilidad. ¿No le da vergüenza?" (Görres, 1983). En efecto, Freud dirá que "El sentimiento de culpabilidad es el problema más importante de la evolución cultural [...] el precio pagado por el progreso de la cultura ha residido en la pérdida de felicidad por el aumento del sentimiento de culpabilidad" (Freud, 1994). La cultura exige la represión pulsional, pero "cuando una aspiración pulsional –dirá Freud– sucumbe a la represión, sus componentes libidinosos son traspuestos en síntomas, y sus componentes agresivos en sentimiento de culpa" (Freud, 1993). De modo que toda neurosis esconde un monto de sentimiento de culpa. Por ello la cura analítica se orienta a "eliminar –nos dirá el ensayista español Pifarré Clapés– los factores represivos patógenos que son los que dan lugar a la enfermedad, y que originan la ruptura de la armonía, y el desdoblamiento autoacusativo del sujeto en forma de conciencia de culpa" (Clapés, s/f).

Si, como dirá el psiquiatra vienés en *El malestar de la cultura*, la evolución del individuo sustenta como fin principal el programa del principio del placer, es decir, la prosecución de su felicidad, "el «super-ego» como garante de la racionalidad social, debería utilizar su poder, no para imponer coercitivamente sus normas morales, sino para despejar las trabas a la apetitividad orgánica y facilitar su satisfacción" (Freud, 1994). De esta manera la persona no se sentirá agobiada por la culpa generada por un súper yo impositivo y represor como el de la cultura occidental.

La finalidad nietzcheana del psicoanálisis será eliminar el sentimiento de culpa procedente del *pecar*, como diría la moral cultural de que está constituído el super yo típicamente occidental, o del *individuarse* como dirán los *nuevos médicos de la salud mental*. Esto aparece aún más claro en dos discípulos cismáticos de Freud que, no obstante, permanecen, en este punto, en la línea interpretativa de su maestro, profundizando sus planteos y elaborando ya el llamado *Principio de individuación*. Ellos son Carl Jung y Erich Fromm. Veamos brevemente cómo se expresan en estos dos autores las nociones que venimos de-

sarrollando, no sin antes decir con Martín Echavarría que la postura de éstos respecto a estas cuestiones "es compartida por muchísimos importantes psicólogos, para los cuales la normalidad supone la ausencia del sentimiento de culpa" (Echavarría, 2005).

La reinterpretación hecha por Fromm del supuesto *mito bíblico* de la expulsión del paraíso, muestra con claridad lo que el concepto de Principio de individuación quiere designar en estos autores. Obrar contra la orden divina "desde el punto de vista humano –dirá Fromm– se trata del comienzo de la libertad humana. Obrar contra las órdenes de Dios significa libertarse de la coerción, emerger de la existencia inconsciente de la vida prehumana para elevarse hacia el nivel humano. Obrar contra el mandamiento de la autoridad, cometer un pecado, es en su aspecto positivo humano, el primer acto de libertad, es decir, el primer acto humano" (Fromm, 1996).

Pero es en el psicólogo suizo Carl Jung en quien se manifiesta más palmariamente la reformulación de la noción de pecado como acto individuante. El pecado, lejos de constituir una acción corruptora de la naturaleza humana, constituiría el acto por el cual el hombre se hace un individuo, es decir, una unidad aparte, indivisible, un Todo alcanzando así su deificación (Jung, 2002). La sinonimia que establece Jung entre los términos autodeificación e individuación, es profundamente significativa y esclarecedora. Es mediante la adquisición de la conciencia de la sombra como cursa este proceso de individuación: asunción de la sombra de la personalidad que es donde "está contenido –dirá Jung– todo aquello que no quiere adaptarse ni acomodarse incondicionalmente a las leyes y reglas de la vida consciente" (Lego, 2005). Concluirá al respecto Martín Echavarría: "Para usar la expresión de Nietzsche no se trata simplemente de contraponerse a la ley por el pecado, sino de superar ambas, la ley y el pecado, el bien y el mal. Ponerse más allá del bien y del mal y llegar a identificarse con el principio creador [...] El objetivo de la psicoterapia junguiana es que la persona llegue a la madurez, la individuación, la completud. Esta individuación y completud se alcanza a través de la mala conciencia [...] El progreso está en superar el arrepentimiento, endurecerse en la mala conciencia, con todas sus consecuencias" (Echavarría, 2005).

De esta manera, como bien señala Pifarré Clapés, "la función curativa [de los nuevos médicos de la salud del cuerpo y de la mente] consistirá en sustituir de las conciencias dominadas por el sentimiento de culpa y el arrepentimiento, sustentado por la ficticia "verdad" de las

supuestas creencias metafísicas, morales y religiosas, por la ”verdad” que auspicia la salud mental y permite el óptimo rendimiento biológico” (Clapés, s/f) ¿Qué verdad es esa? La verdad de la nada, dirá Clapés citando a Nietzsche

Dostoievski y su respuesta

Veamos ahora lo que tiene para decir al respecto la obra literaria objeto de nuestro análisis.

"Este crimen tiene la marca del siglo", dirá Porfirio Petrovich, el perspicaz agente de policía que sospecha de Raskonikov. El siglo XIX es el siglo de la muerte de Dios. Cuando Nietzsche lo diga, algunas décadas después que Dostoievski escribiera su novela, no hará sino describir la situación del mundo moderno. Por supuesto, también será en él una declaración de ateísmo. Mas el escritor ruso había diagnosticado ya el ateísmo de hecho en que vivía el mundo moderno, por ello una de las grandes preguntas de sus novelas es aquella que Sartre respondió por la afirmativa ¿Acaso todo está permitido?

Esta pregunta resuena durante toda la novela que aquí analizamos, con una resolución última que sin embargo trasunta en todos los capítulos en los que Raskolnikov, el asesino de convicción, el superhombre hecho *individuo* e incapaz de experimentar remordimiento y culpa, se va inevitablemente hundiendo en la enfermedad hasta experimentar y reconocer la realidad del bien –y del bien como *su* bien– en Sonia, la prostituta de *corazón contrito y humillado*. Algo semejante sucederá con Iván Karamazov en la monumental novela *Los hermanos Karamazov*.

Los personajes del literato ruso encarnarán el desastre humano del "ateísmo coherente", como lo llamó Sartre. Raskolnikov será, en palabras de Alfredo Sáenz, el nietzscheano frustrado, el cobarde que no podrá ser nunca un Napoleón, según él mismo, bajo el persistente hechizo de *extrañas ideas*, se lamentará.

El pálido criminal del Zaratustra nietzscheano recuerda notablemente a Raskolnikov, el joven de *rostro excesivamente pálido*, como lo describe Dostoievski en diversas partes de la novela. Pero no es sólo la palidez lo que los hace semejantes. Veamos si no, lo que dice el Zaratustra de Nietzsche:

> Así habla el rojo juez: "¿por qué este delincuente asesinó? Quería robar". Mas yo os digo: su alma quería sangre, no robo: ¡él estaba sediento de la felicidad del cuchillo!
>
> Pero su pobre razón no comprendía esa demencia y le persuadió. "¡Qué importa la sangre!, –dijo–; ¿no quieres al menos cometer también un robo? ¿Tomarte una venganza?".
>
> Y él escuchó a su pobre razón: como plomo pesaba el discurso de ella sobre él, entonces robó, al asesinar. No quería avergonzarse de su demencia.
>
> Y ahora el plomo de su culpa vuelve a pesar sobre él, y de nuevo su pobre razón está igual de rígida, igual de paralizada, igual de pesada.
>
> Con sólo que pudiera sacudir su cabeza, su peso rodaría al suelo: mas ¿quién sacude esa cabeza?

Tampoco Raskolnikov matará a la vieja usurera por el robo. La felicidad del cuchillo es la del hombre extraordinario que tiene el derecho y, en ocasiones, hasta el deber de ir más allá de las leyes cuando la realización de su idea lo exige, según dirá Raskolnikov en su artículo acerca del crimen. En suma, la felicidad del hombre-dios. Mas la razón, con el plomo de su discurso sobre la culpa, pesará sobre él y él caerá en la demencia. Aún no puede sacudir su cabeza a fin de que el peso de la culpa caiga al suelo. No es difícil inferir que serán los *nuevos médicos de la salud del cuerpo y de la mente* que señalábamos más arriba –y entre los cuales podríamos incluir a Freud, Fromm y Jung entre otros– los llamados a *sacudir esa cabeza*.

Se plantea aquí, según creemos, lo que ya hemos adelantado: la dialéctica nietzscheana *aut- aut* asumida por buena parte de la psicología moderna en las nociones del principio de individuación y del sentimiento de culpa, y que podría expresarse de diversos modos: culpa o vida, culpa o voluntad de poder, vida prehumana o individuación por el pecado libertador, arrepentimiento o autodeificación; y la inversión de su sentido por parte de Dostoievski.

El escritor ruso dirá con su novela que son las ideas o construcciones de la razón que oponen la vida a la culpa como dos términos excluyentes, las que realmente se oponen a la vida, por aquello de Kierkegaard: "Sólo cuando me reconozco culpable me afirmo absolutamente en lo que soy" (Blanch, 1983). Raskolnikov parece estar poseído por ideas como por parásitos que disecan su alma. Éstas están fuertemente

aferradas a su espíritu pues constituyen el fundamento de su rebelión y autodeificación, si queremos usar el término jungniano. Estas ideas se muestran cada vez más opuestas a lo que su espíritu pareciera demandar.

Los errores de la razón eran para Nietzsche el pecado, el sentimiento de culpa y todos sus derivados semánticos. Errores de la razón que, como tales, se oponían a la vida. Pues bien, Dostoievski mostrará en la persona de Raskolnikov, que éstas son genuinas manifestaciones de la vida del espíritu y que considerarlas un *error de la razón* es el peor de los errores. De esta manera la confrontación que tiene como escenario el alma de Raskolnikov y que hace de éste en todo momento una cuerda tensa a punto de cortarse, es la que llevan adelante sus ideas autodeificantes frente a las positivas realidades psicológicas problematizadas –cuando no negadas– por esas mismas ideas. Éstas, en tanto causa y consecuencia de un orgullo demoníaco, parecen conservar cierta omnipotencia hasta los últimos capítulos del relato. Pero la fuerza incontenible de un arrepentimiento que se fue gestando en el tiempo posterior al asesinato, y aun antes, irrumpe como un torrente arrollador que derriba con su fuerza vital las orgullosas ideas que hasta ese momento mantenían al límite su corazón y no le permitían reconocer el infinito amor que sentía hacia Sonia, la de corazón contrito y humillado, símbolo de la humildad y el arrepentimiento que sanan, y causa eficiente del arrepentimiento de Raskolnikov. Por y en ese amor a Sonia, descubrirá al remordimiento y al arrepentimiento como *emisarios de la eternidad*, al decir de Kierkegaard. Quizá sea esto lo que sugiera la última escena en la Raskolnikov, inundado de estos sentimientos, retiene en sus manos un evangelio cuya contemplación lo llena de esperanza.

Las últimas páginas están cargadas de profunda emotividad. La visión apocalíptica –muy vinculada a sus *extrañas ideas*– que Raskolnikov tiene en sueños durante el tiempo de Cuaresma en el hospital donde está internado, presagian una inminente *Pascua de Resurrección*. El corazón del lector se estremece con el del héroe cuando éste, después de su sueño, ve a Sonia por una ventana y, casi sin darse cuenta y al instante, su corazón golpea con violencia. En los días que siguen la espera con ansiedad y parece ya no estar tan atento a lo que siente y piensa. Hasta que, en compañía de la amada, y después de unos minutos de profundo silencio, una fuerza irresistible lo arroja a sus pies y llora con un llanto que Dostoievski se abstiene de describir. La Pascua había llegado, Raskolnikov había resucitado. El evangelio en

el que Sonia le había leído la resurrección de Lázaro al cabo de cuatro días de muerto, estaba en sus manos. Sus convicciones, tan extrañas a la vida que ahora lo colmaba, comenzaban a ceder. De hecho en esos momentos era incapaz de reflexionar. "La vida –dirá hacia el final el enorme literato ruso– había sustituído en él al razonamiento" (Dostoievski, 2000)

Referencias bibliográficas

Blanch, Antonio (1983). Pecado y perdón en la literatura. *Revista Communio, 84* 447- 454

Dostoievski, Fedor (2000). *Crimen y castigo*. Buenos Aires: Editorial Longseller

Dostoievski, Fedor (1999). *Los hermanos Karamasov*. Madrid: Editorial Alba

Echavarría, Martín (2005). *La praxis de la psicología y sus niveles epistemoló-gicos según Santo Tomás de Aquino*. Universitat Abat Oliba Ceu: Documen-ta Universitaria

Fariña Videla (1981). *Drama y mensaje de Sigmund Freud*. Paraná: Editorial Mikael

Freud, Sigmund (1993). *Dostoievski y el parricidio*, en Obras Completas. To-mo XXI. Buenos Aires: Editorial Amorrortu

Freud, Sigmund (1994). *El malestar de la cultura*, en Obras Completas. To-mo XXI. Buenos Aires: Editorial Amorrortu

Freud, Sigmund (1993). *El problema económico del masoquismo*, en Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Editorial Amorrortu

Freud, Sigmundo (1993). *Tótem y tabú*, en Obras Completas. Tomo XIII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu

Fromm, Erich (1996). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Görres, Albert (1983). Culpa y sentimiento de culpabilidad. *Revista Communio, 84* 414-427

Jung, Carl (2002). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Buenos Aires: Editorial Seix Barral los tres mundos

Kierkegaard, Soren (1979). *La pureza del corazón es querer una sola cosa*. Buenos Aires: Ediciones La Aurora

Lego, Pablo (2005). El principio de individuación en la psicología analítica de Carl Jung desde la perspectiva de la psicología católica. En Z. Seligman (Ed.), *Bases para una psicología cristiana* (pp. 153-159). Buenos Aires: Editorial de la Universidad Católica Argentina

Nietzsche, Friedrich (2001). *Así habló Zaratustra*. Buenos Aires: Editorial Planeta, edición especial para *La Nación*.

Pifarré Clapés, Lluis (s/f). *El sentimiento de culpabilidad en Nietzsche y Freud*, en http://arvo.net/seccion-freud/seccion-freud/gmx-niv552-con16914.htm

Sáenz, Alfredo (1996). *El fin de los tiempos y seis autores modernos*. Buenos Aires: Editorial Gladius

La decadencia de Occidente ya llegó

Patricio H. Randle

Consideraciones previas

Los de mi generación amanecimos a la vida intelectual en la creencia de que la decadencia de Occidente, a partir del famoso libro de Oswald Spengler, era una hipótesis válida, al menos como teoría.

Al cabo de los años –un medio siglo 1950-2000 verdaderamente dramático como ninguno antes– la teoría se ha ido confirmando en la praxis, desde la política hasta la vida cotidiana incluso más allá de toda previsión. ¿Quién iba a pensar a mediados del siglo XX que hasta la propia Iglesia Católica Romana iba a flaquear y que el enemigo interno actuara desde dentro con más virulencia que el exterior?

¿Quién iba a temer que la cultura católica, desde una posición expectable y promisoria, de una élite de escritores notables, entraría en una declinación lamentable?

¿Quién iba predecir la crisis estrepitosa de la educación católica, que terminaría por quedar igualada y hasta rebajada al nivel de la enseñanza laica?

¿Quién iba a sospechar que después de una larga lucha por establecer universidades católicas éstas se sumaran prontamente al fracaso de la educación en general copiando los peores modelos?

Para nosotros católicos que vemos la decadencia de Occidente *sub specie eternitatis* aquí está el meollo de la cuestión. Sin embargo hay otros muchos síntomas preocupantes.

¿Quién iba a predecir que en nombre de "la" democracia se fuera a imponer una fórmula única de gobierno para todos los países del orbe

sin la menor concesión para matices históricos, culturales y de idiosincrasia de los pueblos? ¿Y que invocando ese principio único se ejerciera coerción sobre estados y personas que se permitieran disentir con los modelos oficiales?

¿Quién iba a sospechar que el marxismo una vez derrocado el régimen soviético que lo promovía en todo el mundo iba a sobrevivir bajo otros ropajes pero con iguales esencias nocivas?

¿Quién iba a imaginar que lo que era sólo un fantasma –el Gobierno Mundial– iba a ir plasmándose a partir de las Naciones Unidas y de alianzas estratégicas entre los países más poderosos de la Tierra, y que las soberanías nacionales resultarían corroídas hasta su meollo?

A la decadencia de Occidente se la suele encarar desde el punto de vista cultural en el sentido más amplio del término y en perspectiva histórica, tal cual lo hizo Spengler, esto es como decadencia política y social comparando la fase actual con otras del pasado.

De un modo análogo se han expedido otros autores no menos incisivos, como Hilaire Belloc en *La crisis de nuestra civilización*, Johan Huizinga en *Entre las sombras del mañana*, Marcel de Corte en *Ensayo sobre el fin de nuestra civilización* y otros parecidos como René Guénon en *La crisis del mundo moderno* o Julius Evola en *Rivolta contro il mondo moderno*.

Esta es una lista necesariamente restringida –y acaso limitada como es nuestra propia biblioteca– y excluye otra serie de autores que tuvieron una visión premonitoria como Edmund Burke, Joseph de Maistre o Juan Donoso Cortés que hacen pivote de la decadencia en torno al año 1789 y las consecuencias de la Revolución Francesa. Este último acontecimiento fue, ciertamente, una forma inédita en la historia de las revueltas y rebeliones, porque arrastró con ella tendencias al cambio no sólo político y económico sino social, como jamás se había dado antes, generando un nueva cultura a un ritmo vertiginoso absolutamente inédito.

Es de este aspecto genérico de lo que queremos hablar, porque es en los días que corren que se pueden confrontar los últimos efectos de esta cultura moderna aceptada gradualmente, sin conciencia de que se trataba de los últimos efectos de la decadencia de Occidente en todos los renglones de la vida social e individual de nuestros contemporáneos.

No es inapropiado asimilar este proceso a la edad Moderna, a lo moderno en cuanto rebelión contra los valores clásicos y los cristianos de Occidente. Y, acaso, por hallarnos ya de cara al final de la decadencia, se haya recurrido –aunque sin pensarlo profundamente– a la nueva expresión de "lo posmoderno".

La inquietud intelectual por el tema parece haberse detenido durante la segunda mitad del siglo XX en que culmina una visión globalista del mundo, en la cual Occidente queda sumergido y desfigurado, siendo que a pesar de todo sigue rigiéndolo. Ahora la gran incógnita es: si Occidente se diluye en su propia decadencia y los síntomas de ella se difunden por el resto del mundo, ¿quién o qué lo va a remplazar? ¿O es que esta declinación arrasará con todo el globo?

Todo es cuestión de ponerse de acuerdo en qué consiste la decadencia. Para ello es indispensable buscar los orígenes de lo que concebimos como Occidente, o sea, como dice Belloc, la fundación de la Cristiandad.

De lo que no se suele hablar en términos globales es de la decadencia de los valores personales del hombre occidental actual. Lo cual es un dato crucial a considerar a partir de ese año eje de 1950.

Tal vez pueda hablarse también de la decadencia del prototipo de hombre occidental que de una manera u otra está prevaleciendo sobre todo otro modelo en el mundo. Se trata del prototipo posmoderno del cual unos pocos –los que advierten la decadencia– intentan despegarse para poder salvar todo lo que de rescatable nos ha dejado la tradición occidental.

Hemos mencionado el final de la decadencia en el sentido de que en esa etapa se agudizan los síntomas. Pero al decirlo estamos planteando la pregunta *¿Después de Occidente qué?*, título de la obra de Julio Retamal Favereau que citaremos más adelante y que desgrana las etapas de este proceso de descomposición interna y que, como tal, no da una respuesta alternativa.

Toda revolución verdadera implica la descomposición de un orden dado y, eventualmente, su sustitución por un nuevo desorden más profundo. Y esto es lo que ocurre con la decadencia de nuestro Occidente, afectado por una descomposición de la inteligencia por un lado y por una descomposición de la conducta –individual y colectiva– por el otro.

Tal vez sería más apropiado referirse a la decadencia del hombre occidental que perdió el ideal del hombre completo, que era el paradigma del hombre medieval y cristiano.

No falta quienes –no sin alguna razón– prefieren centrar la crítica al hombre moderno en el abandono de los ideales del hombre clásico y terminan, en algunos casos, idealizando la cultura pagana tal como lo hacen los intelectuales de la llamada "*nouvelle droite*", llegando a culpar a la Iglesia de haber abierto la brecha hacia el mundo moderno.

Si hablar de decadencia de Occidente despierta reparos en la gente "bien pensante" –antecedente de la "políticamente correcta"– mucho más irritativo debe resultar hablar de la decadencia del hombre occidental, y quien ose hacerlo se expondrá a ser tildado de fundamentalista, oscurantista y otros improperios análogos. Y debe ser por esa causa que el tema no está suficientemente dilucidado salvo excepciones como es el libro del Padre Alfredo Sáenz *El hombre moderno*, en el que pasa revista a casi todos los "ismos" en que han caído nuestros contemporáneos

Es curioso que en el mundo actual se pueda incurrir en la condena de naciones enteras, de grupos étnicos y hasta de épocas completas de la historia (como la Edad Media, vilipendiada con una ligereza incalificable), pero en cambio no se permite con tal facilidad señalar fallas humanas, desvíos de la conducta personal, o hasta malas costumbres porque eso sería asumir una autoridad moral que no se le reconoce a nadie. Lo cual es coherente con la opinión vulgar de que no hay una sola moral, o si no porque toda autoridad degenera en autoritarismo.

Como quiera que sea, la decadencia del occidental como hombre tiene esa doble vertiente de la descomposición de la inteligencia por un lado y de la voluntad por el otro, si bien ambas responden a una crisis común de valores, de preferencias, de metas, de objetivos, ya que no de ideales verdaderos.

Pero veamos separadamente estos dos aspectos teniendo *in mente* que el aspecto humano de la decadencia actual asume características absolutamente originales en la historia de la humanidad, sea por el efecto multiplicador que adquiere por la masificación, sea porque que la ruptura con la tradición destruye lo heredado que es remplazado por lo convenido, y los deberes eclipsados por los derechos. Como si la naturaleza social del hombre pudiese ser producto de un acuerdo meramente voluntario o, peor aún, por voluntad de una mayoría ignorando que sin un común denominador habrá sociedad pero nunca una verdadera comunidad humana.

La descomposición de la inteligencia

La causa principal de la descomposición de la inteligencia es siempre la devaluación del concepto de verdad. Ahora estamos frente a algo más grave, al desprestigio de la verdad a causa de negar su propia existencia o de sembrar la duda metódica, el escepticismo y finalmente minimizando su importancia hasta hacerla desaparecer. El caso es tal que hasta en clérigos se advierte el olvido de la importancia que el Evangelio mismo le da a la verdad (San Juan 14.6)

Una prueba de ello es la despreocupación general por este mismo tema de la decadencia que conmueve a pocas personas y que hasta no pocas se resistirían a admitirlo. Y si esto ocurre entre el elemento pensante ¿qué podríamos esperar de los demás?

Basta tomar un diario y comprobar que todos los afanes en que se empeñan gobiernos, instituciones e intelectuales no toman en cuenta, ni como hipótesis, que el mundo actual está sumergido en un contexto de decadencia. Y que hacia el futuro no se perciben, no ya radicalmente correctivos, sino siquiera rasgos distintos de una corriente avasalladora.

Otros, muy pocos, como Panniker, sostienen por el contrario que "vivimos en un estado de emergencia humana que no nos permite entretenernos en bagatelas." Precisamente en esa sintonía es que nos hemos lanzado a indagar el tema; enorme y desproporcionado a nuestras fuerzas pero que de un modo inescapable nos atrae.

Entretanto, el mundo avanza a ciegas, con un optimismo visceral, convencido de que en el futuro serán más los problemas solucionados que los pendientes, que por obra y gracia de la ciencia y la tecnología se hallarán remedios que hoy todavía no están a nuestro alcance.

Pero ¿cuál es esa dirección tan promisoria? ¿Hacia adónde nos dirige? Nadie lo podría responder, es más, a nadie parece preocuparle realmente. ¿Cuál es el derrotero de los avances tecnológicos? ¿Cuáles son los próximos pasos en materia de comunicaciones y para qué? ¿Y después qué? ¿Hasta dónde "progresaremos" fabricando nuevos artefactos? ¿Ellos satisfarán todas nuestras necesidades o crearán otras nuevas, y así hasta el infinito? Pero más importante todavía que todo eso ¿de qué manera van a ir modificando el comportamiento humano, su sistema de valores (si es que queda algo en pie del modo de ser del hombre)?

Marcel de Corte es contundente cuando escribe: "el hombre moderno, en tanto que moderno, continúa evolucionando en todas partes hacia la catástrofe", por ceguera ideológica o por debilidad y hasta por fidelidad sentimental, porque tal es el movimiento de la civilización. ¿Fatalismo? No lo calificaría así porque se trata de encarar realísticamente tendencias vigentes que no podemos torcer y que, sólo conociéndolas, podríamos morigerar sus efectos. ¿Y cómo calificar sino de catástrofe la decadencia de Occidente, de una civilización que supo sumar la tradición clásica grecolatina con la renovación medieval?

¿Cómo puede ser que gente inteligente no lo perciba así? ¿Qué estén entretenidos con los aspectos accesorios del "progreso" como si de él fuera a venir una liberación? ¿O será que esta ilusión es comparable al utopismo ideológico?

Claro está que a quien no tenga la menor inquietud metafísica que trascienda el mundo de lo material y contingente es inútil intentar transmitirle el tema. Lo malo es que hay gente que aun profesando una religión –incluso la católica–, se refugien en un optimismo volátil para escabullirse de la cuestión y dejar de lado todo compromiso con ella. Peor aún es que, confundiendo las cosas, en vez de encararlas se remitan a la Divina Providencia que, por cierto, se encargará de arreglarlo todo; son los providencialistas que no quieren asumir la verdad y que sin pensarlo devalúan su concepto evangélico: el único que nos hará libres.

Hubo espíritus sagaces que previeron, antes de promediar el siglo XX, que el mundo entraba, o estaba ya, en una crisis atípica. Se había concluido una época de ilusiones que había sofocado los indicios de que se estaba generando una profunda crisis en el dominio de la inteligencia.

Occidente había comenzado a introducir la duda –algo inédito con estas características– a partir del llamado otoño de la Edad Media, frente a lo que los escépticos griegos eran apenas diletantes que jugaban con las ideas, sin la menor dimensión metafísica. De allí en más, las mayores inteligencias se fueron desviando continua aunque lentamente por el camino de la disidencia en búsqueda de alternativas de la verdad Revelada y de la herencia del pensamiento clásico troncal. Ya apuntaba el ansia de la novedad, de lo distinto, no como mero divertimento sino como meta central.

¿Cuáles fueron las causas profundas que alimentaron esta tendencia que aún pervive en los tiempos actuales: la de tentarse con demoler el pasado para construir sobre sus ruinas un mundo futuro ideal?

Por un lado pareciera que el futuro es la vía de escape a los problemas de la realidad presente, pero por el otro se asemeja a una suerte de reacción contra el pasado, personificado en maestros que carecieron de la sutileza psicológica que hoy exige el hombre problematizado del siglo XXI. Gustave Thibon dijo una vez, con esa penetración que caracteriza su pensamiento, que "el hombre de nuestro tiempo es una rara mezcla de avidez en la superficie y de indiferencia en el fondo", y no pudiendo hallar la clave opta por el escapismo.

¿Cómo hablarles de la decadencia de Occidente a estos personajes? Posiblemente la renuencia a buscar las claves en la sabiduría tradicional, en la *philosophia perennis*, provenga de la incapacidad de deslindar el nivel de lo especulativo con el de lo práctico o el mundo de las ideas con el de las sensaciones. Y, como dice Thibon, quedarse en la superficie.

Así pues no se penetra en las esencias, ni se re-crea el pensamiento de los maestros, antes bien se cae en la versión de los "originales" de la hora que no inventan realmente nada profundo y sólo remueven las aguas en la superficie. Hasta en el orden religioso se percibe una ola de superficialidad "espiritual" –si así puede llamarse– alejada de la doctrina esencial o glosadora de los aspectos accesorios de los libros sagrados; todo fruto, claro está, del avance del secularismo, deliberado en algunos no pocos clérigos que explotan la sentimentalidad.

Tampoco a estos se les puede hablar de la decadencia de Occidente. Acaso replicarán que el mundo de hoy es más sensible y perspicaz y traerán a colación referencia *ad hominem* de sacerdotes más sobrios pero que transmitían más fielmente la verdad evangélica.

El privilegiar lo nuevo (confundiendo el concepto del hombre nuevo de San Pablo) como argumento de revitalización de la fe ha sido siempre peligroso. Así comenzó la Reforma. Y así se fue profundizando lo que Spengler llamó "la decadencia de Occidente'".

Pero esta decadencia arrecia en los tiempos que corren con rasgos que, más allá de afectar las estructuras sociales y políticas, corroen el ser mismo del hombre actual con rasgos tan inéditos como disolventes. Peor aún, la cultura prevalente o no lo registra o lo justifica o lo promueve. Se ha llegado ahora a fomentar las actitudes transgresoras contra todo el pasado (una especie de venganza contra el dicho de que "todo pasado fue mejor", lo cual, lamentablemente, a veces es cierto), contra todo control social, contra las buenas costumbres –que

son *naturaliter* cristianas– y contra el mismo orden natural, suplantado por un supuesto orden artificial (contra natura) producto de puras especulaciones ideológicas sin ningún fundamento de la naturaleza humana, que no fue creada por el hombre.

Pese a todo, la idea de que estamos en una crisis no ordinaria es compartida paradójicamente por una minoría disolvente que se complace en ella porque rechaza todo aquello que pueda estar firme, sean principios o doctrinas. Es la "filosofía" del cambio que apela a Heráclito con toda frivolidad, pues aquello de que no se puede cruzar el mismo río dos veces no deja de ser un sofisma. Si el río fuese el agua tendrían razón, pero el río es algo más que el agua, es el cauce, son las riberas, es el mismo nombre con que se lo conoce y todo eso no cambia.

El relativismo, con todas sus contradicciones, sin embargo, continúa atrayendo los espíritus deletéreos –los más– que hoy, inconscientemente, acompañan la decadencia. Porque un síntoma alarmante consiste en elevar a la categoría de valor hasta lo que es mera opción frívola, idiotización colectiva o concupiscencia.

La decadencia en el hombre

En síntesis, cabe preguntarse: ¿cómo se encarna la decadencia en el hombre mismo y, a partir de él, en la sociedad, en el Estado y en la propia Iglesia? Respuesta: de dos maneras fundamentales: 1) en la descomposición de la inteligencia y 2) en la descomposición del comportamiento.

La primera se manifiesta de diferentes modos pero, principalmente, como una renuncia a los valores absolutos, a un escepticismo visceral que conduce a un punto clave: el desprestigio de la verdad, a expensas –como es lógico– del prestigio del error o más simplemente de la complacencia en la nebulosa del error. Si no hay ningún absoluto, entonces toda verdad es relativa, o sea no es verdad cabal. Y, desde luego, no hay Dios posible. Todo es mundano, cotidiano, secular, en suma, horizontal.

Esta la religión sufre hoy esta proclividad hacia la secularización. ¿Podría darse semejante paradoja? En algunas religiones donde prevalece la inmanencia sobre la trascendencia esto no es nuevo pero en el Cristianismo, donde Dios se hace hombre (y no el hombre se hace a sí

mismo Dios) resulta una verdadera contradicción en los términos. A pesar de lo cual hoy proliferan los falsos teólogos que ensalzan la secularización como un medio de "llegar a la gente"; algo jamás visto en la historia del Cristianismo.

Ninguna otra causa más que la descomposición de la inteligencia puede habernos llevado a este punto. Si lo sagrado es, por definición, lo apartado, lo separado de lo cotidiano, de lo meramente humano, resulta absurdo concebir una religión secularizada. Si este es el extremo al que nos ha conducido la descomposición de la inteligencia, de allí hacia abajo son múltiples y variados los estragos que ha producido en el hombre mismo, como veremos más adelante.

Crisis metafísica

Escribe Marcel de Corte que "la crisis de la civilización es, en efecto, una crisis metafísica pues la esencia del hombre y la del mundo no están solamente conmovidas; están hechas pedazos en piezas separadas de un conjunto orgánico anterior".

Y es que más allá de perderse de vista la trascendencia se ha reducido la realidad a símiles de organizaciones mecánicas en las que se pueden poner y quitar piezas libremente, incluso para mejorar el modelo; lo cual es algo imposible de hacer en lo que es orgánico.

Todo lo cual indica que esta decadencia de Occidente tiene carácter de totalidad, de la cual nada parece salvarse: no sólo la filosofía, sino también el arte y hasta la religión. Por lo cual ha calado hondo en el hombre mismo y sin su conversión es inútil, utópico e ilusorio esperar superarla.

Bien entendido que si decimos decadencia de la filosofía nos referimos a las escuelas decadentes, las que han perdido de vista la unidad del hombre, la unidad del ser y del saber. Haberla reducido a un conjunto de razonamientos elaborados con ideas puras, a un pensamiento evolutivo como todo eje, a la consideración de la pura existencia humana o (este es el caso máximo de la decadencia) a la sexualidad, no es ciertamente filosofía.

Cuando decimos decadencia del arte implicamos su deshumanización, el abandono de todo canon, el realce de la materia sobre la significación y su distanciamiento de todo fin a la vista.

Y cuando afirmarnos que la decadencia ha afectado a la propia religión es porque esta se bate en retirada cuando el mundo ridiculiza "la otra vida", la eternidad, lo sobrenatural, y erige a la ciencia positiva como una verdadera deidad ante la cual todos debemos inclinarnos.

La decadencia del hombre occidental

La segunda manera en que se manifiesta la decadencia es en el hombre mismo. A través de la descomposición del comportamiento, de las *mores* no sujetas a ninguna norma (la anomia) o directamente opuestas a ellas. O si no las únicas normas respetadas, no impugnadas, son fruto de meras convenciones sin ningún fundamento en el orden natural, ya que este ha sido impugnado por un racionalismo que sólo legitima aquello que es consagrado por la mayoría de las voluntades. Digo bien voluntades que no inteligencias, voluntades que asumen la autoridad de la razón.

En esta tesitura es que aparece la democracia endiosada, o ciertos derechos humanos (no todos) absolutizados que confunden necesidades con justicia, y otras formas de canalizar el comportamiento se manifiestan neutras en materia moral porque el valor supremo ha sido otorgado a la libertad antes que al bien, a la verdad o a la belleza, como si se trataran de ideales inalcanzables a los cuales es inútil apuntar, como opciones subjetivas, sin entidad real.

De tal manera, así como la inteligencia no se somete más que a la razón –más bien al racionalismo– la conducta sólo obedece a la conciencia en bruto (no educada, no perfeccionada, no elevada) de cada uno, o mejor dicho "a su arbitrio". Como si no existieran patrones de conducta encarnados en personas ejemplares, como si no hubiera arquetipos dignos de ser imitados, ejemplos de la mejor tradición de la cultura occidental y cristiana. Como si un padre no tuviera nada que transmitir en materia de valores y experiencias a sus hijos, algo que es un caso testigo de la decadencia. Porque la declinación se produce cuando las generaciones decaen en ejemplaridad, cuando los padres no digo que mejoren, sino que ni siquiera igualan a sus hijos.

Es que hablar de decadencia puede significar dos cosas: 1) desgaste, maduración sobrepasada, fase final o bien 2) derrota, darse por vencido, entregarse. La primera acepción es del orden histórico, la segunda se adecua mejor al orden moral, personal. Por cierto que no están muy

separadas ambas cosas, sin embargo por una cuestión de método conviene hacerlo.

La idea de que la civilización se salvará colectivamente, *in toto*, se ha abierto camino últimamente. Pero resulta que la colectivización, la masificación, la "bestia social" que diría Simone Weil para caracterizar su aspecto irracional, es parte principal de la decadencia.

Cada vez que se insiste sobre la existencia de pecados sociales, de alguna manera se está diluyendo la responsabilidad individual, porque es bien sabido que vivimos una era en la que la culpa siempre encuentra justificaciones psicológicas o sociológicas. Es más, la psicología, la sociología actual tienen este matiz como caballito de batalla o como "carnada" para atraer adeptos a su doctrina. Al psicoanálisis no le interesan las culpas ni su terapia exonera al paciente de ellas; más bien al contrario, al explicarlas las condona. Y por este camino se avanza por la pendiente de la decadencia.

Marcel de Corte, siempre acertado e incisivo, sostiene que "el cristianismo no está hecho para salvar a las masas sino para introducir en cada ser humano concreto el fermento de la Gracia". Razón por la cual no debería de alentarse un optimismo superficial por las concentraciones multitudinarias –ni aun las organizadas en torno a los viajes pontificios. Este giro que ha tomado la Iglesia posconciliar en su "apertura" al mundo no permite alentar esperanzas fundadas diversas de los lineamientos decadentes de nuestra civilización occidental y cristiana; sobre los que casi no hay referencias condenatorias.

Precisamente la colectivización, un rasgo, más que moderno, posmoderno, es un síntoma inequívoco de que la crisis en el contexto mayor de una decadencia es primordialmente de las personas, porque "lo colectivo, tomado como tal, no tiene ninguna existencia" y, como agrega de Corte: "llegamos aquí a esa perogrullada elemental que una sociedad es cristiana únicamente en la medida en que sus miembros son cristianos".

Es más, dice el distinguido pensador belga: "Para que la masa acepte el cristianismo será necesario que desaparezca como masa. O sea, lo contrario a la creencia popular de que los cristianos pueden revertir la decadencia apelando a los medios masivos o que por la presión de estos se puede lograr una conversión personal o colectiva; lo que hacen en grado máximo algunos predicadores protestantes en los Estados Unidos con un "éxito" mundano indiscutible, pero sin ninguna verdadera metanoia".

Por el contrario, las manifestaciones gregarias desnaturalizan la profundidad del mensaje cristiano –del Evangelio– llevándolo a un estado gaseoso, a una espuma pegadiza (como los "*jingles*" de la televisión que han impuesto su estilo en algunos cantitos religiosos; o que pretenden serlo) para consumo de las masas. Lo que se resume en un eslogan que reza así: "o nos salvamos todos o no se salva nadie", derivado de una falta interpretación del amor al prójimo.

Para Donoso Cortés, profeta de la decadencia aun sin saberlo, el pecado es "la causa primitiva de toda degradación que 'no es otra cosa que un desorden'. Se trata pues de una relajación de esas subordinaciones jerárquicas que tenían las cosas entre sí y de la absoluta dependencia en que estaban respecto del Ser Supremo; o lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazón en que fueron puestas todas las cosas".

El genial español presiente la doble índole de la decadencia: la descomposición de la inteligencia como "la desunión del entendimiento divino" y la descomposición del hombre como "la flaqueza de la voluntad, en la desunión de la voluntad suprema". El desorden, llevado a su último punto es la muerte, o sea, "la desunión de las partes constitutivas del cuerpo". Y el pecado, la desunión definitiva del alma y de Dios. "Y la del cuerpo y del alma se llama con un mismo nombre: la muerte".

Conflicto entre decadencia y progresismo

La decadencia se presenta con ribetes tan netos que es posible trazar una divisoria de aguas puras y contaminadas en todos los respectos. Porque de la decadencia no se salva nada y es por esa misma razón que ningún síntoma está aislado del conjunto... aunque mucha gente se resista a verlo así y considere una exageración –un "tremendismo"– verlo así.

Esto lleva necesariamente a un enfrentamiento social: entre los concientes de la decadencia (y de su integralidad) y los progresistas que en general son complacientes o al menos tolerantes de sus síntomas.

Tal enfrentamiento se está haciendo cada vez más violento, por ejemplo en torno a la cuestión del inicio de la vida, la concepción, y su interrupción voluntaria (el aborto) con todas las concomitancias legislativas e ideológicas que trae aparejadas.

En definitiva no hay conflicto político con contenido ideológico donde no se manifiesten estas dos posiciones polarmente contrapuestas. Si no hubiera un sector –cada vez más presente y militante– que implícita o explícitamente niega la decadencia no podríamos estar hablando de ella. La decadencia se regodea en sus subproductos, se revuelca en la basura que genera. Es casi imposible que quien está ya contaminado lo reconozca; está tan imbuido del veneno dulce o amargo de la decadencia que ni lo puede detectar; lo lleva adentro. De allí que sea cada vez más difícil encontrar mi lenguaje común, ni quien pueda librarse del desorden y emprenda un camino de recuperación de su inteligencia y de su comportamiento. Y hasta de su estética desconstruida.

Un complejo de síntomas

Tarea ímproba ordenar todos los síntomas de la decadencia occidental –en la inteligencia y en el hombre– porque están intrincados y no es fácil deslindar causas y efectos. Estos síntomas son de diversa importancia, desde la crisis de la verdad como valor aceptado, hasta el reduccionismo a ideas simples –más allá del error– a eslóganes, modelando la mente del hombre contemporáneo.

Veamos primero los síntomas de la decadencia cultural y luego cómo se encarna en el hombre.

Siempre que se niega una verdad aparece un sustituto que ocupa su lugar y altera la jerarquía de los valores. Si hay un denominador común para todos los casos es una indiferencia generalizada ante semejantes despropósitos, lo cual conduce a una devaluación de los principios. Todos son "casos", de conciencia sobre todo; la circunstancia prima. Sobre lo permanente. Y siendo así no hay espacio para la convicción, para la identificación del sujeto con el objeto que elige. Al desaparecer la verdad, el hito firme al cual se somete, todo resulta relativo y nada vale *per se*, ni tiene esencia propia. Y con estas bases se construye (es una manera de hablar) una cabal contracultura, una cultura de anti-valores, sin arquetipos ni modelos sin héroes, ni santos.

La verdad en la ciencia es sustituida por la exactitud, por la comprobación de la hipótesis y, por ese camino la verdad resulta herida de muerte. La verdad científica es relativa al caso que se propone. Carece de validez universal y así las mentes contemporáneas se van haciendo a la idea de que no hay valores absolutos, ni permanentes.

Del mismo modo se rechaza *in limine* el misterio como posibilidad real, porque sólo se acepta lo verificable, lo demostrable materialmente. Y de este modo, de paso, se elimina la fe religiosa como algo banal, como si la *religatio* no estuviera arraigada en la naturalidad del ser humano.

Sobre el valor de los hechos, de las cifras de las estadísticas, hay una anécdota medio cómica pero ilustrativa. Discutían dos gallegos en un café de Buenos Aires y no se ponían de acuerdo. Cerca de ellos estaba nuestro filósofo César Pico con el oído atento porque sostenía que las verdaderas cuestiones siempre se daban en el lenguaje llano. El caso es que uno de ellos decía al otro: "Tú, con hechos no me vas a convencer" y eso para el vulgo semiculto era una simple prueba de tozudez rústica. Sin embargo, mirando bien, encerraba una verdad y Pico lo explicaba. "Tenía razón el gallego. Nadie se convence porque le exhiban los meros hechos. Ni siquiera se convence con simples ideas, ni si quiera con razones. Lo que convence a uno son las significaciones, un complejo de hechos, de ideas, de razones que sueltas no valen nada." Julio Retamal, en su libro *¿Después de Occidente qué?* sintetiza el recorrido de la cultura occidental en cuatro estados sucesivos: 1) el de la verdad única, la época de los santos y de los teólogos durante la cual no se la ponía en duda, no se la exponía a ninguna aventura intelectual irresponsable; 2) el de la verdad múltiple, la época de los filósofos y los científicos, en que se legitiman tantas verdades como sistemas de pensamiento; 3) la de la verdad imposible, la época de los inventos y del utilitarismo y del materialismo; 4) la de la verdad indeseable, la época actual, la del escapismo y la indiferencia por la teoría –la contemplación– y por los valores.

Como quiera que sea, el mundo moderno no ha avanzado tanto como pretende. Al contrario, no se cansa de repetir como Pilatos "*¿quid est veritas?*" con la misma ignorancia y con la misma sorna. Porque, parafraseando a Dostoievski, podría decirse que todo está permitido; algo que seduce al hombre de la decadencia, permisivo en todos los sentidos, hedonista y complaciente de su ignorancia fruto del menor esfuerzo intelectual posible.

La abolición de la verdad como concepto universal, como esencia, considerada en sí misma por abstracción de lo real, lleva insensiblemente a la "instalación" de falsas verdades que se consolidan por mera repetición de voz en voz o, ahora, por medios mecánicos. Es correcto hablar de "instalación" porque aun cuando no todos las crean aceptan su existencia y renuncian a rebatirlas. Del mismo modo, no hay duda

de que la repetición es hoy característica dominante merced a la disposición de medios de difusión poderosos. Así pues, el hombre decadente es víctima de un proceso de idiotización como jamás se vio antes. La idiotización es un método muy efectivo que en casos extremos llega al lavado cerebral, pero es su versión corriente produce verdaderos robots sin pensamiento propio.

Es habitual oír decir que los medios masivos de comunicación no son ni buenos ni malos sino que todo depende del uso que se les dé. En primer lugar hay que decir que encierran una falacia, porque en general no establecen una comunicación real sino que son medios de difusión unilateral, a menudo opresiva. Además, si el contenido del mensaje es bueno lo suelen abaratar banalizándolo –para que llegue más fácilmente a las masas– haciéndole perder su valor, y si es pernicioso lo popularizan hasta terminar adoptado inconscientemente por el público irreflexivo. La masificación nunca es positiva.

Las falsas verdades instaladas son la causa de la pavorosa indiferencia que hay por las grandes preguntas. La gente, adormecida por lo trivial y lo reiterado sin control pierde hasta la menor tendencia a las preguntas básica de la metafísica. Y hasta los biólogos se resignan a imaginar que saben qué es la vida o tejen hipótesis acerca de cómo se originó materialmente pero son incapaces de preguntarse a qué responde su existencia, para qué vivir. Y no es que uno pueda acusarlos de no tener respuesta, sino de su indiferencia por la pregunta.

Es que la indiferencia por la significación de las cosas conlleva a sustituirla por la beatería de la exactitud que reduce la ciencia –y el conocimiento mismo– a una correspondencia entre la hipótesis y la tesis.

Los descubrimientos científicos embelesaron la mente decimonónica y reforzaron la ilusión del progreso indefinido vislumbrada en el siglo XVIII con los adelantos técnicos, y en el XX se fascinaron por el vértigo de la tecnología industrial. La utopía cientificista se ha hecho carne porque las creaciones de la tecnología hoy han inundado el mercado, entraron en los hogares, acapararon el tiempo libre de los hombres después de haber revolucionado los métodos de trabajo, sometieron la medicina, revolucionaron los negocios y hasta los niños cayeron seducidos en sus redes. Y todos, de consuno, se concertaron para crear un mundo imaginario de bienestar a fuerza de proveer respuestas a necesidades fabricadas a priori, todo a través del instrumental inspirado por la ciencia.

Esta es la consecuencia natural de creer que la única realidad es la mensurable y cuantificable y que el progreso del conocimiento científico equivale al progreso de la civilización liberándola de las tinieblas oscurantistas de la metafísica.

La cuestión son los fines

¿Puede haber algo más trascendental que considerar, en los tiempos que corren, el tema de la decadencia de nuestra civilización? Y, sin embargo, ¿cuántos de nuestros contemporáneos estarían dispuestos a aceptarlo? ¿O acaso lo trascendental los conmueve?

Escribió Pannikar: "Estoy convencido de que vivimos en una estado de emergencia humana que no nos debería permitir entretenerlos con bagatelas". Pero precisamente son bagatelas lo que absorbe la atención de la mayor parte de la gente despreocupada por la dirección del acontecer, especialmente de adonde se dirige lo nuevo y decisivo.

Ciertamente esa mayoría no cree que sea posible hablar de dirección, así como a muy pocos les importa que la haya o no, y menos aun que eso les quite el sueño. Preguntar hacia dónde va la ciencia, adónde va la tecnología, suena extemporáneo. Si a los científicos en general esto no les preocupa demasiado (hay poquísimos libros como el de John Horgan: *The End of Science*), para el hombre corriente las cosas no tienen finalidad, la cosas son como son y punto. ¿A quién se le ocurre hacer semejante pregunta?

Y sin embargo hasta 1950 hubo una pléyade de pensadores científicos (Louis de Broglie, Eddington, Max Brod, Adolf Portmann, Werner Heisemberg, por citar sólo uno por disciplina). Y esto es parte de la decadencia, porque gran parte de los científicos hoy están dominados por las posibilidades de aplicación de sus descubrimientos. Todo el aparato de la investigación científica está supeditado cada vez más a la economía, sea por los altos costos de las técnicas utilizadas, sea porque ya no hay fuentes de financiamiento que alcancen. ¿Adónde nos lleva todo esto? El científico de hoy no tiene tiempo para esas consideraciones y su propio trabajo diario se ha convertido en una especie de droga que lo absorbe con cuestiones de orden práctico.

Sin embargo, frente al frenesí de los nuevos inventos y a la vertiginosa velocidad con que se renuevan los enfoques médicos y farmacológicos,

¿cómo no preguntarse por el mañana? Hoy tenermos todo un mundo creado en menos de una generación en torno a la computación, y después de Internet, del DVD, ¿qué vendrá? ¿Hasta dónde "progresaremos"? ¿Y para qué? Nadie contesta. Pareciera que a nadie le importa. O si no tenemos a los futurólogos fascinados por las perspectivas de aumentar la velocidad del transporte, la rapidez en la accesibilidad de las comunicaciones, la "victoria" sobre la enfermedad, la prolongación de la vida... todo concebido en sí mismo, sin pensar en los efectos colaterales que se convierten en troncales anunciando una crisis. A esto los filósofos llaman inmanencia pura, desentendimiento con la trascendencia.

La indiferencia por los fines proviene de la ausencia de valores. Los políticos son un buen ejemplo de ello. Como no tienen convicciones demasiado firmes, ni arraigadas en valores inmutables, se acomodan a todas las circunstancias. Y gracias a ello es que se ganan un lugar en la dirección de la sociedad. Saben que si se definieran mejor por los fines obtendrían más votos en contra.

En todos los síntomas de la decadencia planea como denominador común un cierto desprecio por la cuestión de los fines, o del para qué definitivo, en beneficio de una valoración indebida de los medios; el cómo que para el desarrollo de la tecnología cada día se vuelve más complejo.

A tal punto esto prevalece en la mentalidad contemporánea que aun en quienes no están sumergidos en la prevalencia de los medios sobre la importancia de los fines se repite como verdad revelada aquello de que los medios técnicos no son ni buenos ni malos, como si cada uno de ellos no llevara ínsito una predisposición a determinado uso.

Otro dato del empobrecimiento de la cultura actual es la pérdida de valores finales, porque valores en sí todos los cultivan, pero son meras preferencias y no bienes. Las finalidades son reducidas al progreso tecnológico y a la aceptación de buen grado del multiculturalismo, especialmente en países donde el fenómeno multirracial es irreversible. Se ha perdido la noción de que la cultura es valiosa en tanto y en cuanto es homogénea y carece de sentido cuando está distorsionada por influencias extrañas a su naturaleza original; cuando no es genuina. De donde el globalismo en muchos casos se parece a una conspiración de intereses para hibridizar toda cultura.

Paradójicamente, el triunfo de la civilización ha acarreado el empobrecimiento de las culturas. Se han perdido virtudes que eran típicas

de sociedades primitivas como el conocimiento del entorno por connaturalidad, por familiaridad con la flora y la fauna y, por caso, la sabiduría de las virtudes medicinales de las plantas. Se ha producido un distanciamiento entre el hombre y el medio natural, agravado posteriormente por la urbanización masiva. Así se ha perdido la baquía en todos los órdenes, desde la orientación hasta la aptitud para encender un fuego. Se dirá que el hombre actual no lo necesita y que ha ganado en otros respectos merced al avance técnico, aunque los saberes connaturales son útiles en todos los casos, aun para comandar las herramientas de la técnica. Pero lo peor de todo tal vez sea que los inmigrantes a las ciudades suelen quedarse a mitad de camino, perdiendo los buenos hábitos campesinos y no dominando aun los civilizados (en el buen sentido de la palabra).

Ya hemos dicho que es imposible referirse a la decadencia de Occidente sin verificar paralelamente la decadencia del hombre actual, porque todos aquellos síntomas característicos de la descomposición de la cultura (que se esconde bajo la máscara del progreso social) se encarnan en aquel.

El hombre actual es un "producto", consciente o no, de la modernidad. Si en su auge –en el siglo XVIII– pretendió mejorar el ideal clásico *naturaliter* cristiano, ahora asistimos a su decrepitud, superado por el fracaso de las luces racionalistas y la desorientación intelectual y moral que ha perdido todos los modelos y los arquetipos.

Lo más grave de todo es que el hombre moderno nunca lo ha advertido y se empecina en su adhesión a ideas aisladas que contribuyen a hundirlo más en un panorama sin salida. Por ejemplo, un rasgo característico de ese hombre es el desarraigo, teórico y práctico, que se complace en haber cortado sus lazos con el pasado, con la tradición, para jactarse así de su mayor independencia, de su libertad.

Si la libertad pudo ser elevada a mito a partir de la modernidad, ello no pasó por un tiempo de ser una postura intelectual. Ahora en la decadencia avanzada la libertad, en su versión más basta, más elemental, más perniciosa para el hombre mismo, es artículo de consumo masivo, indiscutible. Preguntad al voleo cuál es la condición más preciada para el hombre de hoy y os contestarán: la libertad, entendiéndola de la manera más grosera, o sea: "hacer lo que yo quiera".

Es más, sobre esta base se pretende fundar la sociedad política, popular, democrática, como si de ello derivara un seguro para la justicia aunque se sacrifique la armonía social, la concordia de clases y no hu-

biera ideal más alto al cual subordinarse. Libertad sí, ¿pero entendida como fin o como medio para lograr el bien? He aquí el dilema que no se quiere encarar de frente.

Claro que, en este desierto axiológico que es el mundo actual, el bien no es aceptable si no logra consenso social previo. O sea, no existe. O es bien siempre que el vecino no ponga alguna objeción. ¿Qué clase de bien es este valor relativizado, supeditado al capricho de los demás, con fundamento o sin él? Si lo bueno para uno es malo para otro, ¿sobre qué base construiremos el edificio político? ¿O es que las opciones personales estarán sujetas a la voluntad de la mayoría erigida en juez sabio e inapelable?

Así parece, al punto de que la voluntad individual se somete mansamente a ella como si de por sí, por su cuenta, no se considerara capaz de sostener juicio propio en disidencia. A esto se ha llegado con la imposición de la democracia autoritaria anulando la autonomía de la persona humana que, supuestamente, iba a fortalecer.

Toda decadencia se produce a la par de una desacralización generalizada. La adhesión y la reverencia a lo sagrado implican una vitalidad propia de los pueblos jóvenes y en auge, no de los envejecidos con o sin motivo. Si, genéricamente, lo sagrado es lo apartado, lo separado, lo que no debe entremezclarse con lo meramente cotidiano, vulgar y pedestre, la desacralización consiste en la deriva consciente o planeada de que nada escape al montón, de que nada pretenda ser distinto, y menos aún, superior. En el reino de la cantidad y el adocenamiento la desacralización campea con comodidad.

La sociedad desacralizada no admite verdaderas jerarquías, salvo las banales que son creadas como bestias sagradas del deporte o del espectáculo y, eventualmente, la política de masas. Tampoco puede concebir el misterio que representa la antesala de lo sobrenatural y así degrada la religión reduciéndola a la sociología religiosa: un conjunto de códigos de comportamiento exterior o sino a una literatura "espiritual" nebulosa y hasta a una colección de mitos literarios vaporosos. Nada habrá ya de sagrado en el orden natural: ni en el misterio de la Creación, ni en la santidad de la familia –la relación filial y la paternidad– ni en el sustrato del Derecho que es divino o si no es pura convención humana.

Así, la decadencia se caracteriza por la pérdida de toda fe, no sólo la religiosa, pero ni siquiera la aceptación de la impotencia humana, la limitación de su mente o la necesidad de apuntar a lo trascendente.

De la desacralización es fácil pasar a la creencia de que la inteligencia se alimenta sólo con ideas –como ya lo hemos visto– y de allí construir ideologías que como cárceles del entendimiento restringen la libertad intelectual pero satisfacen un pensamiento reducido a ejercicios repetitivos incapaces de crear nada.

El pensamiento es concebido como abstracción pura. O sea, no se alimenta de la realidad sino que, por el contrario, inventa una realidad falsa. Pero no impide el avance de la ciencia y de la técnica. Al contrario, el pensamiento abstracto ha construido todo un edificio al cual es preciso entrar si se quiere hacer algún aporte a la investigación científica y a la invención tecnológica donde no priva la lógica tradicional sino unas reglas, un método de pensamiento *ad hoc*, alejado del universal.

Reduccionismo al número

En un panorama semejante es natural que sufra el concepto de lo cualitativo en beneficio de lo cuantitativo. ¿Acaso el economicismo –hoy vigente como nunca– no es la versión palpable de ello? ¿Qué hay en el mundo que se mida exclusivamente por la cantidad, sino el dinero? ¿O que no se lo reduzca a tal para valorarlo?

La importancia del número ha alcanzado tal punto que la política se ha convertido en la continuación de los negocios por otros medios. Diríase que los números gobiernan al mundo, no sólo por la cantidad de dinero y por los índices financieros sino también por la tiranía de las estadísticas, de las encuestas y de los procesos electorales ante los que se somete la opinión pública dócilmente. Todo lo cual no se cumple impunemente. La cualidad termina subordinada a la cantidad. ¿Acaso no se comienza una operación de compra preguntando por el precio, supeditando la calidad a él? Si antaño la competencia comercial se centraba en la calidad del producto, hoy el eje se ha desplazado al precio, o mejor aún a las relativización de las sumas totales en función de las cuotas y a los intereses.

Si todo esto tiene su propia lógica innegable, lo preocupante es que va conformando una mentalidad integral que se extiende a la educación, o a la cultura; un dominio en el que la calidad debería reinar absolutamente; o a la política, donde lo primero que se indaga de un candidato es cuántos votos arrastra o qué chance –en porcentaje– tiene de ganar.

El hombre moderno, y más el posmoderno, vive en el convencimiento de que en todos los órdenes la mejor manera de solucionar los problemas es apelar al cambio, radical si es posible. Y en virtud de esa tesitura llega a creer en la bondad del cambio por el cambio. Pero esto que parece tan natural hoy no se le pasaba por la cabeza al hombre clásico o medieval que creía en lo perfectible, en la posibilidad de mejorarlo todo sin necesidad de destruir lo previo.

Hoy prevalece la convicción de que lo práctico consiste en cambiar las cosas como se cambian los repuestos mecánicos, especialmente en nuestros días en que es difícil encontrar quien tenga la habilidad de repararlos. ¿Para qué hace falta esforzarse en mejorar nada si se puede comprar lo que lo reemplace?

Obviamente, el hombre actual responderá, muy certero, que la razón definitiva es que resulta más barato hacerlo así, pero sin plantearse la cuestión de que esta forma de encarar las cosas tiende a disminuir la habilidad natural del hombre esclavizándolo a la oferta industrial. O sea; la civilización avanza pero el hombre se queda, e incluso, retrocede. ¿Hasta dónde? ¿Hasta cuándo?

La ideología del cambio se extiende a lo social, a la ilusión de que se pueden producir cambios "desde" lo social, pasando por encima de las personas, e incluso contra ellas.

Pero, además, esta infición por el cambio como panacea para todo implica dos rupturas antinaturales: una en el tiempo porque se rompe con la tradición, o sea, la transmisión gradual de valores y creencias sociales, y otra en el espacio, porque rompe con la realidad circundante (o pretende hacerlo).

En el primer caso se cae en ucronismo, una huida en el tiempo, un no-tiempo, como si fuese posible escapar de él. En el segundo caso se incurre en utopía, un no-lugar, en la quimera de poder escapar de este mundo tal cual es por naturaleza, modificándolo de raíz.

El hombre clásico nunca propuso semejante desatino y, en todo caso, creyó que para mejorar las cosas y las personas no era necesario exigir el cambio total sino el descarte de lo pernicioso y la recuperación de lo positivo. En suma: que no hay cambio total sin ruptura total, contra natura, y que eso no es deseable. De allí que el marxismo no pueda tener ningún precedente, ni lejano, en toda la variedad de los pensadores clásicos y medievales, y que su propuesta sea un engendro artificioso sólo imponible por la fuerza.

Todo el proceso de la decadencia intelectual de Occidente se desarrolla en el contexto de un reduccionismo a ideas simples en el cual se ha ido domesticando a la opinión. La gente, por la ley del menor esfuerzo que domina todos los campos, solo absorbe esa clase de ideas, mejor aún si se pueden condensar en un eslogan. De donde la publicidad es hoy en día alimento cultural, adicción consiente o subliminal, fuerza "educadora", influencia moral, guía para las opciones y finalmente lenguaje adoptado. El poder de la publicidad todavía no ha sido debidamente denunciado; ni la agresividad de la propaganda que se expresa visual y auditivamente por todos los medios con el respaldo económico poderoso que le brindan los intereses comerciales.

La publicidad es una fuerza a-moral, descontrolada, harto persuasiva (en el peor sentido de la palabra) que ha creado una rutina y contra la cual es imposible elevar una queja audible (ni escrita) porque está respaldada por una estrecho círculo de intereses económicos.

Hemos llegado al caso frecuente de que una firma comercial pertenezca a una familia cristiana y bien constituida que auspicie programas de televisión disolventes. Vale decir que se sostenga una doble norma moral: estricta de puertas adentro, en el hogar, pero permisiva en el plano público.

Pero más allá de lo moral, la publicidad ha creado un lenguaje elemental, cuando no vulgar y hasta chabacano. Ha creado una microcultura, un mundillo que tiene atrapada a buena parte de la población, carente de reservas y anticuerpos, con su jerga y su antivalores, degradando hasta el nivel mental de la gente. Porque su sólo objetivo es vender; no importa cómo. Y ese método luego se traslada a la política e ingresa hasta en las elites "aggiornadas" a la vulgaridad reinante.

Este sistema cultural decreta que el único mal es el dolor, que el máximo bien es "sentirse bien", que hay que vivir intensamente entendiendo por ello el frenesí de la velocidad y hasta el peligro como si fueran bienes deseables. En este contexto de engañosa vitalidad se van formando nuevas generaciones que no conocen otra alternativa.

Y por si fuera poco, la publicidad estimula las peores derivas de la vida cotidiana de hoy, como es el ruido, la estridencia, las imágenes relampagueantes con que, por ejemplo, se anuncia una nueva película cinematográfica o un programa de televisión. Bien lejos de apelar a los atractivos de las bellezas naturales de los paisajes sedantes que, a lo que se ve, ya no conmueven a nadie. Los recursos de la propaganda prefieren la técnica del shock, y del vértigo como únicos modos de lle-

gar al público y atraer su atención. Pareciera que un discurso bien hilado, un razonamiento sereno, es mucho menos eficaz para imponer (*sic*) un producto, es mucho menos efectivo que un discurso sin sintaxis, con neologismos atrabiliarios y, si viene al caso, alguna palabrota.

El concepto de unidad del saber resulta extemporáneo hoy. Más bien prevalece la idea de que hay un saber para cada cosa sin conexión entre sí. O sea que no hay ya más una sabiduría; concepto que es considerado obsoleto porque el único conocimiento serio es el científico y especializado y el saber general se considera trivial. Se ha olvidado que no basta con saber sino que es menester saber para qué, que es el quid de la sabiduría.

Por eso será que la misma universidad está en crisis. Hace medio siglo el presidente de la universidad de California, Clark, abogaba por una multiversidad con el argumento de que en ella se enseñaba una variedad inconexa de conocimientos. Y no ocultaba su satisfacción de haber superado el ideal medieval del *versus unum*.

Probablemente no haya dato más contrastante con la tradición que esta ruptura en fragmentos del conocimiento, aislados y frecuentemente contradictorios. El otro elemento contrastante con la tradición es el abandono del ideal estético en beneficio de precisamente lo contrario: el verdadero culto de la fealdad con el argumento falaz de que el realismo brutal es un objetivo más válido para el arte. O que es preferible la fealdad verdadera que la belleza engañosa. Como si se tratara, además, de una alternativa obligatoria.

Platón pedagogo y teólogo

MANUEL VARGAS DE LA TORRE

Grecia enseñó a pensar a la humanidad a través de esclarecidos maestros. Platón fue uno de ellos: entre sus muchas enseñanzas nos dejó una preciosa definición de educación, y nos enseñó a probar racionalmente que Dios existe.

Toda la obra de Platón tiene un carácter deliberadamente educativo, por eso no siempre sus páginas expresamente pedagógicas son las más profundas, pedagógicamente hablando, sino que a cada paso brota el pensamiento certero que resuelve una cuestión educativa.

Por ejemplo, es en el diálogo *Las Leyes* donde Platón nos da su definición de educación, que no ha sido superada y que sigue apareciendo en los manuales de pedagogía.

¿Por qué en las Leyes? Porque Platón considera a la educación como esencialmente social:

> Porque si se me pregunta que interés resulta al bien público de la educación de toda la juventud, no sería difícil responderte que los jóvenes bien educados serían un día buenos ciudadanos; que siéndolo, se conducirían bien en todas las ocasiones (*Leyes* 1) [1].

La definición la alcanza Platón después de un proceso de investigación en cinco etapas:

1 Platón, *Las Leyes*, Col. Sepan Cuantos, Ed. Porrúa, México, 1998.

1ª. *Preparación para la profesión que debe abrazar el hombre*

ATENIENSE. –Os veo muy bien dispuestos a escucharme, y yo respondo de mi buena voluntad; pero temo que las fuerzas me falten; sin embargo, hagamos un ensayo. Comencemos por definir lo que es la educación, y cuál es su virtud. No podemos dispensarnos de comenzar por aquí la discusión que traemos entre manos, hasta que ella nos conduzca por grados al dios del vino.

CLINIAS. –Entremos en materia, si te parece conveniente.

ATENIENSE. –Mirad si la idea que me formo de la educación es de vuestro gusto.

CLINIAS. –¿Cuál es?

ATENIENSE. –La siguiente: digo, que para ser un hombre completo en cualquiera profesión es preciso que se ejercite en ella desde la infancia, lo mismo en sus diversiones que en los actos serios, sin despreciar nada de lo que tenga relación con la misma; por ejemplo, el que quiera ser un buen labrador o un buen arquitecto, es preciso que se entretenga desde los primeros años, el uno en construir pequeños castillos, el otro en remover la tierra, que el maestro que los enseñe, facilite a uno y a otro pequeños instrumentos modelados por los instrumentos verdaderos; que haga que aprendan desde luego lo que es necesario que sepan antes de ejercer la profesión; por ejemplo, el carpintero a medir y nivelar; y el guerrero a montar a caballo o cualquier otro ejercicio semejante por vía de pasatiempo; en una palabra, es preciso que por medio de juegos dirija el gusto y la inclinación del niño hacia aquello a que debe consagrarse, para cumplir su destino. Defino, por lo tanto, la educación: una disciplina bien entendida, que por vía de entretenimiento conduce el alma del niño a amar aquello que, cuando sea grande, debe hacer de él un hombre cabal en el género de ocupación que ha abrazado.

CLINIAS. –Sí, sin duda.

ATENIENSE. –Pero no dejemos con una significación vaga lo que llamamos educación. Muchas veces, en forma de alabanza o de censura, decimos de cierta gente que tienen o que no tienen educación, siendo así que han recibido una muy buena para el tráfico, para el comercio marítimo y para otras profesiones semejantes. A lo que parece, al hablar así, no nos hemos fijado en esa educación propiamente dicha, que tiene por objeto formarnos en la virtud desde nuestra infancia, y que inspira al hombre el deseo ardiente de ser un completo ciudadano y de saber mandar u obedecer conforme a las reglas de la justicia.

Ahora bien; ésta es la que intentamos definir y que, a mi parecer, es la única que merece el nombre de educación. En cuanto a la que tiene por objeto la riqueza, o fuerza del cuerpo y el talento, cualquiera que él sea, pero en la que la sabiduría y la justicia no entran para nada, ésta es una educación baja y servil, o más bien una educación indigna de este nombre (*Leyes* 1) [2].

2ª. *Formación del hombre virtuoso y del perfecto ciudadano*

ATENIENSE. –Tengamos como positivo lo que acabamos de sentar; que los que han sido bien educados se hacen por lo común hombres estimables; que por lo mismo no debe despreciarse jamás la educación, porque es para un hombre virtuoso la primera de las ventajas; y que si se está desprovisto de ella, es preciso hacer los mayores esfuerzos, durante toda la vida, para reparar esta desgracia, si es que es posible.

CLINIAS. –Tienes razón, y en todo estamos conformes [3].

3ª. *Dirección de los sentimientos de placer y dolor*

ATENIENSE. –Deseo traeros antes a la memoria la definición que hemos dado de una buena educación, porque sospecho que ésta es la consecuencia de los banquetes convenientemente ordenados.

CLINIAS. –Eso es mucho decir.

ATENIENSE. –Digo, pues, que los primeros sentimientos de los niños son los del placer y el dolor, y que en ellos, la virtud y el vicio se confunden al principio con estos dos sentimientos. Porque con respecto a la sabiduría y a las opiniones verdaderas bien fijas, dichoso el hombre que en edad avanzada llega a conseguirlas, y el poseer estos bienes con todos los demás que llevan consigo es el colmo de la perfección. Llamo educación a la virtud, tal como se muestra en los niños, ya sea que los sentimientos de alegría o de tristeza, de amor o de odio, que se despiertan en su alma, sean conformes al orden, sin que ellos puedan darse cuenta de ello, sea que, sobreviniendo la razón, se den cuenta a sí mismos de los buenos hábitos a que se han acostumbrado. En esta armonía del hábito y de la razón es en lo que consiste la virtud, toma-

2 Idem, pp.27-28.
3 Idem, p.28.

da en su totalidad. En cuanto a esa parte de la virtud, que nos enseña a hacer un uso legítimo del placer y del dolor, y que desde el principio hasta el fin de la vida nos hace amar o aborrecer lo que merece nuestro amor o nuestra aversión, yo la separo con el pensamiento de todo lo demás, y no creo que uno se engañe, dándole el nombre de educación (*Leyes* 2) [4].

4ª. *Conducir a los jóvenes hacia lo que la ley dice ser conforme a la recta razón*

[...] ¿Pero a qué tiende esta observación? Mirad si es a lo que sigue.

CLINIAS. –¿A qué?

ATENIENSE. –Me parece que nos conduce por tercera o cuarta vez al mismo punto, quiero decir, al convencimiento de que la educación no es otra cosa que el arte de atraer y conducir los jóvenes hacia lo que la ley dice ser conforme con la recta razón, y a lo que ha sido declarado tal por los más sabios y más experimentados ancianos. Para que el alma de los jóvenes no se acostumbre a sentimientos de placer o de dolor contrarios a la ley y a lo que ésta recomienda, y que antes bien en sus gustos y aversiones acepte o deseche los mismos objetos que la ancianidad [5].

5ª. *Finalmente*

[...] Pero es indispensable que os explique mi pensamiento, procurando hacerle patente por medio de ejemplos, tanto más cuanto que lo que acabo de decir es algo oscuro.

CLINIAS. –Veamos.

ATENIENSE. –Hemos dicho, y con razón, que una educación buena es la que puede dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son susceptibles

CLINIAS. –Sin duda.

ATENIENSE. –Mas para adquirir esta belleza es de necesidad, en mi opinión, que el cuerpo se desenvuelva con perfecta regularidad desde la primera infancia.

4 Idem. p.34.
5 Idem. p.39.

CLINIAS. –Es cierto.

ATENIENSE. –¡Y qué! ¿No habéis observado en todo animal que su primer desarrollo es siempre el mayor y el más enérgico, hasta el punto que muchos disputan y sostienen que el cuerpo humano no adquiere en los veinte años siguientes el doble de la altura que tiene a los cinco años?

CLINIAS. –Es exacto (*Leyes* 7) [6].

En el diálogo Laques pregunta a Melesias y Lisímaco: ¿Imagináis que se trata aquí de un negocio de poca trascendencia?" Y se responde: "No hay que engañarse; se trata de un bien que es el más grande de todos los bienes; se trata de la educación de los hijos, de que depende la felicidad de las familias; porque, según que los hijos son viciosos o virtuosos, las casas caen o se levantan" [7].

Con frecuencia distingue Platón los conceptos de educación y la enseñanza y expresamente los diferencia en el *Sofista*: Después de reiterar una de sus ideas favoritas dentro de su teoría del conocimiento, según la cual la ignorancia más terrible consiste en "imaginarse saber lo que no se sabe", hace formular al personaje que defiende su criterio esta pregunta: "¿Qué nombre es preciso dar a la parte de la enseñanza que nos libra de la ignorancia?" Y hace responder a otro: "Ya creo extranjero que las otras partes de la enseñanza son relativas a los oficios mecánicos, pero por lo menos entre nosotros, esta de que se trata se llama educación".

Es decir, la enseñanza es mera comunicación de destrezas, mientras la educación es ejercicio y desarrollo de las potencias espirituales, concretamente la aplicación pura de la interrogación socrática para la creación del hábito de discurrir sobre la firme base de una conciencia clara del objeto de conocimiento; pero como al conocimiento verdadero se identifica en el sistema socrático-platónico con la idea del bien, resulta en última instancia que la educación es el desenvolvimiento de las capacidades superiores del espíritu y la enseñanza simple acto externo de informaciones y destrezas [8].

6 Idem. p.133.
7 Platón, *Diálogos*, Porrúa,, México, 1998, p.47.
8 Platón, *Diálogos*, p.747.

O sea que todo acto educativo auténtico produce una modificación permanente de la personalidad.

En el sistema de Platón el origen del saber y de la ignorancia es una cuestión capital porque se relaciona con el principio de la claridad, condición primera del acto docente.

El que sabe y sabe que sabe, indudablemente es sabio.

El que no sabe, pero sabe que no sabe, también es en cierto modo sabio, o por lo menos no es del todo ignorante, porque se halla en disposición de aprender.

No saber y creer que se sabe: he ahí la verdadera ignorancia de la que nacen todos los errores de la enseñanza y todos los males.

Por ejemplo este párrafo del Carmides:

> Sócrates. –Pues bien, querido Critias, reducida la sabiduría a estos términos, ¿cuál puede ser su utilidad? ¡Ah! Si como supusimos al principio, el sabio supiese lo que sabe y lo que no sabe; si supiese que sabe ciertas cosas y no sabe otras ciertas cosas; si pudiese además juzgar a los demás hombres en esta misma relación, entonces, yo lo declaro, nos sería infinitamente útil el ser sabios. En efecto, pasaríamos la vida exentos de faltas los que tuviésemos la sabiduría, y lo mismo sucedería a los que obrasen bajo nuestra dirección. Porque, respecto de nosotros, no intentaríamos hacer lo que no supiésemos, sino que dirigiéndonos a los que lo supiesen, a ellos se lo encomendaríamos; y con respecto a los que estuviesen bajo nuestra dirección, no les permitiríamos hacer sino lo que pudiesen hacer bien, es decir, aquello de que tuviesen la ciencia. Una casa administrada de esta manera por la sabiduría, estaría necesariamente bien administrada, y lo mismo un Estado sería bien gobernado, e igual sucedería en todas partes donde reinase la sabiduría. Porque unas gentes que no cometerían faltas, que ajustarían todas sus acciones a las reglas de la razón, necesariamente serían dichosas. ¿No es esto, mi querido Critias, lo que experimentaríamos con motivo de la sabiduría, y lo que mostraríamos para hacer ver cuán ventajoso es saber lo que se sabe y lo que no se sabe? [9]

En Platón la ley moral siempre está presente, no sólo en las páginas con manifiesta intensión pedagógica, sino en todos los pensamientos de la gran obra que nos legó.

9 Platón, *Diálogos*, p.91.

No hay más que un saber verdadero: el conocimiento del bien en sí mismo y en nuestra alma y en nuestras acciones.

No hay más que una educación verdadera, la inspiración de la idea del bien, reforzada con el hábito del bien obrar.

La vida del hombre no tiene más que un objetivo digno de su naturaleza: educarse a sí mismo y cooperar en la educación de los demás.

En estas 3 proposiciones se halla la filosofía de Platón entera.

La flecha siempre apunta al mismo blanco: el bien y su realización.

Por otro lado, con Platón se puede decir que nace la Teología Natural, como una serie de verdades demostradas sobre el ser de Dios y su existencia.

Platón es el gran apologista de la existencia de Dios. Su hondo sentido ético le incita a defender esa verdad. Por eso se explica el número casi excesivo de argumentos que propone para probar que Dios existe

Platón abrió el cauce por donde han de confluir las cinco vías de Santo Tomás. Demuestra la existencia de Dios bajo los conceptos de: Primer motor (Leyes), Causa primera (no creación, producción; Fileo y Timeo); Ordenador sapientísimo (Fedro y Fedón); fuente de toda perfección (Banquete); Ser necesario e incorruptible. Además en Leyes Platón propone 3 nuevos argumentos: el del orden moral, el del apetito de felicidad y el del consentimiento universal en admitir la existencia de Dios.

Hasta ahora ningún filósofo había hecho notar de un modo tan explícito la necesidad moral de la existencia de Dios. Platón es el primero de los filósofos griegos que alcanza a ver la importancia de este problema.

En los filósofos presocráticos más que una idea de Dios, latía un sentimiento de la Divinidad confuso e indeterminado. De ahí que todos los esfuerzos vinieran a desembocar en un monismo materialista y panteísta. Anaxágoras fue el primero que intentó liberarse de esa catástrofe introduciendo la Mente (*nous*) como inteligencia ordenadora y primer motor distinto del mundo.

Antes de analizar alguno de los argumentos platónicos, conviene analizar su concepto de Dios.

Platón en sus diálogos algunas veces se refiere al Dios único y otras hace alusión a los dioses ¿Es Platón monoteísta o politeísta? Entre el

pueblo de Grecia ejercían aún su influencia los dioses del Olimpo. La creencia en las divinidades homéricas había arraigado en la mentalidad del pueblo. Contradecir esa creencia equivalía a ganarse la odiosidad del pueblo y el humillante baldón de ateo e impío. Ahí estaba el caso de Sócrates. El difícil maridaje entre el Dios de la filosofía y el Dios de la religión no se realizaría hasta la época Patrística. Había una total separación entre el Dios de la filosofía y los dioses de la religión. Porque poseer a uno llevaba como consecuencia la anulación de los otros. Por eso ni el Dios de la filosofía era concebido en toda su amplitud y alcance, ni los dioses de la religión concordaban con la verdadera noción de Dios.

Platón filosóficamente se nos presenta como monoteísta, pero oficialmente se presenta como politeísta. Considera a los dioses olímpicos como hechura del único y verdadero Dios. En los momentos de mayor fervor y seriedad nos habla de Dios, no de los dioses. En la *Apología de Sócrates*, por ejemplo, el filósofo habla de su misión entre los atenienses y exclama:

> Eso es. Sabedlo bien lo que Dios me ordena. Estoy seguro de que lo mejor que os ha podido ocurrir en la república es esta sumisión perfecta de mi parte a los mandatos de Dios.

Esta preferencia por el Dios único se va manifestando a través de sus escritos. La alta estima que tiene de Dios le impulsa a llamarle de muy diversos modos empleando los más variados adjetivos: "Óptimo", "Omnisciente" y "Providentísimo" (*Leyes* I y X); en el Filebo, "Inteligentísimo", en *La República*, "Sapientísimo", en el *Timeo*, "Poderoso". Entre tanta variedad de nombres su concepto de Dios se puede reducir a: 1) el conjunto abstracto de la Idea del Bien, 2) el concepto concreto del ser dotado de razón y libertad al que llama "Demiurgo" gobernador y ordenador del cosmos y, finalmente, 3) "El alma del Mundo", principio de vida, de movimiento y raíz de todos los espíritus y almas finitas. Son 3 aspectos del mismo ser considerado desde ángulos diversos.

El concepto de Dios, en Platón, aparece en un estadio de evolución muy superior a los presocráticos. Platón engarza el concepto de Dios en su nueva concepción de las Ideas, base de su sistema filosófico.

Según la teoría platónica de las Ideas que subsisten por sí mismas, hay una Idea, la Idea del Bien, a la que parece ser que todas las de-

más ideas se subordinan. A esta Idea llama Platón "Sol del mundo inteligible, principio último del ser y del conocer" (*La República* VI). En la misma obra, en los libros VI y VII leemos: el Bien "es la parte más brillante del ser". "Está por encima de las esencias, de la verdad y de la ciencia", "es la causa de todo lo que hay de bueno y de bello". "Produce en el mundo invisible la verdad y la inteligencia; en el visible la luz y el astro de que dimana". Este dominio de la Idea del Bien desde las sombras del ser parece indicar una completa identidad con la idea de Dios. Pero en todo caso las expresiones son bastante vagas para que se pueda fundar sobre ellas una sólida opinión. No ocurre lo mismo con el problema de la existencia de Dios. Platón, con plena independencia de la relación de la Idea de Dios y de la Idea del Bien prueba la existencia de Dios determinando de un modo específico los fundamentos de las cinco vías de Santo Tomás. Es el primer gran esfuerzo de la razón humana por encontrar los caminos seguros que la lleven a Dios.

Estas pruebas no se encuentran sistematizadas en sus escritos. En toda su obra va dejando, aquí y allá, los elementos para construir estas pruebas. Veamos un ejemplo.

La prueba del movimiento (*Leyes* X)

Platón considera que hay tres creencias muy perjudiciales para el hombre y la sociedad:

- Creer que Dios no existe.

- Creer que aunque existe no se preocupa de los problemas del hombre, y

- Creer que aunque Dios gobierna el mundo y se preocupa de él, el pecador impenitente puede escapar del juicio y castigo comprando el favor de la Divinidad con beneficios y ofrendas (*Leyes* X).

El buen legislador, sostiene Platón, no puede proceder con nobleza y eficacia, sino destruye antes, con sólidos argumentos de razón, estas funestas creencias. De las tres la más trascendental es la primera. El que legisla antes de refutar los otros dos errores, debe probar que Dios existe.

Es el argumento que juzga más eficaz para probar la existencia de Dios. Lo desarrolla en el diálogo *Leyes* X. Empieza invocando a la divinidad para que lo ayude en empresa tan difícil como trascendente

> ATENIENSE. –Si alguna vez hemos tenido necesidad de invocar a la divinidad, es indudablemente en este momento. Imploremos, pues, con todas nuestras fuerzas el auxilio de los dioses, para demostrar su existencia; y acogiéndonos a su protección, como a una áncora segura, lancémonos a la cuestión presente.

Platón se encuentra que entre sus predecesores no hubo un perfecto acierto respecto a la noción del movimiento. Para Parménides el movimiento no existe, el ser permanece en una inmutabilidad perfecta. Según Heráclito todo está en movimiento, todo fluye ¿Qué opinión acepta Platón? Ninguna de las dos. No todo permanece en inmutabilidad absoluta, ni todo es un constante flujo, sino que "unas cosas se mueven, otras permanecen":

> Escuchad lo más sólido que yo creo poder responder a las preguntas siguientes. Si se me dice: Extranjero, ¿está todo en reposo y nada en movimiento? ¿O bien sucede todo lo contrario? ¿O, en fin, unas cosas están en movimiento y otras en reposo? Yo respondo, que una parte de ellas está en movimiento y otra en reposo. Pero, ¿no es en algún espacio donde están unas en reposo y otras en movimiento? Sin duda. ¿No hay cuerpos que se mueven sin mudar de lugar y otros que mudan?
>
> ATENIENSE. –Distingamos aún dos especies más de movimiento; uno el de las sustancias que pueden comunicar su movimiento a otras pero que no tienen la fuerza de moverse por sí mismas; y otro el de las sustancias que se mueven siempre a sí mismas, y tienen la virtud de poner en movimiento a otras sustancias por medio de la composición o de la división, del aumento o disminución, de la generación o corrupción [...] cuando una cosa produce un cambio en otra, ésta en una tercera y así sucesivamente, ¿puede decirse que hay entre estas cosas un primer principio de cambio o de mudanza? ¿Cómo lo que es movido por otra cosa podrá ser principio del cambio? Eso es imposible. Pero cuando un motor, que no debe su movimiento más que a sí mismo, causa alteración en otra cosa, ésta también en otra, y el movimiento se comunica así a una infinidad de sustancias, ¿hay otro principio de todos estos movimientos que el cambio que tuvo lugar en esa sustancia que tiene la facultad de moverse a sí misma?

CLINIAS. –Dices verdad, y no es posible dejar de convenir en ello.

ATENIENSE. –Hagamos aún otra pregunta, y procuremos contestarla. Si, como se atreven a suponer la mayor parte de aquellos a quienes nos dirigimos, todas las cosas existiesen a la vez en un completo reposo, ¿por dónde debería necesariamente comenzar el movimiento?

CLINIAS. –Por lo que se mueve por sí mismo; porque es evidente que nada puede hacerle mudar de estado antes de este momento, puesto que antes de su acción no tiene lugar ningún cambio en todo lo demás.

ATENIENSE. –Por consiguiente, diremos que el principio de todos los movimientos, ya pasados en lo que al presente está en reposo, ya actuales en lo que se mueve, el principio que tiene la virtud de moverse, es necesariamente la más antigua y la más importante especie de cambio; y pondremos en segunda línea la especie de cambio que, teniendo su causa fuera de sí, imprime el movimiento a otras cosas.

Es decir distingue dos clases de movimiento, uno que puede mover a otro pero él no puede moverse a sí mismo; hay otra clase de movimiento que mueve a otro y puede moverse a sí mismo. Lógicamente este segundo movimiento debe preceder al primero. Porque el móvil que es capaz de comunicar el movimiento a otro pero no a sí mismo, ¿de quién ha recibido este poder? No de sí mismo por hipótesis; luego otro se lo ha tenido que proporcionar. Este es el que puede mover a otro y a sí mismo. Ahora bien, si en una serie de móviles nos encontramos con que cada móvil tiene virtud de mover a otro porque la ha recibido de un móvil que le precede, necesariamente tenemos que llegar a un primer motor que pueda mover a otro y sin necesidad de de ser movido por un móvil precedente. Este primer motor se moverá a sí mismo y es la causa del movimiento de los motores que mueven a otros pero a sí mismos no se mueven. De lo contrario el movimiento no existiría. Tiene que haber un primer móvil que tenga de por sí el movimiento y lo comunique a los móviles subordinados a él.

El movimiento que observamos en la naturaleza supone varias causas subordinadas de movimiento, y una causa principal, "lo que se mueve a sí mismo".

El primer motor en la concepción de Platón es Dios a quien llama "Alma del Mundo". El alma es lo más antiguo de todo como principio del movimiento

ATENIENSE. –Ahora, ¿Cuál es la definición de lo que se llama alma? ¿Hay otra que la que se acaba de determinar? Esto es: una sustancia que tiene la facultad de moverse por sí misma.

CLINIAS. –¡Qué! ¿Dices que la definición de esta sustancia, a que damos todos el nombre de alma, estriba en eso de moverse por sí misma?

ATENIENSE. –Sí, lo sostengo. Y si esto es cierto, ¿no habremos demostrado plenamente que el alma es lo mismo que el primer principio de la generación y del movimiento, de la corrupción y del reposo, en todos los seres pasados. presentes y futuros, puesto que hemos visto que ella es la causa de todo cambio y de todo movimiento en todo lo que existe? ¿Queréis más pruebas aún?

CLINIAS. –No; está demostrado suficientemente, que el alma es el más antiguo de todos los seres y el principio del movimiento.

Platón llama a este primer motor "Alma del Mundo" porque según su modo de pensar "alma" es lo que se puede dar a sí mismo el movimiento. Inclusive es el concepto que conservamos. Llamamos "animado" al ser que tiene capacidad de iniciar un movimiento. Por eso Platón califica a Dios "Alma del Mundo": Dios es el movimiento que se mueve a sí mismo.

ATENIENSE. –Supuesto eso, ¿no es una necesidad confesar que el alma es el principio del bien y del mal, de lo honesto y de lo deshonesto, de lo justo y de lo injusto, y de todas las demás cosas así contrarias, si la reconocemos como causa de todo lo que existe?

CLINIAS. –Sin duda.

ATENIENSE. –¿No es preciso convenir también en que el alma, que habita en todo lo que se mueve y gobierna sus movimientos, rige igualmente el cielo?

CLINIAS. –Sí.

ATENIENSE. –Esta alma, ¿es única o hay muchas? Yo respondo por vosotros que hay más de una, sin designar menos de dos, una bienhechora y otra que tiene el poder de hacer el mal.

CLINIAS. –Perfectamente dicho.

ATENIENSE. –Sea así. El alma gobierna, pues, todo lo que existe en el cielo, en la tierra y en el mar, mediante los movimientos que le

son propios, y que nosotros llamamos voluntad, examen, previsión, deliberación, juicio verdadero o falso, alegría, tristeza, confianza, temor, aversión, amor, y mediante otros movimientos semejantes, que son las primeras causas eficientes, que valiéndose de los movimientos de los cuerpos, como de otras tantas causas secundarias, producen en todos los seres sensibles el aumento o disminución, la composición o la división, y las cualidades que de ellas resultan, como el calor, el frío, la pesantez, la ligereza, la dureza, la blandura, lo blanco, lo negro, lo áspero, lo dulce y lo amargo. El alma, que es una divinidad, al llamar en su auxilio a otra divinidad, a saber, a la inteligencia, para dirigida en el uso de estos diversos movimientos, gobierna entonces todas las cosas con sabiduría y las conduce hacia la verdadera felicidad; así como cuando pide consejo a la imprudencia sucede todo lo contrario. ¿Convendremos en la verdad de todo esto o dudaremos aún si las cosas pasan de otra manera?

CLINIAS. –Nada de eso.

ATENIENSE. –¿Pero qué alma creemos nosotros que gobierna el cielo, la tierra y todo el universo? Es el alma, que está dotada de sabiduría y de bondad o la que no tiene ninguna de estas cualidades. ¿Queréis que respondamos a esta pregunta de la manera siguiente?

CLINIAS. –¿Cómo?

ATENIENSE. –Si es cierto, diremos nosotros, que los movimientos y las revoluciones del cielo y de todos los cuerpos celestes son de una naturaleza semejante a la de los movimientos, revoluciones y razonamientos de la inteligencia; si es la misma la marcha en ambos casos, debe concluirse evidentemente, que la buena alma gobierna al universo y lo conduce por el camino de la perfección.

CLINIAS. –Muy bien.

ATENIENSE. –Y por el contrario, que es la mala, si todo lo que pasa en este mundo tiene un carácter de sinrazón y de desorden.

CLINIAS. –También es eso cierto. (…)

ATENIENSE. –Es preciso que nos prueben, que no tenemos razón al decir que el alma es el principio de la generación de todas las cosas, y deducir todas las demás consecuencias que de aquí se siguen; o, si no están en disposición de razonar mejor que nosotros en esta materia, que se rindan a nuestras razones, y vivan convencidos para lo sucesivo de la existencia de los dioses. Veamos, por consiguiente, si lo que se ha dicho basta para refutar a los que niegan la existencia de los dioses, o si falta algo.

Tropieza Platón con una dificultad: en el universo hay movimientos buenos, ordenados, y movimientos desordenados ¿Puede ser Dios la causa de los movimientos desordenados? Platón rechaza que Dios pueda ser causa del mal y del desorden. De allí la necesidad de admitir una doble alma: el Alma Buena y el Alma Mala, esta última subordinada al Alma Buena.

> ATENIENSE. –Guardémonos, por lo tanto, de decir que Dios está sujeto a tener defectos que no puede menos de aborrecer; y no consintamos que se hable de semejante modo en nuestra presencia.

Pero no sólo hay esta divinidad cualitativa entre los movimientos del universo. Aun consideradas las variedades cuantitativamente inmensa, necesariamente tenemos que concluir que hay tantas almas buenas como movimientos ordenados. Por eso el argumento del movimiento, tal y como lo expone Platón, no nos conduce a un solo Dios. A lo sumo a un Dios de dioses. A un Alma superior y mejor de todas o a "la mejor alma". Con esta subordinación de almas se esfuerza Platón en salvar el monoteísmo al que parece inclinado desde el punto de vista filosófico. En fin, la semilla está arrojada al surco. Aristóteles primero y, sobre todo, Santo Tomás sabrán descubrir lo que implícitamente está contenido en el argumento de Platón, pero que él solo no llegó a vislumbrar.

Conclusión: Un primer motor que se mueve a sí mismo, lo llama "Alma del Mundo": Admite varias almas, pero una superior a todas: Dios.

El argumento que más íntima relación guarda con su sistema es el de los grados de perfección del ser (*Banquete*). Por eso el ser adoptado por la posteridad, recibirá el nombre de platónico. Toda su fuerza dialéctica consiste en una asención gradual por la perfección de los seres hasta encontrar la fuente de donde dimanan. En la naturaleza hay grados de perfección. No todo es igualmente bello, sabio y bondadoso. Cuanto más se acerque un ser a la fuente de perfección participará más de ella. Por eso decimos que unas cosas son más bellas que otras, más buenas que otras. Subiendo por esa escala en donde en cada escalón encontramos un grado más de perfección llegamos a la meta. Hemos dado con la suma perfección, con la suma belleza "eterna, increada, imperecedera, libre de crecimiento y disminución"... que no

reside en un ser diferente de sí misma... que reside eternamente y absolutamente en sí misma y por sí misma. Todas las demás bellezas participan de ella sin que su nacimiento o destrucción le cause el menor crecimiento, ni la modifique en lo más mínimo.

Platón por esta vía sólo llega a las ideas subsistentes en sí. Basta identificar una de estas Ideas con Dios para obtener una demostración de su existencia. Si es cierto que llegó a poner en un mismo plano la Idea del Bien, su argumento adquiere más valor probativo. Pero el camino quedó trazado. La cuarta vía de Santo Tomás recorrerá esta escala graduada de perfección del Ser y encontrará en su extremo superior no a la Idea platónica sino al Ser de Dios infinitamente perfecto, fuente de toda belleza y Sol de toda sabiduría.

Grecia enseñó a pensar a la humanidad a través de esclarecidos maestros. Platón fue uno de ellos; entre sus enseñanzas está la que hemos visto. Platón nos enseñó a probar racionalmente que Dios existe y a pensar en Dios.

Túrin Turambar: un héroe pagano

THORIN ESCUDO DE ROBLE

Centinela ¿ que viste durante la noche?
–He visto llegar las luces del alba.

Isaías 21, 11-12

Túrin Turambar es en mi concepto uno de los personajes de mayor fuerza y carácter de los surgidos de la pluma de J.R.R. Tolkien. Plantea el problema del valor infortunado en lucha permanente y estéril contra las circunstancias adversas.

Junto a Beren y Aragorn debe ser considerado como una de las personalidades más representativas y significantes del pueblo de los Atani (u hombres). No obstante, se presentan entre ellos marcadas diferencias. La frustración de sus propósitos y objetivos fue para Túrin la constante de su existencia. No hubo en su vida victorias duraderas ni alegrías perdurables. Quizá, extremando la interpretación de su figura, cabría afirmar que ella exterioriza la incógnita vital del dolor sin consuelo en una existencia de continuo combate y esfuerzo. Agravando lo expuesto corresponde señalar a su respecto la carencia de una perspectiva redentora o certeza de bienaventuranza.

Su permanente fortaleza careció de esperanza y culminó en el suicidio, recurso de algunas culturas no cristianas ante la vivencia de la desesperación insuperable o los requerimientos del propio honor. Desde esta percepción, Túrin es una voluntad enhiesta contra todos sus enemigos hasta su derrumbe final. Un doloroso tránsito hacia la muerte. Y aun ésta, a mi entender, no puede ser interpretada como claudicación ante un enemigo de inmenso poder, sino como una respuesta colérica y pundonorosa a las “artes engañosas” que aquel ejercita con doblez y malignidad plenas. En otros términos: una protesta pagana que ignorando el valor de la resignación y de la contrición renuncia a la vida como forma de satisfacer un (último) error funesto aunque inculpable.

Su linaje

Su existencia transcurrió durante la Primera Edad del Mundo. Fue hijo de Morwen *Eledwen* ("Resplandor Élfico") y Húrin *Thalion* ("el Fuerte"), Señor de Dor-lómin. Descendía, por lo tanto, por su rama paterna de Hador *Lórindal* ("Cabeza de oro", por sus cabellos rubios), fundador de la Tercera Casa de los Edain, cuyo origen remoto fuera Malach Aradan. Hador se ligó por vasallaje a Fingolfin, uno de los hijos de Fëanor. Debe recordarse que la designación de "Tres Casas" aludía a los clanes o agrupamientos humanos amigos de los Elfos. Uno los descendientes de *Lórindal* fue Eärendil, *el Bendito* (o Medio Elfo), hijo de Tuor. Así, Túrin estaba vinculado por su linaje paterno a los futuros Reyes de Númenor y de Arnor y Gondor. Ninguno entre los Edain podría haber pretendido mayor nobleza de origen. Fue hermano de Urwen y Nienor. La mayor de ellas, a la que amaba entrañablemente, murió tempranamente bajo una peste enviada por el Señor Oscuro, que asolara Dor-lómin.

A través de su línea materna estaba emparentado con Barahir, toda vez que Baragund, su abuelo por esta rama era sobrino de aquel. Conforme a ello, era un Bëórida, descendiente de Bëor *el Viejo,* jefe del primero de los grupos humanos que llegaran a Beleriand. Éste prestó homenaje de vasallo a Finrod *Felagund* . A Boromir, biznieto de Bëor, otro de los antecesores de Túrin, le fue concedido el Señorío de Dorthonion y Ladros.

Nuestro personaje tenía los rasgos físicos y psicológicos de su rama materna, de la que se dice que sus integrantes se distinguían por tener "mentes inquisitivas, manos hábiles, entendimiento rápido, memoria larga y estaban mas inclinados a la piedad que a la risa" (ver a este respecto *El Silmarillion*, Quenta Silmarillion, Capítulo 17, "De la llegada de los hombres a Beleriand", última parte).

La "Profecía del Norte y el Hado de los Noldor"... y el de Túrin Turambar

Debe observarse que los ascendientes de Túrin por ambas líneas se unieron firmemente al Clan de los Noldor, tanto por vía de del vasallaje como del afecto y de la amistad. Este agrupamiento élfico fue el protagonista casi exclusivo de la historia de la Primera Edad, desarrollada

íntegramente en el territorio de Beleriand al que habían vuelto contrariando la voluntad de los Valar. Ello ocurrió por decisión de Fëanor, caudillo indiscutido de este grupo de los Eldar que intentaba recuperar los Silmarils, robados por Melkor. Así, desobedeciendo el mandato de los Poderes, su pueblo siguió al ladrón a la Tierra Media. Para hacerlo debió apoderarse por la fuerza de los navíos de los Teleri, quienes se habían negado a entregarlos. Se libró entonces la batalla de Alcqualondë, primera que enfrentó los Elfos entre sí, ensangrentando la sagrada tierra de Aman.

Encolerizado por la desobediencia, Manwë pronunció contra ellos (en apariencia a través de Mandos) una maldición designada como "la Profecía del Norte y el Hado de los Noldor". Esta comenzaba con una terrible admonición: "Lágrimas innumerables derramaréis... Sobre la Casa de Fëanor la cólera de los Valar cae desde el Occidente hasta el extremo Oriente y sobre todos los que los sigan caerá del mismo modo" (*El Silmarillion*, Quenta Silmarillion, Cap. 9 – "De la huída de los Noldor"). Si bien las consecuencias directas de la rebelión pesaron sobre el líder rebelde y su familia primero y sobre la totalidad de su pueblo después, la sanción incluía a todos los que les prestaran colaboración y auxilio.

Tanto la Casa de Hador como los Bëóridas fueron afectados por la profecía (que configuraba por su contenido una maldición, cumplida a través de la palabra y de sus implicancias sacramentales). Así, el destino de Túrin queda configurado por una suerte de "pecado original" (cuya raíz fuera, coincidentemente con el bíblico, la desobediencia - Génesis 3, 6-24).

La Casa de Húrin Thalion y la doble maldición de Morgoth

Luego de una existencia plena de fidelidad respecto de la Casa de Fingolfin respaldándola en su lucha contra Melkor, el padre de Túrin fue capturado con vida luego de heroica resistencia en la Nirnaeth Arnoediad ("la Batalla de las Lágrimas Innumerables"). Esta fue la quinta de las libradas en el marco del dilatado conflicto al que el Autor designa como "las Guerras de Beleriand", reñidas entre los Noldor y sus auxiliares y los servidores del primer Señor Oscuro. Llevado a la presencia de Morgoth Bauglir ("El Enemigo" y "El Opresor") se burló de él y lo desafió, no consintiendo en doblegarse. Este le impuso en-

tonces un doble castigo: "Maldijo a Húrin y Morwen y a su prole y les impuso una condena de oscuridad y dolor"... Exacerbada su ira, sujetó a su prisionero a una silla de piedra en un lugar elevado "y volvió a maldecirlo; y le dijo: –Estáte ahí sentado ; y contempla las tierras donde el mal y la desesperación desolarán a los que amas". Pero Thalion no cedió y agrega el texto que "no se dice que Húrin le pidiera nunca a Morgoth clemencia ni muerte, ni para él ni para nadie de los suyos" (ver *El Silmarillion*, Quenta Silmarillion, Capítulo 20 – "De la Quinta Batalla: Nirnaeth Arnoediad", parte final). Es de resaltar que la muerte aparece designada como una de las formas de obtener la caducidad de la maldición.

Esta nueva execración adopta un sentido familiar y personal, y es aceptada por Húrin en la seguridad de la imposibilidad de modificarla mediante cualquier empeño o esfuerzo que él pudiera realizar. No obstante, debe señalarse que tal situación fue "impuesta" a Túrin sin alternativa alguna de rechazarla o alterarla. Así se configura la fatalidad que signa su existencia.

De la vida de Túrin Turambar

Las maldiciones de las que fuera objeto, general la primera, particulares las otras, configuran el Destino o Hado al que Turambar queda sujeto.

Ninguna de ellas permite esperar una modificación del sino adverso, ni posibilita una eventual redención. Peor aún: en la "Profecía del Norte" se dice que (con posterioridad a la muerte) "vuestro espíritu sin morada se presentará entonces ante Mandos. Allí moraréis durante un tiempo muy largo, y añoraréis vuestro cuerpo, y encontraréis escasa piedad, aunque todos los que habéis asesinado rueguen por vosotros". Si bien esto último era referido en principio a los Elfos, la certeza de la continuidad del castigo aun después de la muerte sin una perspectiva cierta ulterior de paz o descanso abonan –a mi entender– la conclusión necesaria : en la saga de Túrin Turambar no se alcanza a discernir a su respecto la acción (cristiana) de la Gracia y de la Redención. Ellas caso de resultar viables quedan reservadas a la misericordia de Ilúvatar y permanecen en el misterio de su voluntad.

Su heroísmo y los fines loables que se propusiera ocasionaron permanentemente resultados desastrosos. Aun a riesgo de extender demasiado este trabajo, parece necesario presentar un esbozo de la historia

del héroe. Luego de la derrota sufrida en la Nirnaeth, Morwen lo envía a Doriath para preservarlo de las consecuencias de la inevitable caída de Dorlómin. Allí Thingol le cobra afecto y Túrin al crecer se transforma en un guerrero esforzado y valeroso. No amaba la vida palaciega y la amistad trabada con un elfo sindar, Beleg *Cúthalion* ("Arcofirme") , lo lleva a participar en la vigilancia de las fronteras de "la Cintura de Melian", que defiende con denuedo constante contra los servidores de Melkor. No obstante, en una de sus ocasionales vueltas a Menegroth, capital de Thingol, es provocado por Saeros; acepta su reto y luego de un breve combate lo persigue, hasta que éste muere en un accidente. Ante el riesgo de ser acusado por homicidio, huye de Doriath, uniéndose a un grupo de proscriptos que a poco lidera. Indicando claramente sus sentimientos, toma entonces el nombre de *Neithan, el Ofendido.*

Beleg partió en su búsqueda con el consentimiento del Rey y logró encontrarlo, mas como aquel se negó a regresar, retornó solo a Doriath. Túrin y sus hombres, en procura de un lugar seguro donde vivir, se dirigieron hacia el oeste. Por casualidad lograron capturar a Mîm, uno de los últimos "Enanos Mezquinos", quien ofreció comprar su rescate enseñando a los proscriptos una morada inexpugnable. Una posterior traición del Enano ocasionó que los orcos atacaran el asentamiento, aprisionaran a Túrin y mataran a sus hombres.

Beleg, honrando una amistad sincera y plena torna a auxiliarlo y llega a tiempo para participar en el combate con los orcos. Es herido, no obstante lo cual socorrido por Gwindor, un fugitivo de Angband, pudo seguir el rastro de los atacantes. Durante una noche en la que se desatara una gran tormenta intenta liberar a Túrin. Una vez más, el hado adverso interviene y al cortar sus cadenas con Anglachel, su espada, lo hirió inadvertidamente . Este despertó del sueño en que se hallaba sumido y al no reconocerlo, dio muerte a Beleg con su propia arma . Advertido de su trágico error, el dolor lo perturbó de tal manera que Gwindor debió guiarlo y conducirlo en su fuga. Llegados al Estanque de Ivrin, sus aguas bendecidas por Ulmo le devolvieron la cordura.

De la ruina de Nargothrond

Continuando su huida ambos lograron llegar a Nargothrond, donde reinaba Orodreth, un Noldor. Túrin se negó a revelar su nombre, designándose a sí mismo como "Agarwaen, hijo de Umarth" (que significaba en Quenya "El manchado de sangre, hijo del hado desdi-

chado"). No obstante, por su viril belleza fue conocido bajo el nombre de "*Adanedhel*" ("El hombre elfo"). Esgrimiendo a Gurthang ("Hierro de la Muerte", nombre que dio a Anglachel, forjada nuevamente), que Gwindor le había entregado y cuya hoja se volviera negra en duelo por la muerte de Beleg, Túrin acaudilló a las tropas de este reino. Durante bastante tiempo fue afortunado en la guerra logrando recuperar el territorio comprendido entre los ríos Sirion y Narog, hasta el Nenning y las Falas, que Orodreth había perdido ante los incesantes ataques de los orcos. Finduilas, hija del Rey, se enamoró de él perdidamente, pese a que había sido la prometida de Gwindor.

No obstante el consejo que Ulmo hiciera llegar al Rey a través de sus enviados, de dificultar el acceso a Nargothrond destruyendo el puente sobre el río Narog, Túrin logró imponer su criterio manteniéndolo en pie para facilitar sus operaciones militares.

Los elfos enfrentaron en batalla a Glaurung el dragón y a grandes formaciones de orcos de Morgoth. Así se originó la sexta de las Guerras de Beleriand, que se definió cuando en la Talath Dirnen ("La Planicie Guardada") sus fuerzas sufrieran un decisiva derrota, en la que murió el mismo Orodreth. Durante el saqueo de Nargothrond, a la que los atacantes tuvieron fácil acceso mediante la utilización del puente preservado por voluntad de Túrin, este logró evitar que los asaltantes cautivaran a Gwindor pero fracasó en su intento de poner a salvo a Finduilas, raptada por el Dragón. Al enfrentarlo, la bestia lo inmovilizó con un hechizo y luego de burlarse de él imputándole supuestas faltas en su conducta y el abandono de Morwen y Niénor a su suerte, lo liberó. Torturado por la insidia de Glarung y por los gritos que Finduilas profiriera cuando fuera aprisionada, los que le ocasionaran una impresión imborrable, se encaminó hacia el norte, buscándola al azar. Trató también de encontrar a su madre y a su hermana, pero no pudo lograrlo.

La búsqueda de Morwen y Nienor. De la destrucción del resto de los "halethrim" y del "Daño de Glaurung"

Finalmente logró llegar a Brethil donde auxilió contra el ataque de fuerzas del Señor Oscuro a una pequeña partida de hombres del "Pueblo de Haleth", cuyo resto sobrevivía en los bosques que cubrían ese territorio.

Brandir, lisiado desde su infancia, gobernaba entonces sobre este reducido grupo de sobrevivientes. Túrin fue aceptado por ellos, dándose el nombre de "Turambar", que en *El Silmarillion* se traduce como "Amo del Destino". En *Los Hijos de Húrin* se da como significado del término el de "Amo de la Sombra Oscura", porque aquel consideraba haber vencido su ataque.

Mientras tanto, Morwen y Nienor habían abandonado Dor-lómin, refugiándose en Doriath. Ambas, inquietas por la suerte de Túrin, se unieron sin la conformidad de Thingol a un pequeño grupo liderado por Mablung que intentaba establecer la suerte que había corrido el Reino de Nargothrond. Durante el viaje hacia ese lugar, Nienor se vio frente al dragón y extraviada, con su conciencia perdida, huyó despavorida de la bestia.

Llegó así a Brethil, y fue hallada sin conocimiento por Turambar en Haudh-en-Elleth ("El Túmulo de la Doncella"), lugar en el que había sido sepultada Finduilas, luego de su muerte a manos de los Orcos. Por su estado de angustia y ante su extravío e ignorancia de su verdadero nombre recibió el de "Níniel" ("Doncella de las lágrimas"). Lentamente fue recuperándose mas no recobró la memoria de su vida anterior, ni de su verdadera identidad.

Sin saber que era su hermana, Túrin se prendó de ella, que correspondió a su amor. Al desconocer el parentesco que los unía –ya que ninguno de ellos empleaba su verdadero nombre–, Níniel se unió a él en matrimonio.

Los orcos estrechaban a los halethrim, penetrando en las florestas cada vez con mayor profundidad. Brandir opinaba que sólo el ocultamiento evitando el encuentro frontal con ellos les permitiría sobrevivir, pero fue desautorizado por Túrin que pretendía obtener una victoria decisiva sobre los invasores. Su parecer estaba influido por Dorlas, un hombre cuya palabra era respetada entre los habitantes de esos bosques.

La Espada Negra infligió duras derrotas a los orcos, siendo conocida desde entonces como "la Espina Negra de Brethil". No obstante, la fama de quien la esgrimía lo reveló a Glaurung, quien desató un ataque devastador. Ello ocasionó una gran mortandad entre los últimos miembros del Pueblo de Haleth.

Luego de diversas incidencias, Túrin logró dar muerte al dragón sorprendiéndolo en una peligrosa garganta por la que corría el Teiglin, "Cabed-en Aras" ("El Salto del Ciervo").

Nienor, quien entonces se hallaba encinta, torturada por la falta de noticias, llegó hasta allí buscándolo y la bestia, que aún no había expirado, le reveló que éste era en verdad su hermano; desesperada, se arrojó a las aguas del río. Brandir que también amaba a Nienor, halló al héroe y le refirió el terrible fin de su esposa. Entonces, en un acceso de cólera Túrin le dio muerte. Injusta fue su acción, ya que aquel no podía enfrentarlo en paridad de fuerzas.

El fin de Turambar

Abrumado por la inmensidad de su desdicha, preguntó a su espada si consentiría en quitarle la vida. Gurthang respondió entonces : "–Sí, beberé tu sangre, para olvidar así la sangre de Beleg, mi amo, y la sangre de Brandir, muerto injustamente. De prisa te daré muerte."

Los hombre de Brethil levantaron un gran montículo sobre su cuerpo y pusieron a un lado del mismo los fragmentos de la Espada Negra, que se había quebrado cuando el héroe se arrojara sobre ella. Sobre el túmulo escribieron en caracteres de Doriath "TÚRIN TURAMBAR DAGNIR GLAURUNGA" (ello es : "Túrin, Amo del Destino, la ruina de Glaurung") y también "NIENOR NÍNIEL".

Muchos años después, el hado nefasto de Húrin y su familia se cumpliría hasta los últimos extremos: aquel fue liberado por Morgoth, con el perverso propósito que su sufrimiento fuera apurado en su máxima hondura. Frente al túmulo de su hijo encontró a Morwen, que había llegado hasta allí al final de una existencia errante, y ella murió en sus brazos. Tal es sucintamente contada la historia de Túrin. Por supuesto, en este breve e imperfecto resumen no conserva la belleza de la forma que el autor le imprimiera, ni resalta en la medida deseable lo trágico del destino del protagonista y de su linaje.

Túrin Turambar: arquetipo del héroe pagano. El Vencedor del Dragón y el Cielo (según la expectativa que sustentamos los Enanos)

Terrible epílogo de una desoladora existencia. Que plantea además una cuestión no menor, cual es la del destino final de Túrin. ¿Salvación

o condena para él, en el pensamiento de Tolkien? El esfuerzo del hombre –de un hombre– cumplido hasta su plenitud ¿puede esperar la victoria sobre un Hado adverso?

A efectos de responder a los interrogantes, estimo necesario señalar que el personaje no pertenece a un mundo cristiano, ni presenta sentimientos o conductas católicas.

Los defectos que componen su carácter, integrados a sus virtudes en forma inescindible, son típicamente paganos: su propensión a la cólera, la soberbia que le impedía aceptar consejos –ni aun de aquellos que lo amaban–, su desobediencia permanente a toda autoridad , la valoración desproporcionada de su criterio y de su coraje, el gusto por la batalla y la ausencia de humildad, se originan necesariamente en la carencia de la *Gracia*.

Obran contra él las maldiciones a las que con anterioridad se hiciera referencia: la contenida en la "Profecía del Norte y Hado de los Noldor" y las del Señor Oscuro. Diversas en sus propósitos y destinatarios, todas lo constreñían con idéntica necesidad. Ello conllevaba una absoluta sujeción al Hado, al Destino. Así le es imposible sustentar esperanza. Cuando se refugia en Brethil, luego de dolorosas derrotas, por excepción y a instancias de Níniel, centra su expectativa en permanecer oculto a Morgoth, y en ser olvidado. No existe para él otro mundo en el que pudieran aflorar el consuelo y el descanso. No obstante, ante diversas instancias que le fueran efectuadas, vuelve a combatir.

Al momento de su muerte, admite las malas acciones cometidas, pero no exterioriza arrepentimiento. Cabe expresar que en *Los Hijos de Húrin*, ("Narn I Chïn Húrin" – La Historia de los Hijos de Húrin"), relato ampliado de la narración que se incluye en *El Silmarillion*, el héroe lo afirma explícitamente luego de conocer la muerte de Níniel, al expresar : "¡Cabed-en Aras, Cabed Naeramarth! –gritó–. No mancillaré las aguas en que se sumergió Níniel, porque todas mis acciones han sido malas, y la última la peor–. Entonces desenvainó la espada y dijo: –¡Salve Gurthang, Hierro de la Muerte, sólo tú quedas ahora! Pero, ¿qué señor o lealtad conoces salvo la mano que te esgrime? Ante ninguna sangre te intimidas. ¿Tomarás a Turín Turambar? ¿ Me matarás de prisa?" (*Los Hijos de Húrin*, p. 223. En *El Silmarillion* no se incluye la totalidad de la frase, pero consta la afirmación que la Espada Negra era, al culminar su trabajosa existencia "lo único que le quedaba de todas sus posesiones". El que hubiera sido Señor de Dor-lómin, al final de su vida era dueño tan solo de la espada que esgrimía ¡y la uti-

liza para darse muerte! No es posible concebir una mayor carencia material, que se suma al tormento moral insoportable.

Turin *sabe* que no le es posible continuar combatiendo ("Entonces supo Turín por fin que el destino le había dado alcance", (*El Silmarillion*, "De Túrin Turambar", Minotauro, Segunda Edición, p. 309), y que se encontraba vencido. No piensa en cesar la lucha o en la huída. Acude a la muerte, como forma única de evitar el sometimiento o la vergüenza de la rendición, conducta que por lo demás era propia de los pueblos célticos, germánicos y nórdicos (los antiguos, claro está, ya que los actuales son algo… distintos). Ejemplo de ello (histórico y literario) es el valor desesperado de los defensores de Numancia, el heroísmo de la lucha contra los hunos sin posibilidad de victoria que describe el poema épico "Los Nibelungos" en su forma medieval, o en el "Cantar de la Hueste de Igor" la hermosísima composición épica eslava ("¡Hermanos y guerreros! Antes yacer en el campo abierto que ser cautivo del enemigo. Montemos hermanos nuestros veloces caballos y veremos las azules aguas del Don"). Tal era entre los pueblos paganos el concepto del ejercicio de la virtud de la fortaleza. Túrin así lo ejercita y aplica.

La muerte comportaba una manera de frustrar el propósito del adversario. No hubo contrición o invocaciones a poderes ultraterrenos al momento de quitarse la vida; con toda evidencia no esperaba un Paraíso. ¿Quizás un Valhalla?

Mi entrañable amigo Círdan "El Carpintero de Barcos" , de quien *Gladius* ha publicado valiosas colaboraciones bajo nombre supuesto, me ha señalado la similitud del asunto que trata la "Narn I Hïn Húrin" con la estructura de la tragedia clásica. Es atinada su reflexión, que encuentra poderoso sustento en la obra de Soren Kierkegaard que lleva ese nombre ("La acción supone en la tragedia antigua un momento épico que la hace ser a la vez suceso y acción. La explicación es descontadamente obvia, ya que en el mundo antiguo la subjetividad no era autorreflexiva. Aunque los individuos obraban libremente, lo hacían en todo caso dependiendo siempre de ciertas instancias fundamentales como lo eran el Estado, la familia y el destino. Estos motivos decisivos son los que justifican la fatalidad en la tragedia griega e imponen su peculiaridad. De esta manera la caída del héroe tiene un doble sentido; es una consecuencia de su acción y a la vez un padecimiento" (*De la Tragedia)*. Remarca así la importancia de la ligadura de los hombres a sus ámbitos referenciales, los que condicionan su libertad en el obrar.

Todo ello es exacto; no obstante algunos de los elementos distintivos de la historia de Túrin , tales como el combate, el honor de la estirpe y la espada concebida como símbolo de identidad encuentran su plena significación en otras literaturas: las medievales de procedencias céltica, germánica y nórdica . A este respecto, resulta asombrosa la cantidad de expresiones con las que la épica de los celtas de ese período hace referencia a la espada, a la que designa como "hielo de la pelea", "vara de la ira", "fuego de yelmos", "espina de la batalla", "remo de la sangre", "lobo de las heridas" y "rama de las heridas", entre muchas otras.

En tal contexto encuentra su pleno sentido la participación que Tolkien confiere a Gurthang, (a priori un mero "objeto") en esta narración. Su nombre original había sido "*Anglachel*" (contiene un elemento derivado de la voz "*anga*" que en lengua Sindarin significa "hierro"), forjada con el metal proveniente de un meteoro por Eöl, un herrero famoso. Beleg la recibió como regalo de Thingol de Doriath, pese a que Melian, esposa del Rey advirtiera al "Arcofirme" que el arma poseía una voluntad propia y un carácter equívoco ("Hay malicia en esta espada. El corazón oscuro del herrero todavía habita en ella. No amará a la mano a la que sirva ; ni tampoco estará contigo mucho tiempo" (*El Silmarillion*, Quenta Silmarillion, "De Túrin Turambar").

Con ella Túrin dio muerte a Beleg, según se narrara más arriba. El hecho de que Turambar procediera a reforjarla en Menegroth –sin que se mencionara motivo alguno para ello– se justifica a mi entender por la necesidad de desvincularla de ese homicidio y establecer una nueva relación de dominio (¿o de "amistad"?). Túrin se constituye así en su nuevo "hacedor" estableciendo con ella una vinculación "creacional", que se concreta en la imposición de un nuevo nombre : "Gurthang". Pese a ello la espada mantiene su vínculo primitivo con su anterior dueño: la hoja se torna negra en duelo por su muerte. No obstante, conforma con su nuevo amo una verdadera unidad letal. Finalmente ella también "se suicida" al quebrarse bajo el cuerpo del héroe al momento de quitarle la vida. Tal circunstancia parece constituir un acto de verdadera voluntad: al asumir "éticamente" tal acción como necesaria –para vengar a Beleg y posibilitar el cumplimiento del destino de Túrin– Gurthang se vincula "imperativamente" a la "actitud" adoptada, quedando ella misma (como ser con identidad propia) afectada por el Hado.

Nunca una tragedia griega podría haber deparado un tratamiento similar ni una análoga participación en la narración a una herramienta.

Disponemos de algún pequeño indicio del pensamiento del Autor, respecto del personaje que motiva este mínimo trabajo y de las circunstancias de su existencia. El transcurso de la Primera Edad de la Tierra Media, en la que los hechos narrados se desarrollan, *no se desenvuelve según una concepción católica de la vida y de la historia* (aunque en sentido estricto ésta sea simplemente el cumplimiento del plan de Dios para el hombre que obra no obstante con plena libertad) . Conforme a ello, en una extensa misiva a Milton Waldman, (quien estaba vinculado a la Editorial Collins) escrita presuntamente hacia 1950, afirmaba que: "Este l*egendarium* acaba con la visión del fin del mundo, su rotura y reconstrucción y la recuperación de los Silmarilli y la "luz antes del Sol", después de una batalla final que, supongo, más debe a la visión escandinava del Ragnarök, que a ninguna otra cosa, aunque no se parece mucho a ella" (Ver *Cartas*, Minotauro, Primera Edición, N° 131, p. 177). Por consiguiente, sus protagonistas no podrían sustentar conductas derivadas de una cosmovisión de otro origen. En la misma misiva, se expresa respecto de Túrin, que es una "figura de la que podría decirse (por gente que gusta de este tipo de relaciones, aunque no sirvan de nada) que deriva de ciertos elementos de Sigurd el Volsung, Edipo y el Kullervo finlandés" (ob. cit., p.178).

En cuanto a la muerte de los hombres, el autor en manera alguna la concibe como su disolución en una mera "inexistencia", negando correlativamente la inmortalidad del espíritu. El tema está desarrollado con gran precisión en *El Silmarillion*, "Quenta Silmarillion", cap. 1 ("Del principio de los días"). En este relato, lejos de ser considerada una contingencia dañosa, es concebida como un don inapreciable conllevando necesariamente el libre albedrío. Dice el texto : "Uno y el mismo es este don de la libertad concedido a los hijos de los Hombres: que solo estén vivos en el mundo un breve lapso, y que no estén atados a él, y que partan pronto; a dónde los Elfos no lo saben [...] Pero los Hijos de los Hombres mueren en verdad y abandonan el Mundo; por lo que se los llama los Huéspedes o los Forasteros. La Muerte es su destino, el don de Ilúvatar, que hasta los mismos Poderes envidiarán con el paso del tiempo. Pero Melkor ha arrojado su sombra sobre ella, y la ha confundido con las tinieblas, y ha hecho brotar el mal del bien y el miedo de la esperanza. No obstante, ya desde hace mucho, los Valar declararon a los Elfos que los Hombres se unirán a la Segunda Música de los Ainur". El texto transcripto parece sugerir una alabanza de todos los seres a Ilúvatar, cuando el mundo y el tiempo se hayan consumado; el canto de todas las criaturas a la gloria del Único. Mayo-

res detalles se encuentran en la obra citada, “Quenta Silmarillion”, capítulo 19 “De Beren y Lúthien”, pp. 253-254, en el pasaje que cito textualmente : “Porque el espíritu de Beren, a requerimiento de Lúthien, se demoró en las Estancias de Mandos, resistiéndose a abandonar el mundo, mientras ella no fuera a decir un último adiós a las lóbregas costas del Mar Exterior, en el que se internan los Hombres que mueren para no volver nunca más”.

En este marco, ninguna alusión concreta a Túrin permite que podamos inducir su suerte más allá de la vida, en lo ultraterreno. Pero podemos conjeturar su destino por ideas generales del “subcreador” de la Tierra Media y sus habitantes. En una misiva (que cito con especial complacencia) escrita a su hijo Christopher el 30 de enero de 1945, dice Tolkien: “Todavía creo que habrá un “milenio”, los profetizados mil años de gobierno santo, esto es, de los que a pesar de todas sus imperfecciones , no habrán nunca inclinado el corazón ni la voluntad ante el espíritu del mal” (*Cartas*, N° 96, p.133). Otro dato no menor es que Túrin Turambar, pese a su heroísmo fue, en realidad, una de las víctimas de la concupiscencia del poder representada por el Anillo Regente, bien que el mismo no hubiera sido forjado en la Primera Edad. El Autor ofrece una explicación perfecta de ello, al afirmar que “Podéis convertir el Anillo en una alegoría de nuestro tiempo, si queréis: una alegoría *del hado inevitable* que aguarda a todos los intentos de derrotar el poder maligno mediante el poder” (Cartas, N° 109, pp. 145-146). Dolorosa precisión (que ha recibido su puntual comprobación histórica) aplicable asimismo a las expectativas de algunos de nosotros, pobres pequeños Enanos de hoy (amigos y parientes muchos de ellos) que sueñan (¿soñamos?) con reconstruir Moria y aun Nogrod y Belegost que yacen anegadas, que son nuestra Patria, liberándolas del dominio del Enemigo. Pero ¿puede ella ser imputada a quien vivió una era signada por la lucha cruel y continua, en la que el Poder de los Valar se sentía tan lejano ?

Me gratifica concluir en que Túrin Turambar, quien nunca pactó con el Mal, y enfrentó con coraje y pundonor la plenitud de poder material de un terrible Señor Oscuro, del que Sauron resulta una continuación de limitada potencia, no se ha perdido. Aún más: que conforma en el concepto de Tolkien un arquetipo etnográfico y cultural de lo céltico y de lo germánico, que purificados de sus errores hallan su plenitud de sentido y significación en su incorporación al Catolicismo.

Teniendo mi conclusión como correcta, ello es: si "lo bárbaro" se encuentra justificado en la riqueza cultural aportada a la antigua Cristiandad; si a través de dicha incorporación se hubiera santificado mediante la efusión de la Gracia y alcanzado así su perfección en una suerte de "acto puro" de ese carácter (histórico-cultural), me complace pensar que Túrin, en su cielo, encontrará a la Santísima Virgen María incomparablemente más hermosa, dulce, majestuosa… y poderosa que Freia; y que con honra podrá empuñar a Gurthang junto a varones preclaros como Carlomagno, Godofredo de Bouillon y Don Juan de Austria, si fueran convocados por Voluntad de Dios a la Última Batalla. Entonces en comunidad espiritual con ellos, quienes lo recibirán como a un "hermano de armas", podrá lucir su verdadero timbre de gloria: TÚRIN TURAMBAR, DAGNIR GLAURUNGA, Vencedor del Dragón. En esa instancia, purificado de errores y defectos, en poco diferiría de Aragorn, de quien es antecesor. Se me ocurre también que en la saga *Elessar* "contiene" en realidad a su antepasado, perfeccionado y redimido por el sufrimiento y el tiempo. Numerosas circunstancias les son comunes. Ambos fueron los últimos brotes de un linaje real, desposeídos de sus tronos, arrojados al exilio, derrotados muchas veces pese al heroísmo con que afrontaran la lucha; los dos se constituyeron en paradigmas de las épocas en las que transcurren sus respectivas existencias. Aragorn resulta sublimado en la madurez de las Edades, por la posesión de la esperanza. Obtiene la victoria, el amor y halla un retoño del *Árbol Blanco* y en ese nuevo concepto vital y existencial se da inicio a la Cuarta Edad: la Era de los Hombres. ("Y Aragorn plantó el árbol nuevo en el patio al pie del manantial, y pronto empezó a crecer, vigoroso y lozano, y cuando llegó el mes de julio estaba cubierto de flores. –La señal ha llegado –dijo Aragorn–, y el día ya no está lejos". *El Señor de los Anillos*, Libro VI, Capítulo 5, "El Senescal y el Rey").

Coadyuvó a la plenitud y felicidad de este nuevo tiempo el sacrificio sin fruto inmediato de quienes se opusieron al Señor Oscuro y a sus intenciones de dominar la totalidad de la Creación, en combate desigual y destinado al fracaso en términos meramente humanos.

¿Qué otra cosa hicieron los Cristeros y los gloriosos sostenedores de la religión, de la tradición y aún de la "legalidad institucional" (tan cara a muchos hoy y tan onerosa para nosotros) en Vendée y Bretaña? Es a aquellos que enfrentaron al mal amparados únicamente en una pura y desnuda concepción del deber y en la voluntad de dar testimonio "como se debe" a quienes los dichos del Profeta Isaías mencionados al principio me parecen especialmente aplicables.

Si, repito, no estuviera equivocado, entonces quizá cabría considerar la posibilidad que nosotros (aquellos Enanos que nos reconocemos pendencieros, orgullosos, obstinados, coléricos y –muchas veces– desobedientes y rebeldes por hábito, y gozamos con ello) aunque concientes de nuestra miseria podríamos esperar ser junto a Turambar, el siempre derrotado y jamás vencido por completo, partícipes de la Victoria, cuando nuestro Rey, que es REY DE TODOS Y DE TODO, vuelva a rescatarnos de la tinieblas de Morgoth; y Eä (" El Mundo que Es"), purificado del mal, refleje plenamente la belleza de Su rostro.

Desde la Montaña Solitaria mi saludo deseando a los eventuales lectores "Que nunca se les caigan los pelos de los pies".

In Memoriam

Pedro Santos Martínez

29 Junio 1925 ~ † 12 Enero 2010



En la segunda mitad de la década de 1950 se consolidó en la Universidad Nacional de Cuyo, en las cátedras de Historia, nacional y universal, una tendencia académica bien definida. Apareció por entonces una pléyade de educadores cuyas notas más destacadas eran su actitud revisionista, en las diversas disciplinas o tramos polémicos de las mismas, y una formación de alto nivel científico. Nombres como los de Rubén Calderón Bouchet, Jorge Comadrán Ruiz y Alberto Falcionelli, para no citar sino a tres celebrados maestros, impusieron su sello en la enseñanza universitaria. Entre esos renombrados profesores se inscribe el apellido del historiador que hoy queremos recordar, el del Doctor Martínez, dado su reciente fallecimiento.

El Dr. Pedro Santos Martínez desempeñó diferentes cargos jerárquicos: fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras; Director del Departamento de Historia en la misma Facultad; fue Rector de la Universidad Nacional de Cuyo; fue Director del Colegio Mayor Argentino en la Universidad Complutense de Madrid; fue Presidente de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza; fue miembro de número de la

Academia Nacional de la Historia, y correspondiente de muchas academias nacionales e internacionales; fue Investigador Superior del CONICET, etc., pero, sobre todo, fue, lo que con propiedad puede definirse, un historiador profesional. Toda su vida estuvo consagrada a la investigación y docencia de la ciencia histórica, y esa dedicación plena quedó reflejada en su vasta producción literaria. Unas decenas de libros importantes y una centena de artículos monográficos, todos sólidamente documentados, acreditan tal vocación historiográfica. Hasta el final de su existencia siguió escribiendo y publicando excelente obras, como, vgr., la referida a la batalla de Caseros, que nosotros tuvimos oportunidad de comentar en *Gladius*. Una misión vital bien cumplida.

Aunque la aludida labor intelectual es sobradamente conocida, queremos detenernos en la mención de aquella que consideramos más perdurable. Así, sus publicaciones se abren con su tesis *Historia Económica de Mendoza durante el virreinato (1776-1810)*, que en España editara el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, en 1961. Luego, vino *Las industrias durante el virreinato (1776-1810)*, y *Repercusiones de Pavón en Mendoza*. En 1976, por la colección "Memorial de la Patria", apareció *La "Nueva Argentina" 1946-1955*, en dos tomos, que sigue siendo uno de los trabajos más ecuánimes y sobrios sobre el controvertido gobierno de Perón. En colaboración con tres profesores, difundió una *Historia de Mendoza*, de la editorial Plus Ultra, logrado manual de historia regional. Más adelante, fueron saliendo los diez volúmenes que titulara *Documentos diplomáticos sobre historia argentina (1850-1954)*, extraídos de diversos archivos extranjeros (Diplomático de Madrid, Ministére des Affaires Etrangères de Paris, Public record Office, del Foreing Office, de Londres, del Vaticano y de Estados Unidos), de enorme utilidad para quienes trabajan esos períodos. Obra documentalista, pareja a su *Mapas, planos, croquis y dibujos sobre Cuyo durante el período hispánico (1561-1810)*. Por fin, su *Mendoza durante la escisión nacional. 1852-1862*, del año 2007, que abarcaba desde el gobierno de Pedro Pascual Segura hasta el de Laureano Nazar, en una década federal, muy positiva en la historia cuyana. De las ciento cinco monografías suyas, me limito a reseñar dos que me fueron sumamente provechosas: "Nota histórica sobre Sarmiento en Chile y la cuestión Magallanes (1859-1850)", publicada en los números 5 y 6 de la *Revista de Historia Americana y Argentina*, y "Caseros, las tropas extranjeras y la política internacional rioplatense", aparecida en el número 47 de *Investigaciones y Ensayos* de la Academia Nacional de la Historia.

Las citas precedentes son, como es obvio, una selección personal dentro de una cantera historiográfica muy abundante. De sus títulos y sus temas surge notoriamente el centro de gravedad de la investigación del Dr. Martínez: la provincia de Mendoza. Por su adhesión a la escuela documentalista, prefirió apegarse a la revisión de los archivos locales, luego los nacionales, y, por último, los internacionales. Nadie podrá discutir el mérito de esa producción, que, a todo evento, le mereció la condecoración de la "Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica", concedida por el Rey de España, Juan Carlos I, en 1992. Nadie que esté calificado, intelectual o moralmente, para emitir un juicio apropiado sobre la labor del historiador cuyano ahora fallecido. Reserva que se impone, ante el silencio ominoso, cuando no las notas miserables, de los medios de prensa, con ocasión de su muerte.

No somos nosotros los habilitados para trazar una silueta biográfica del doctor Martínez. Ya la harán quienes lo trataron con mayor intimidad. Empero, para nosotros, que lo reemplazamos en la titularidad de la cátedra de "Historia Argentina Contemporánea", de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, era un deber consignar que Pedro Santos Martínez, además de cumplido caballero, fue un profesional destacadísimo de la historia nacional y regional, condiciones que, una vez pasada la época de oprobio vengativo en que vivimos, le serán seguramente reconocidas por todas las personas de bien.

Enrique Díaz Araujo

In Memoriam

Clodomiro Ledesma

27 MAYO 1924 ~ † 14 ABRIL 2010



A fin de no transgredir las normas tácitamente admitidas para redactar una nota necrológica, empezaré por informar que Clodomiro Ledesma, recientemente fallecido, nació en Buenos Aires a mediados de 1924, se graduó de bachiller –con Medalla de Oro– en el colegio Champagnat, de abogado en la Universidad de Buenos Aires, participó en Europa del Congreso de Pax Romana en 1948, defendió la Catedral Metropolitana en junio del 55, fue Asesor de Mario Amadeo en la Cancillería y de Pagés Larraya en la Secretaría de Comunicaciones, integró el Directorio de EUDEBA y la Junta Directiva de la Corporación de Abogados Católicos, fue director de la compañía Tierras y Viviendas y desarrolló una extensa actividad agropecuaria. Casado con Luz Zambrano era padre de seis hijos, abuelo de diecinueve nietos y bisabuelo de nueve bisnietos. Asentado lo cual habré dicho mucho y habré dicho muy poco.

Habré dicho mucho porque los datos que anteceden permiten, despojados de todo contexto, ponernos ante una persona de bien, de un buen estudiante, de un católico declarado, capaz de estar donde se debe estar cuando llegó el momento, partícipe de la vida pública del país, cabeza de una familia bien constituida.

Y habré dicho muy poco porque Clodomiro fue bastantes cosas además de esas.

En primer lugar era un hombre distinguido. Calificativo casi proscripto en los tiempos que corren, donde la mediocridad y la ordinariez parecen haberse erigido en cualidades encomiables. Clodomiro era distinguido en su manera de pensar, en su forma de conducirse, en su aspecto (tan parecido a José Antonio, similitud que lo halagaba aunque tomaba con naturalidad). Y en el modo como contribuía, discretamente, a financiar de su bolsillo la edición de obras que estimaba conveniente alentar, por considerarlo su *apostolado político*. Yo resulté beneficiario de tal generosidad respecto a mi libro *Crónica de cinco siglos*. También el padre Sáenz, que recibió su ayuda para publicar la obra que escribió sobre Gramsci.

En segundo término, era un referente arquetípico de ese nacionalismo que les saca canas verdes a los actuales analistas de las corrientes políticas argentinas, izquierdistas la mayoría de ellos. Y digo que les saca canas verdes porque el mismo escapa a sus esquemas por ser a la vez patricio y popular, antimarxista y poco amigo de los yanquis.

Quizá, para situar el nacionalismo de Clodomiro, sea oportuno traer a colación las reuniones, a la hora del té, en el desaparecido *London Grill* de la calle Reconquista. Donde polemizaban sobre la patria y su circunstancia Franci Seeber, Coco Pueyrredón, Mariano Astigueta, Mikes García Bosch, el propio Clodomiro y algunos más que no tengo presentes.

Integraba el directorio de EUDEBA cuando éste resolvió publicar uno de mis primeros libros de poesía, que se llamó *Canto a la Patria Argentina* y apareció en 1968. Lo cual compromete mi gratitud para con él y los demás partícipes de aquellas sucesivas gestiones editoriales que reunieron a Borges, Samuel Medrano, Hans Oliver, Roberto Murga, Aníbal D'Ángelo y Roque Raúl Aragón. Clodomiro tenía como asesor a Yuyo Padilla. Otros tiempos, sin duda.

Dejo para el final reiterar que fue un hombre de familia. Unido a su mujer y buen padre. Personalmente puedo dar fe respecto a las condiciones de su hija Dolores, señora de Casares, con la cual compartimos una cátedra de Historia Argentina en la Universidad Católica.

A Clodomiro lo enterraron en la Recoleta. Hacía frío, había dorados de otoño en los follajes y contingentes de turistas observaban las tumbas con curiosidad indiferente. Se rezaron algunas oraciones. Y, antes

de que los presentes iniciaran el regreso, alguien tuvo la acertada idea de entonar el *Cara al Sol*. Una despedida que a Clodomiro le hubiera gustado.

Juan Luis Gallardo



EL TESTIGO DEL TIEMPO

Bitácora

Crisis de las vocaciones sacerdotales en Francia

La Conferencia de los Obispos de Francia,reunida en Lourdes entre el 2 y el 8 de noviembre de 2009, consideró la crisis de las vocaciones sacerdotales en Francia, reconociendo por primera vez su gravedad creciente y los temores por la supervivencia de la Iglesia en el país.

Las cifras son reveladoras. Existiendo 45.000 parroquias para atender sólo quedan en actividad 8.715 sacerdotes (de los cuales 1.315 son de procedencia extranjera, llegados de África, Polonia ¡o de Vietnam!) para encargarse de las mismas. El cardenal Barbarin, de Lyon, declaró que: "Cuando ordeno dos sacerdotes por año, entierro 20 en el mismo lapso".

Dici, que difundió la noticia, completa la información comentando que "Parece pues que los hechos y las cifras serían tomados en cuenta en adelante, a pesar de su efecto deprimente sobre los responsables mitrados.

"En cambio lo que todavía no se ha considerado es la responsabilidad que puedan tener los mismos hombres de la Iglesia en esta crisis sin precedente. En Lourdes se ha constatado 'la indiferencia religiosa' contemporánea –lo que es innegable– y se ha propuesto una mejor 'visibilidad de la Iglesia' –lo que es más deseable. Pero se ha olvidado hacer un examen de conciencia acerca de cuarenta años de pastoral 'del ocultamiento' cuando los sacerdotes, con indumentaria secular, adoptaban el lenguaje y las costumbres de la vida secular. La indiferencia religiosa, en parte, ¿no se explica por esta ausencia de diferencia, querida y asumida por la misma clerecía en nombre de la 'apertura al mundo?'".

Lectures Françaises nº 633, p.37

# # #

Murió el P. Pierre Blet

A la edad de 91 años, el 29 de noviembre último, falleció el padre Pierre Blet SJ, eminente historiador, docente universitario y laureado miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Más allá de su notable carrera eclesiástica y de historiador, el

padre Blet es conocido especialmente por su inflexible defensa de Pio XII, víctima de una inacabable campaña de calumnias, bajo el pretexto de una supuesta ambigüedad (¡*sic*!) durante la segunda guerra mundial.

Al día siguiente de su muerte, el 9 de octubre de 1958, Pio XII fue objeto de un concierto de homenajes de admiración y reconocimiento. Algunos años más tarde se convirtió en protagonista de una leyenda negra: durante la guerra, el Papa habría asistido impasible y silencioso ante los crímenes contra la humanidad que un discurso de sus labios habría detenido. Para volver de la ficción a la realidad, de la leyenda a la historia, no existe más que un medio: recurrir a los documentos originales, que expresan directamente la actuación del pontífice. De ahí la decisión tomada en 1964 por Paulo VI de autorizar la publicación de los documentos de la Santa Sede relativos a la guerra. Los archivos de la Secretaría de Estado conservan en efecto los informes con los cuales puede seguirse, a menudo día por día, a veces hora por hora, la actividad del Papa y sus servicios. Este material es el que ha sido reunido y publicado entre 1965 y 1982 por el padre Blet y tres de sus cofrades en 12 volúmenes de *Actas y documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial*. Pero el contenido, si no la misma existencia de esta publicación, también ha escapado a muchos de los que escriben sobre la Santa Sede durante la guerra. Es por eso que el autor se dedicó a dar una idea de su contenido en un único volumen, accesible al gran público: *Pio XII y la Segunda Guerra mundial según los archivos del Vaticano* (Ed. Perrin, 1997, Edición de Bolsillo, Colección Tempus, 2005). Destacamos igualmente su excelente estudio sobre *Richelieu y la Iglesia* (Via Romana, 2007).

El padre Blet había nacido el 20 de noviembre de 1918 en Thaon (Calvados), Francia.

Lectures Françaises nº 633, p.54

# # #

Masonería e Iglesia

Action Familiale et Scolaire, nº 203, da cuenta de la respuesta del Obispo de Carcasona y Narbona, monseñor Alain Planet, al cuestionamiento que le hiciera la revista *L'Express* en marzo de 2009. Sus palabras son una respuesta a los errores y contra verdades que habían sido difundidas respecto a su persona.

Específicamente escribió que "el respeto de la búsqueda de la

verdad me obliga a decir que las enseñanzas de la GLNF (Gran Logia de Francia), tal como son presentadas en los libros de los altos responsables, son de tipo gnóstico y contradicen gravemente la fe católica sobre cuestiones esenciales tales como, por ejemplo, la persona de Nuestro Señor Jesucristo, la búsqueda de la verdad, la salvación, la gracia, los sacramentos, el sentido de la Sagrada Escritura".

"Para dar más de la medida, el autor del artículo pretende que un sacerdote de la diócesis se disponía a ingresar en una logia. La pretensión es evidentemente imposible. Si un sacerdote encarara tal cosa, debería renunciar inmediatamente al ejercicio de su ministerio porque hay una incompatibilidad total entre una y otra cosa".

En cambio, monseñor Planet dijo que "existe un grupo de diálogo entre francmasones y católicos. El mismo está compuesto de hombres respetables y deseo que prosigan sus encuentros porque por su misma naturaleza 'la Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en el cual ella vive'" (esta última frase está extraída de la encíclica de Pablo VI, *Ecclesiam suam*).

A todo esto *AFS* objeta que: "los católicos no pueden dialogar provechosamente con los francmasones, porque tales interlocutores:

- pertenecen a un organismo disciplinado, profundamente hostil a la Iglesia;

- están sometidos a superiores desconocidos adeptos al ocultismo masónico;

- no pueden entonces dar sino una imagen atrayente y falsificada de la masonería.

Los católicos no deben dialogar con el diablo (cf. *El ejemplo de Eva*), ni con aquellos que le están directamente sometidos (aún sin saberlo a veces).

Los grupos de diálogo masónico-católico no pueden tener más que un resultado: facilitar el reclutamiento de católicos en las logias, las que ya cuentan cierto número (lo que es el caso de logias de la GLNF); los mismos tienen, además, un carácter escandaloso. La Iglesia no nos pide diálogo con nuestros enemigos franc masones, sino orar por ellos, y conocerlos bien para poder resistirlos".

Lectures Françaises nº 631, p.33

# # #

Pese a lo proyectado, Brasil no promoverá legalizar el aborto

El gobierno de Brasil no promoverá la legalización del aborto, uno de los puntos más polémicos de un programa sobre derechos

humanos aprobado por el presidente Lula da Silva, según informó el ministro de Derechos Humanos, Paulo Vannuchi.

El plan de derechos humanos, autorizado el pasado diciembre, orientaba al poder legislativo a elaborar leyes para despenalizar el aborto, regular las uniones civiles de homosexuales y, además, regular otras cuestiones polémicas como la investigación de las torturas cometidas por el gobierno militar (1964-1985).

Vannuchi explicó que el gobierno va a dar marcha atrás en la cuestión del aborto y en el intento de prohibir la exhibición de símbolos religiosos en edificios públicos, dos cuestiones que fueron duramente criticadas por el episcopado brasileño.

Además se eliminará una propuesta que sugería la realización de una audiencia previa el juicio en los conflictos por tierras entre hacendados y movimientos campesinos, lo que había generado protestas en las patronales agrarias.

Otros temas que suscitaron protestas, como el derecho al matrimonio y a la adopción por parte de los homosexuales, serán fruto de audiencias públicas en el congreso y también podrían desaparecer del proyecto legislativo.

El gobierno ya había modificado con anterioridad la cuestión de las torturas durante el gobierno militar y ordenó ampliar las investigaciones a todos los abusos a los derechos humanos cometidos en la época, lo que incluye los crímenes cometidos por grupos extremistas de izquierda.

AICA online, Abril 2010

# # #

Niegan 50 años de información que vincula aborto y cáncer de seno

En un artículo titulado "*Corregir políticamente el nexo ente el aborto y el cáncer de seno*", el Dr Gerard Nadal (Ph.D.), experto en microbiología, explica que "tan desesperados están los defensores del aborto para presentarlo como un bien absoluto, que la información clara y consistente que relaciona el aborto y el cáncer se ha negado, incluso por parte de los mismos autores que la han descubierto, al presentar el documento sobre las políticas del National Cancer Institute (NCI) que niega la existencia de 50 años de información que *relaciona claramente el aborto con el cáncer de seno*".

El Dr. Nadal explica luego que, al abortar, una mujer interrumpe violentamente los cambios celulares en los senos que se preparan

para la lactancia; y deja en ellos una serie de formaciones lobulares que, de haberse seguido el proceso normal del embarazo-nacimiento-lactancia, no afectaría a la mujer generándole el riesgo de sufrir cáncer de seno. Este riesgo, además del aborto inducido, *también lo producen los anticonceptivos orales*, pues ambos generan un serio desbalance hormonal.

Sin embargo, dice el microbiólogo, "el aborto natural es una excepción, ya que la mayoría de mujeres que lo sufren nunca llegan a producir niveles elevados de estrógeno en estos embarazos".

Decenas de estudios, desde la década del 50', han establecido nexos entre el aborto y el cáncer de seno, variando entre el doble de riesgos en adolescentes hasta *un riesgo incalculablemente alto de cáncer de seno en mujeres que se han sometido a un aborto antes de los 18 años*", continúa el doctor Nadal.

Como ejemplo de la manipulación de datos, Nadal refiere el caso de a Dra. Louis Brinton, del National Cancer Institute, quien en 2003 desechó la referida información; y en un estudio de 2009, realizado con las expertas Janet R.Daling y Jessica M. Dole, del famoso centro Fred Hutchinson Cancer Research Center, sí admitía los nexos entre el aborto y el cáncer de seno. Sin embargo *eso no hizo que se cambiara el documento de las políticas del NCI del año pasado*, ni tampoco la información disponible en el sitio web de esa institución.

Nadal concluye su trabajo alertando que "las mujeres están muriendo y siguen sufriendo cáncer de seno en cantidades alarmantes. Sin embargo, los defensores del aborto en los más altos niveles, se han comprometido en serias inconductas: informan la verdad en algunas publicaciones, luego desechan públicamente esos datos en un vano intento de acomodarlos a su agenda política, *comprometiendo, como resultado, la vida de millones de mujeres*".

http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=28618

# # #

Consecuencias imprevistas de las uniones homosexuales

Lisa Miller y Janet Jenkins se conocieron en 1997, y habiendo decidido vivir juntas en el 2000 viajaron a Vermont, donde se habían legalizado las uniones civiles entre personas del mismo sexo, para establecer la suya. Allí compraron una casa donde se instalaron.

En 2002 Miller concibió por inseminación artificial dando luz a la niña Isabella, ahora de 8 años.

Un año y medio después se separó de Jenkins, abandonó la práctica homosexual e ingresó a un grupo cristiano evangélico.

Como en Virginia no eran legales las uniones civiles entre homosexuales, Miller consiguió sin problemas la custodia exclusiva de su hija. Entonces Jenkins recurrió a un tribunal de Vermont, alegando la ley de uniones civiles de ese Estado. El juez acordó generosos derechos de visita a Jenkins. De ahí en más comenzó una batalla legal que involucró ya a varios tribunales de ambos estados, a los medios de comunicación y a diversos grupos de presión.

Convencida de que a su hija Isabella las visitas de Jenkins no le hacían ningún bien, Miller puso trabas a las mismas. En 2007 denunció a su ex pareja por abusar de la niña, acusación que se consideró infundada. Aumentó la tensión y el 20 de noviembre un tribunal de Vermont decidió dar la custodia exclusiva a Jenkins. La entrega debía realizarse el 1° de enero pero Miller no apareció. Al igual que su hija, se desconoce su paradero.

Otro caso: en los Estados Unidos desató polémicas la sentencia que dictó el 6 de octubre de 2009 el Tribunal Supremo de Montana, en la que reconocía derechos parentales a una lesbiana respecto a los hijos adoptados por su ex pareja.

Sucedió que Barbara Maniaci adoptó a un niño y una niña mientras convivía con Michelle Kulstad. Las dos cuidaron de ellos hasta que se separaron en 2006. Tras la ruptura, Kulstad exigió seguir viendo a los niños, cosa a la que no estaba dispuesta Maniaci.

Kulstad pidió entonces ayuda a la American Civil Liberties Union (ACLU), organización cuyos servicios jurídicos defienden también a Janet Jenkins. Argumentó que se debían tener en cuenta los derechos de los niños y no sólo los de su ex pareja. En 2008, un tribunal de Montana reconoció el derecho de visita a Kulstad. Pero Maniaci, ya casada con un hombre tras dejar la práctica homosexual, recurrió el Tribunal Supremo de ese estado alegando que quería educar a sus hijos en la forma en que ella y su marido veían correcta.

El Tribunal Supremo de Montana rechazó el recurso de Maniaci y ratificó el argumento del juez inferior quien consideraba que Kulstad tenía derechos parentales sobre los niños por haber establecido con ellos una relación materno-filial.

Los niños siempre terminan pagando los platos rotos, o sea, cargando y sufriendo las consecuencias de tales uniones.

AICA online, 23 Febrero de 2010

# # #

Agravio a nuestra cultura

En un artículo publicado en el diario *Página 12*, el señor Horacio González, director de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, hizo saber la supresión del nombre de Gustavo *Martínez Zuviría* que llevaba la misma, ya que había sido fundada por él mientras fue su director entre 1931 y 1955.

Ante la noticia, el Instituto Hugo Wast hizo saber que "leyendo cuidadosamente el artículo no se puede encontrar una razón concreta que fundamente esta medida arbitraria y sin parangón en el ámbito de la cultura". Sí se puede distinguir la continua presión ejercida sobre la gestión de González durante cinco años "de la Comisión de Cultura de la Cámara de diputados –en dos oportunidades–, de importantes intelectuales de nuestro país y de instituciones vinculadas a la memoria del Holocausto".

"Gustavo Martínez Zuviría ha sido condenado y perseguido por haber escrito *El Kahal - Oro*, bajo el seudónimo de Hugo Wast, setenta y seis años atrás. Esta novela se basó en las actas de los Kahales judíos de Rusia de finales de mil ochocientos, revelados al zar Nicolás I por el hebreo Jacobo Bronfman. Estas actas llevaban cuenta de una verdadera sociedad secreta paralela y hostil a la sociedad cristiana de esa nación. Pero lo realmente imperdonable en Hugo Wast, a los ojos de sus perseguidores, consiste en que el protagonista de esta novela, de origen judío, se convierte al catolicismo. De la misma manera Bronfman se convirtió al catolicismo en la vida real".

"Hugo Wast no profesaba enemistad hacia los judíos como sus detractores señalan, porque esto es inaceptable para un católico, sino que combatió a los enemigos de la Iglesia sin temer las consecuencias, porque su fe era fuerte, su amor grande y su coraje admirable. Tampoco era 'nazi' porque *El Kahal - Oro* fue prohibido en la Alemania nacional socialista. Toda su obra literaria está impregnada de adoración y alabanza a Jesucristo y sus enseñanzas de amor al prójimo. Su acción política se desarrolló en consonancia con esto y fue coronada con la reimplantación de la enseñanza religiosa católica en las escuelas públicas que eximía a los no creyentes de esta asignatura. El pueblo argentino aprobó en un 94% este mandato, reflejado en las posteriores indagaciones públicas que se hicieron. Esto tampoco se le perdonó".

De la misma manera que sucedió en el pasado cuando se le quitó su nombre a la Hemeroteca, luego repuesto por la decidida interven-

ción de monseñor Héctor Aguer, "no aceptamos este nuevo atropello y exigimos la reposición de su nombre. La obra y la figura de Hugo Wast son patrimonio de la cultura nacional y por lo tanto no es aceptable que ideologías o intereses sectarios circunstanciales decidan arbitrariamente sobre su destino en desmedro de millones de argentinos consubstanciados con sus ideas".

institutohugowast@fibertel.com.ar
5 Mayo 2010

# # #

Vittorio Messori: "Penalizarán a los heterosexuales"

Más datos significativos: la célebre banca de negocios J.P. Morgan, una de las más poderosas del mundo, considerada el bastión de la comunidad hebrea americana, ha comenzado hace poco una campaña de contratación de directivos. Los requisitos son tener una buena titulación en una buena universidad y la declaración –sea hombre o mujer– de ser homosexual. La campaña fue presentada el pasado otoño en Londres en una rueda de prensa, en la que los dirigentes explicaron que, de esta manera, la J.P. Morgan demostraba ser "una empresa iluminada". En efecto, poco después, la otra gran banca anglosajona hebrea, la Goldman Sachs, ha anunciado una iniciativa similar. El periódico *L'Unitá* comentaba: "Ser gay o lesbiana se está transformando de ser un problema a ser una oportunidad, hasta el punto de preguntarse si no estaremos yendo hacia un privilegio que penalice a los heterosexuales".

Por lo demás, en EE.UU. los departamentos federales para la investigación médica están ya establecidos según un criterio que respeta lo "políticamente correcto" y el privilegio homosexual es evidente en el hecho de que la suma mayor es para el sida, problema que concierne de modo particular a la comunidad gay. Como entidad de fondos puestos a disposición del Gobierno, le sigue el cáncer de útero: aquí se ha hecho sentir la presión del "lobby" feminista. Mucho menores son las cantidades dedicadas al cáncer de próstata, que estadísticamente es más difuso y que tiene unos métodos de cura que exigirían muchas investigaciones posteriores. Pero como ya sabemos, los hombres heterosexuales no son "politically correct" y, por tanto, sus problemas interesan bastante menos a los políticos americanos.

# # #



Herodes se enfureció y mandó matar
Evangelio de San Mateo 2,16

Noticias del Futuro
Tricentenario

ASESINATOS DE GUANTE JURÍDICO

Dentro de 100 años, en el Tricentenario y rememorando el Bicen, un libro de historia argentina bien podría contener este paso, que pudiera encontrarse en el éter de un virtual archivo del futuro.

"En esa época se desató la barbarie en nuestra Patria, con una ola de asesinatos de chicos en el útero materno. Algo que siempre ha sucedido desde que el mundo es mundo, pero lo curioso del caso argentino del Bicentenario era que los propios jueces mandaran matar en nombre del derecho que decía absolutamente lo contrario, y con cualquier pretexto, violando la ley divina, la ley natural, la ley positiva y los pactos internacionales, que en esa época nadie leía y que la cultura de la muerte, así bautizada por un Papa, utilizaba al servicio de lo que se le daba la gana. Y la gana se le daba por matar gente. ¡Fue horrible aquello y no se tomaba conciencia!

"Empezó a funcionar una lógica curiosa que daba risa si no causase muerte. Por ejemplo, porque a una chica la habían violado, le trucidaban el hijito que llevaba en su seno. Después le daban asistencia psicológica un tiempo y al parecer la sociedad calmaba así su conciencia y la dejaban a la pobre con un doble problema: el estigma psicológico de la violación y encima el cargo de conciencia de la muerte de su hijo. Sobre llovido mojado. Pero descubrieron que tenía razón el *Manual de Bioética* del P. Fuentes cuando decía que el síndrome post aborto le venía a la madrecita que abortó, a la abuela que lo promovió, a los médicos y enfermeros que lo ocasionaron, a quienes aconsejaron la muerte, y empezaron a aparecer estudios de campo diciendo que también afectaba a los jueces que habían intervenido. La Caja de Magistrados se opuso a tratar esa enfermedad, pero los pacientes, duchos en los pasillos

tribunalicios, empezaron a hacer amparos para que se les reconociera la asistencia psiquiátrica. Pero al violador no le pasaba nada, porque en esa época llegó a dominar el garantoabolicionismo que redefinía al derecho penal como al derecho antipenal. ¡Creer o reventar pero estos disparates dominaban la cultura de nuestro país por entonces! Es que no había en esos años derecho penal y habían suprimido las fuerzas armadas y de seguridad, y nos habíamos quedado sin Código Civil, porque de tanto declararlo inconstitucional se murió de tristeza y no quedó nada… Todos se manejaban por "la práctica constitucional", y había tantos abogados que para evitar la discriminación de quienes son y quienes no son se clausuraron las facultades de abogacía y todos podían ejercerla. Para colmo había cundido el matrimonio entre varones y se declaró al país el emporio de los derechos humanos. Fueron épocas difíciles que hicieron pensar en la extinción del Estado argentino, pero no había clara conciencia de estas cosas, salvo en algunos grupos católicos bravos que denunciaban, denunciaban, y en aquellos casos ofrecían distintas ayudas de todo tipo a las madres, y hasta adoptar los chicos. Pero también se había suprimido la adopción…, como ya les dije…

"Son tantos los casos de muerte pública y oficial y por sentencia de chicos en el útero materno registrados en esa época del Bicentenario que nos limitaremos a transcribir unos pocos que hemos podido comprobar con fecha exacta y lugar exacto y victimario exacto, aunque algunos autores dicen que el genocidio ya se había generalizado".

* El 8 de julio del lejano 2005 mataron un chiquito no nacido en el Hospital Evita de Lanús. La muerte fue resuelta por la mayoría de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Mataron a pesar de que el Hospital Universitario Austral prometió su asistencia para salvar la vida del asesinado y de su madre y que hubo ofrecimiento de subsidios y de adopción hechos por el movimiento Provida. Víctima sin nombre conocido.

* El 19 de agosto de 2006 fue en Guernica. La Excelentísima autora reincidió (repetimos que por mayoría, no todos se mancharon). Aborto practicado en centro privado porque el Hospital San Martín se negó. Víctima sin nombre conocido. Es que en aquella época se ponía nombres a los chicos una vez que superaban el peligro del holocausto y nacían… pero después ingresaban en la calidad de deudores perpetuos, desde chiquitos, de la deuda externa fabricada por el Proceso Militar ratificada e incrementada por todos toditos absolutamente todos los gobiernos posteriores, y había mucha pobreza y los bancos ganaban mucha plata y no pagaban impuestos a la renta financiera y los pobres se seguían muriendo una vez nacidos… La usura se comía al país. Créanme que cada vez eran vez más los pobres en la Argentina del Bicentenario …

* El 24 de agosto de 2006. Autor Vuestra Excelencia la Suprema Corte de Justicia de Mendoza integrada por los Aída Kemelmajer de Carlucci y Fernando Romano. Delito consumado en un hospital público. Se rechazaron los ofrecimientos de adopción y subsidios hechos por el Movimiento patriótico provida. Víctima sin nombre conocido, por lo que ya sabemos. La abogada de dicho movimiento tenía el expediente en la mano cuando se enteró de la sentencia, que no estaba en el expediente, que lo tenía ella te digo…

* 22 de septiembre de 2007. Esta vez fue Su Excelencia el Superior Tribunal del Entre Ríos, y ante la negativa del director del Hospital Materno Infantil de Paraná el gobierno de entonces mediante el INADI (su bandera decía “antidiscriminación y muerte”) y resolución del entonces Ministro Ginés González García, se fletó un avión especial a Mar del Plata, donde se produjo la consumación. Víctima sin nombre conocido ni sepultura.

* El 1º de octubre de 2008 el director del Hospital Penna de Bahía Blanca, Alberto Taranto, decidió por su cuenta invocando una tal resolución recontrainconstitucional 304/2007. Se consumó a pesar de que el Juez Jorge Longás dictara cautelar suspendiendo el aborto ante el pedido de adopción del bebé, porque Sus Excelencias los jueces Edgardo Manassero y Patricia Marenoni revocaron y autorizaron matar… Víctima sin nombre conocido ni sepultura.

* 18 de mayo de 2009. Autoriza la sala B de la Cámara Criminal de Río Negro. Asesinato consumado en el Hospital Artémides Zatti de Viedma.

* A fines de noviembre de 2009 mataron un chiquito en el Hospital Materno-Infantil de Tigre que dirige Lionel Charco. Causa risa que para matar a uno (el *nasciturus*) por toda razón se invocó haberse hecho la evaluación de la salud integral física, psíquica y social … de otro… de la madre. Es como decir que no te pago porque mi tía se ganó la lotería.

* 12 de marzo de 2010 en Comodoro Rivadavia. Esta vez fue el Tribunal Superior de Justicia de Chubut (Dres. Royer, Caneo y Pasutti). Con apoyo del Gobernador Das Neves, el INADI (Claudio Morgado), Secretaría de Derechos Humanos (Luis Duhalde), todos dependientes del Poder Ejecutivo, del Consejo Nacional de la Mujer (Lidia Mondelo), el Programa Nacional de Salud Sexual y procreación responsable (coordinación Paula Ferro), dependientes del Ministerio de Salud de la Nación (Juan Manzur). Víctima sin nombre. Se nos informa que la sentencia de muerte no estaba firme pero mataron igual.

* El Juez Martín Losada hizo la suya en Bariloche en Semana Santa. La Cámara le revocó la sentencia por recontrainconstitucional cuando el chiquito ya estaba muerto, porque el juez concedió la apelación pero ejecutó tanto la

sentencia como al pibe en el útero. Ofrecieron adoptar al chiquito pero no hubo caso. En esa época se ignoraba el debido proceso, a pesar de no haberse derogado ni el derecho natural (obvio) ni el artículo 18 de la Constitución que decía que "ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso […] Es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos […]". Ni los artículos del Código Civil que decían que la persona comienza con la concepción, ni la convención de los derechos del niño, ni la ley 23.849 que la ratificaba, ni la convención americana sobre derechos humanos. No se designó defensor del *moriturus* y se dio en esos días la orden a todos los defensores de prohibir las apelaciones. El símbolo de la protesta fue una 'Declaración de Bariloche' [V. *infra*].

Fue por esa época que Mónica y un miembro de la Corporación de los Abogados Católicos (¡que no se rendían!) llegaron a decir:

"Repito y redigo y recontradigo una y mil veces que el hecho de que el anticonstitucional artículo 86 del Código Penal disponga que en ciertos casos el delito de aborto no reciba pena [«no es punible» decía entonces el Código Penal antes de su derogación], esto no significa que esté jurídicamente permitido, *porque la antijuridicidad no se reduce a la antijuridicidad penal positiva estricta y a la previsión de penas*. Con el criterio utilizado por la cultura de la muerte sería legítimo, y habría que hacer lugar, a un amparo para no pagar impuestos por menos de 100.000 $, porque según el artículo 1 ley 24.769 sólo evadir desde esa cifra constituye delito. O a un amparo para no pagar el alquiler, porque no es delito no pagar la locación y no hay prisión por deudas. O un amparo para hurtar, defraudar o causar daños entre parientes, porque el art. 185 del Código Penal establece que éstos «están exentos de responsabilidad». Demasiado burdo. Están prevaricando".

Pero la Argentina del Bicentenario no lo oyó, preocupada porque sin Riquelme en el Seleccionado, Ud. sabe, falta quien tenga más la pelota en el mediocampo... para que le llegue a Messi...

Héctor H. Hernández

SOBRE EL ABORTO

Declaración de Bariloche

"El Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad Fasta Bariloche declara:

MATAR A UNA PERSONA NO NACIDA, AUNQUE SE TRATE DEL PRODUCTO DE UNA VIOLACIÓN, CONSTITUYE UNA CONDUCTA GRAVÍSIMAMENTE ILÍCITA. ELLO SE COMPRUEBA EN TODOS LOS PLANOS POSIBLES DE ANÁLISIS, ENTRE LOS CUALES:

I) La mostración racional, cognoscible por toda persona de buena voluntad.

No hay argumentos racionales para matar al nonato, aunque sea el producto de una violación.

1) En primer lugar, la eliminación física es la más terrible de las penas; y no tiene sentido alguno pretender aplicar una pena a quien es inocente. Mucho menos la máxima pena; menos todavía en la Argentina, cuyo ordenamiento no contempla la pena de muerte.

2) Pero, ¿qué decir al argumento de que la mujer "no quiere ver los rasgos del violador en su hijo"? Ante todo, el dolor por lo ya ocurrido no autoriza a matar a quien no tuvo responsabilidad alguna en el delito de violación. Por otra parte, el trauma de *haber sufrido* una violación puede resultar mucho menos penoso que la conciencia de *haber cometido* un homicidio en la persona del propio hijo inocente. De allí los terribles traumas postaborto de tantas mujeres. Finalmente, en general, *y en este caso en particular*, numerosos matrimonios se ofrecen para adoptar al niño una vez nacido; es decir que la madre biológica "no deberá ver" los rasgos del violador. Por otra parte, si el violador es un pariente, la única manera de no ver más sus rasgos sería matar al violador: y aquí volvemos al principio: ¿por que eliminar al niño, cuando nadie se plantea la posibilidad de ejecutar al violador?

3) Pero, cuando algo estorba o molesta ¿acaso no es lícito removerlo? Sin duda, cuando algo molesta se puede extirpar. Sólo que aquí hay *alguien* y no *algo*, hay una persona y no una cosa. Sobre esto, *científicamente*, ya no quedan dudas. Pero, ¿y si alguien abrigara dudas sobre la naturaleza personal del nonato? Pues obviamente que si hay dudas sobre si hay o no hay una persona no se la puede eliminar. Si un cazador acusado de homicidio adujera: "disparé hacia el matorral porque no estaba seguro de que lo que se movía fuera una persona; a lo mejor era un ciervo, y no quería perder la presa"; ¿acaso no habría dolo en su conducta?

En conclusión, no hay argumentos racionales que justifiquen realizar acciones directamente ordenadas a la muerte de un inocente, como es inocente todo nonato.

Y esta acción resulta cualitativamente más grave en la medida en que es el poder del Estado –que existe para tutelar el Derecho" el que permite u ordena su comisión.

II) El consenso cultural de la humanidad, consistente en la enseñanza de los grandes paradigmas morales de todas las épocas y pueblos

El "*neminem laedere*", principio fundamental del Derecho Romano, y el juramento hipocrático (que vetaba el aborto) se corresponden con el "no matarás" de la tradición judeocristiana; y se reflejan en ejemplos de culturas diversas, alejadas en la geografía y en el tiempo, que condenan unánimemente el homicidio en general y la muerte de los niños en particular: "No he asesinado hombres" (*Confesión del alma recta*, Egipto antiguo); "En el infierno yo vi asesinos" (*Volospá*, libro religioso vikingo); "el matar a los jóvenes y niños que constituirán la futura fuerza del pueblo, es lo más triste" (testimonio indígena norteamericano, del s. XIX).

La eliminación de la persona inocente contraría la conciencia común de la humanidad.

III) El Derecho Positivo Argentino

La protección integral del niño por nacer se halla incorporada como un principio del ordenamiento jurídico argentino que reviste rango constitucional, de acuerdo con el art. 75 inc. 22 de la CN. Luego toda disposición legal que contradiga tal principio es *inconstitucional,* como se verifica en el caso de parte del *art. 86 del Código Penal,* precisamente cuando establece la no punibilidad de algunos casos de aborto.

Ahora bien, *aún concediendo (pero no admitiendo) la constitucionalidad del art. 86 en su segunda parte, el hecho de que se prevea que una conducta delictuosa no será penada no significa:*

- ni que deje de ser antijurídica. Siempre matar a una persona es delito;

- ni que se pueda autorizar esa conducta,

- ni que el derecho no pueda evitarla con la protección de las personas.

- ni que un juez pueda ordenar matar a una persona inocente.

Por lo demás, en este caso la víctima de la violación no cumple con el requisito de la demencia, exigido por el mismo artículo cuestionado.

IV) La ley de Dios, expresada y afirmada por la Iglesia Católica

Ha dicho Juan Pablo II en la Encíclica *Evangelium Vitae*, condenando las nefandas prácticas de la cultura de la muerte: "nuestra atención quiere concentrarse, en particular, en otro género de atentados, relativos a la vida naciente y terminal [...] que tienden a perder en la conciencia colectiva el carácter de delito y a sumir paradójicamente el de 'derecho', hasta el punto de pretender con ello un verdadero y propio reconocimiento legal por parte del Estado y la sucesiva ejecución mediante la intervención gratuita de los mismos agentes sanitarios. Estos atentados golpean a la vida humana en situaciones de máxima precariedad, cuando está privada de toda capacidad de defensa. Más grave aún es el hecho de que se produzcan dentro y por obra de la familia" (nº 11).

Y, *cuando recuerda la pena de excomunión automática para todos los que procuren o sean cómplices de un delito de aborto,* expresa: "Ninguna circunstancia, ninguna finalidad, ninguna ley del mundo podrá jamás hacer lícito un acto que es intrínsecamente ilícito" (nº 62).

Así pues, porque no aceptamos dar la espalda a la razón, contradecir a la justicia (natural y positiva), desconocer la tradición moral universal ni transgredir los preceptos de dios, nos pronunciamos firmemente por la defensa de la vida del niño por nacer cuyo aborto se ha solicitado ante los tribunales de Bariloche".

Prof. Dr. Sergio Raúl Castaño, coordinador

San Carlos de Bariloche, 31 de marzo de 2010

LIBROS RECIBIDOS

BARCIA, PEDRO LUIS - RAFFO, JOSEFINA, *Cancionero de las Invasiones Inglesas*, Emecé, Buenos Aires 2010, 360 pgs.

BELLOC, HILAIRE, *El Campo de Batalla*, Vórtice, trad. de Carlos R. Domínguez, Buenos Aires 2010, 318 pgs.

BERTHOUD, LUIS MARÍA, *El liderazgo directivo ante la identificación institucional docente*, Davinci, Barcelona 2010, 192 pgs.

BORREGO, SALVADOR, *Síntesis. Del Imperio Azteca al 2010*, México 2010, 162 pgs.

BORREGO, SALVADOR, *La cúpula gubernamental va haciendo trizas a México*, México 2010, 126 pgs.

CAPONNETTO, ANTONIO, *El Bicentenario en el aula*, Santiago Apóstol y Bella Vista Edic., Buenos Aires 2010, 128 pgs.

CASSAGNE, INÉS DE, *Camus en diálogo con cristianos sobre temas esenciales*, UCALP, Buenos Aires 2010, 385 pgs.

DEMONGEOT, MARCEL, *El mejor régimen político según Santo Tomás de Aquino*, Tradición, México 2010, 190 pgs.

DÍAZ ARAUJO, ENRIQUE, *Mayo Revisado*, Tomos I, II y III, UCALP, La Plata 2010, 1283 pgs.

DIEZ, MARCELO, *Luces y sombras de la Educación Argentina*, bosquejo histórico, Gladius, Buenos Aires 2009, 175 pgs.

ECHAVARRÍA, MARTIN F., *La Praxis de la Psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*, UCALP, La Plata 2009, 724 pgs.

FERRERES, ORLANDO, *Las razones de la Decadencia Argentina*, Academia del Plata, Buenos Aires 2010, 34 pgs.

INNOCENTI, ENNIO, *Cantico del Cantici, Travole di Marilena Riezzo*, Sacra Fraternitas Aurigarum, Roma 2010, 47 pgs.

MORTON, J. B., *Hilaire Belloc. Una memoria*, Vórtice, trad. de Jack Tollers, Buenos Aires 2010, 218 pgs.

OTTONELLO, PIER PAOLO, *Sciacca, La Filosofia dell' integralità* (2 tomos), Casa Editrice Leo S. Olschki, Firenze Italia, 2010, 953 pgs.

SPADAFORA, FRANCESCO, *La Risurrezione di Gesù*, Cantagalli, Roma 2010, 276 pgs.

VIDAL, NICOLÁS, *El sentido escatológico de la desacralización*, Santiago Apóstol, Buenos Aires 2007, 106 pgs.

REVISTAS RECIBIDAS

CORRISPONDENZA ROMANA, ass_fiducia@yahoo.it
N° 1139, *Ommosessualismo: aperta la "caccia" ai non gay in Europa,* abr 2010

CRISTIANITA, c.p. 185, I-29100 Piacenza (Italia) info@alleanzacattolica.org
N° 355, anno XXXVIII, *Rivoluzione e Contro-Rivoluzione "eco fedelissima del Magistero della Chiessa"*, gennaio-marzo 2010
N° 356, anno XXXVIII, *Fatima e il drama della modernità*, aprile 2010

CRISTIANDAD, Duran y Bas, 9 2°- 08002 Barcelona, España
Año LXVII - N° 946, *Tu eres Pedro,* Mayo 2010
Año LXVII - N° 947-948, *Fátima 2010,* Junio-Julio 2010

DIDASCALIA, Revista de Catequesis, Pte. Roca 150 (2000) Rosario
Año LXIV, N° 631, *Señor, danos tu espíritu*, Mayo 2010
Año LXIV, N° 632, *Sacramentos, signos de lo trascendente*, Junio 2010
Año LXIV, N° 633, *Para ser discípulos y misioneros*, Julio 2010

FILOSOFIA OGGI, per l'unità delle scienze
Anno XXXIII - N° 130-131, *Scientismo e Tecnologismo,* Aprile-Settembre 2010

FUERZA NUEVA, Dios, Patria, Justicia - Alcántara, 57, 28006 Madrid redaccion@fuerzanueva.com
N° 1382, *Fátima… explosión de Fe mariana*, may/jun 2010
N° 1383, *Lo de la Memoria Histórica… se quedan con el dinero*, jun 2010
N° 1384, *Ahora les toca a los laureados*, jul 2010

GLOSAS SILENSES, Rev. de la Abadía de Sto. Domingo de Silos, 09610 Santo Domingo de Silos, Burgos Esp.
Año XXI, N° 1, ene-abr 2010, *¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!*

LA NUEVA HOJA DE COMBATE, Edit. Tradición, edittradicion@hotmail.com, Mexico
N° 6, *La "ley" de "doble efecto"*, Julio 2009

LECTURES FRANÇAISES, B.P.1 - 86190 Chiré-en-Montreuil (France)
N° 635, *Gabegies et gaspillages au sein des Conseils régionaux*, Mars 2010
N° 637, *Les media à l'assaut de l'Eglise catholique et de Benoît XVI*, Mai 2010
N° 638, *Les bilans de la polotique migratoire en France*, Juin 2010

PHILOSOPHICA, Instituto de Filosofía, Univ. Católica de Valparaíso, Avda. Brasil 2950, Valparaíso, Chile, dirfil@ucv.cl
Nº 35, *Trabalho, Ciencia, Tecnología e Cultura*, Sem II/2009
Nº 36, *La interpretación de Romanos 1, 18-21*, Sem II/2009

PROYECCION, Teología y mundo actual, Facultad de Teología. Apartado 2002. E-18080 Granada (España)
Nº 237, *La expresión orante del cuerpo,* abril-junio 2010

RAZÓN ESPAÑOLA, Paseo Santa María de la Cabeza 59 (28045) Madrid - España
Nº 161, *Correspondencia con Jesús Fueyo Alvarez,* Mayo-Junio 2010

SACERDOS, Revista de comunhao sacerdotal, Av. 9 de Julho 5400 CEP:01406-200, Jardim Paulista-SP, Brasil. csacerdotalbr@redemissao.org
Año XVIII, Nº 86, *Bento XVI e Maria*, mar-abr 2010
Año XVIII, Nº 87, *Identidade do sacerdote*, maio-junho 2010
Año XVIII, Nº 88, *Congresso Eucarístico Nacional de Brasilia* , julho-agosto 2010

SIEMPRE P'ALANTE, Quincenal Navarro Católico, Doctor Huarte, 6 1º izq. - 31003 - Pamplona (España)
Año XXIX, Nº 632, *Consagración y Reparación,* 16 de junio 2010
Año XXIX, Nº 633, *El Capote de San Fermín 2010,* 1 de Julio 2010
Año XXIX, Nº 634, *Año Santo Compostelano,* 16 de Julio 2010

VERBO SPEIRO, José Abascal, 38 - 28003 - Madrid - España
Nº 483-484, marzo-abril 2010

BIBLIOGRAFÍA

Benedicto XVI
Los Padres de la Iglesia
Ágape, Buenos Aires 2008, 230 pgs.

Contiénense en estas páginas las catequesis de los miércoles que Benedicto XVI predicó entre marzo del 2007 y febrero del 2008. Tras haberse referido anteriormente a los Apóstoles, especialmente a San Pablo, ha querido poner ahora ante nuestros ojos las grandes figuras de los primeros siglos de la Iglesia. “Así podemos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia” (p.7). Como se sabe, llámanse “Padres de la Iglesia” a los autores de los seis o siete primeros siglos del cristianismo, que se destacan no sólo por su antigüedad, que los acerca a los tiempos del Evangelio, sino también por su santidad y ortodoxia doctrinal.

En el presente libro desfilan, como es obvio, no todos los personajes eclesiásticos de los primeros siglos, sino tan sólo algunos por los que el papa siente especial predilección. A nuestro juicio, la elección ha sido óptima. Los seleccionados han sido Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, Cipriano, Eusebio de Cesarea, Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Basilio, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nyssa, Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Hilario, Eusebio de Vercelli, Ambrosio, Máximo de Turín, Jerónimo, Afraates, Efrén, Cromacio, Paulino de Nola y San Agustín. En catequesis sencillas pero aleccionadoras, resume el papa la vida de cada uno de ellos, y sintetiza su pensamiento. Quedémonos en algunos de los elegidos. Ante todo *Orígenes*, uno de los autores antiguos más geniales. De él cita el papa un texto espléndido de su *Homilía sobre los Números*, donde resalta la continuidad del Antiguo y el Nuevo Testamento: “Yo no llamo a la Ley un «Antiguo Testamento», si la comprendo en el Espíritu. La Ley es «Antiguo Testamento» sólo para quienes quieren comprenderla carnalmente, es decir, quedándose con la letra del texto. Pero para nosotros, que la comprendemos y la aplicamos en el Espíritu y en el sentido del Evangelio, la Ley es siempre nueva, y los dos Testamentos son para nosotros un nuevo Testamento, no a causa de la fecha temporal, sino de la noveded de sentido” (pp.41-42).

De *San Cipriano* destaca aquella fórmula que en la actualidad resulta para algunos tan chocante, pero que es rigurosamente exacta: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”. Porque aun cuando es cierto que los que de buena fe mueren en el error pueden alcanzar la salvación, sin embargo aun ellos no se salvan sino “en” la Iglesia, lo sepan o no. El papa señala luego su admiración por el comentario que el santo nos ha dejado sobre el Padrenuestro, realmente magnífico.

En *San Atanasio* ve al gran adversario de la herejía arriana, para la cual Cristo no era sino una criatura “intermedia” entre Dios y el hombre, alguien “divino”, pero no Dios. Especialmente se detiene en su magnífico *Tratado sobre la encarnación del Verbo*, donde se incluye aquella famosa afirmación de que “el Verbo de Dios se hizo hombre para que nosotros llegáramos a ser Dios”. Asimismo recuerda sus notables treinta *Cartas festivas*; en ellas el autor celebra la grandeza de las diversas “fiestas” litúrgicas. De *San Cirilo de Jerusalén* rescata sus 24 célebres catequesis, en las que el obispo de Jerusalén expone las verdades del Credo, y sobre todo las catequesis llamadas “mistagógicas”, es decir, de iniciación en los misterios, donde explica el significado del bautismo, la confirmación y la eucaristía, con palabras realmente inspiradas.

En *San Basilio* alaba particularmente su *Discurso*, dirigido a los jóvenes; allí los exhorta a sacar provecho de la cultura pagana de su tiempo, incitándolos a aprovechar todo lo aprovechable. "Como las abejas deben sacar de las flores la miel, a diferencia de los demás animales, que se limitan a gozar del perfume y del color de las flores, así también de estos escritos [...] se puede sacar provecho para el espíritu. Debemos utilizar esos libros siguiendo en todo el ejemplo de las abejas, las cuales no van indistintamente a todas las flores, y tampoco tratan de sacar todo lo que tienen las flores donde se posan, sino que sólo sacan lo que les sirve para la elaboración de la miel, y dejan lo demás" (p.104). De *San Gregorio de Nyssa* elogia sobre todo su libro sobre la creación del hombre. Allí se exalta la grandeza y la belleza tanto del Creador como de su imagen humana. "Dios, el mejor de los artistas –escribe– forja nuestra naturaleza de manera que sea capaz del ejercicio de la realeza. Mediante la superioridad del alma, y por medio de la misma conformación del cuerpo, hace que el hombre sea realmente idóneo para desempeñar el poder regio" (p.105). El hombre, el ser más espléndido de la creación visible, tiene vocación de rey.

Con particular admiración alaba a *San Juan Crisóstomo*, obispo de Constantinopla, en quien sus contemporáneos vieron a un segundo Pablo, un doctor universal. El gran orador se había propuesto hacer de la "nueva Roma" una ciudad cristiana, que sustituiría a la vieja idea de la polis griega; quería darle un alma y un rostro cristiano, o, si se quiere, hacer de ella un trozo de Cristiandad. Especial afecto muestra el papa, y no sin razón, por *San Efrén el sirio*, sobre todo por haber sabido conciliar su vocación de teólogo con la de poeta, lo que le permitió profundizar en la reflexión teológica a través de paradojas e imágenes. "Su teología se convierte en liturgia, en música: de hecho era un gran compositor, un músico. Teología, reflexión sobre la fe, poesía, canto y alabanza a Dios se unen en él", celebra el papa (pp.178-179). Así expresó Efrén su admiración ante Nuestra Señora en una obra que llamó *De Nativitate*:

El Señor vino a ella
para hacerse siervo.
El Verbo vino a ella
para callar en su seno...
El pastor vino a ella
y nació el Cordero (p.179).

Exaltó, asimismo, la Eucaristía con palabras encendidas, por ejemplo en su himno *De Fide*:

En tu pan se esconde el Espíritu,
que no puede ser consumido;
en tu vino está el fuego,
que no se puede beber.
El Espíritu en tu pan, el fuego en tu vino;
he aquí la maravilla
que acogen nuestros labios.
El serafín no podía
acercar sus dedos a las brasas,
que sólo pudieron rozar
los labios de Isaías;
ni los dedos las tocaron,
ni los labios las ingirieron;
pero a nosotros
el Señor nos ha concedido ambas cosas.
El fuego descendió
con ira para destruir a los pecadores,

pero el fuego de la gracia desciende
sobre el pan y en él permanece.
En vez del fuego que destruye al hombre,
hemos comido el fuego en el pan
y hemos sido salvados (pp.181-182).

Por algo la tradición cristiana honró a San Efrén con el nombre de "cítara del Espíritu Santo".

El papa Benedicto no ha podido esconder, según puede verse, su vena lírica y musical. Ello explica que se haya detenido con cierta morosidad en los autores que revelan estro poético. Otro Padre de ese estilo es *San Paulino de Nola*, en una de cuyas poesías dice: *At nobis ars una fides, et musica Christus* (Para nosotros el único arte es la fe, y la música Cristo).

El libro se cierra con cinco catequesis sobre *San Agustín*, santo de su especial predilección.

Frente al progresismo, que a veces pareciera pretender puentear toda la tradición, al mejor estilo protestante, nos parece un verdadero acierto este recurso a los Padres de la Iglesia que ha elegido Benedicto XVI, con el que trata de hacer patente aquella "hermenéutica de la continuidad" de la que ha hablado repetidas veces. ¿Acaso es otra cosa la tradición?

P. Alfredo Sáenz

Ricardo Dip
Los derechos humanos y el derecho natural
Marcial Pons, 2009, 155 pgs.

Muy oportuna nos parece la aparición de este tan pequeño como enjundioso libro sobre un asunto de tanta actualidad, el de los derechos humanos. Ya el subtítulo de la obra nos pone en pista: "De cómo el hombre *imago Dei* se tornó *imago hominis*". El tema del hombre como imagen de Dios, señala el A., fue ya tratado por Orígenes, San Agustín y Santo Tomás, entre tantos otros. Si el sentido de su existencia es contemplar a Dios, cuya imagen lleva, su dignidad no puede sino ser sempiterna, pues se encuentra anclada fontalmente en Dios. Es claro que para saber cuáles son los derechos del hombre, hay que saber primero qué es el hombre. Aquel conocimiento supone una previa antropología.

Se ha dicho que la expresión "derechos humanos" es un modismo contemporáneo que puede entenderse como sinónimo del término "derechos naturales". Ellos sólo quedan legitimados si previamente se acepta la existencia de una "ley eterna", que los enraiza en Dios. Los derechos de la "imagen" no pueden sino fundarse en el arquetipo divino. Para Santo Tomás la ley eterna no es otra cosa que "la razón de la sabiduría divina" (*ratio divinae sapientiae*), en cuanto directiva de todos los actos y mociones, que se proyecta en la órbita natural del hombre. Dip nos ofrece un admirable ejemplo histórico de aplicación de la doctrina tradicional, y fue lo acontecido en las famosas Controversias de Valladolid (1550-1551), donde se debatió la legitimidad moral de las conquistas españolas en América. Carlos V, monarca profesadamente católico, había ordenado la inmediata suspensión de todas las conquistas y descubrimientos en el Nuevo Mundo, hasta tanto se probase la rectitud de dichos emprendimientos. ¿Qué otra Corona ordenó algo semejante? "Episodio insólito en la historia de los hombres, en que un poder imperial se sometió, voluntariamente, a un tribunal ético y religioso para, una vez resuelta una cuestión de conciencia, decidir sobre el proseguimiento de la tarea civilizadora" (p.119). Tal decisión estaba en continuidad con el

modo de obrar de la reina Isabel, abuela de Carlos, y luego de su marido Fernando, así como del Regente Cisneros.

Las cosas fueron cambiando con el correr de los tiempos y la abolición de la Cristiandad. Entonces el hombre dejó de considerarse un fin subordinado –*imago*–, dependiente del arquetipo divino, y sometido al señorío de Dios. Para la ética kantiana el sujeto agente es el propio fin de sus acciones, el fin supremo. Kant llegó a decir que "la dignidad de la humanidad consiste precisamente en esa capacidad de ser legislador universal, aun cuando bajo la condición de estar al mismo tiempo sometido justamente a esa legislación". No sin razón escribió JacquesLeclercq: "Ningún filósofo ha ejercido sobre el pensamiento moderno mayor influencia que Kant".

Pierre-Henri Imbert, director de Derechos Humanos del Consejo de Europa, nos ha dejado la siguiente reflexión, claramente deudora del espíritu de la modernidad: "Es evidente que los derechos humanos llenan un vacío [...] Los sistemas religiosos y morales que en otras épocas servían para ordenar y estructurar las sociedades quedaron circunscritos, en la actualidad, a la esfera privada. El espacio público se convirtió en algo completamente neutro. La consecuencia de todo esto es que las sociedades no son capaces –aun cuando lo necesiten– de enunciar los valores fundamentales que podrían ser compartidos por el conjunto de la sociedad" (cit. en p.74).

Es sobre estas bases que la modernidad ha levantado su bandera de "los derechos humanos". Cuando en 1789 se promulgó en la Francia revolucionaria dicha declaración, el papa Pío VI dijo que tales derechos eran *"contrari alla religione e alla società"*. Acertadamente señala el A. la continuidad de dicha doctrina en el magisterio pontificio posterior, según puede advertirse en la *Quanta cura* y el *Syllabus* del beato Pío IX, la doctrina antimodernista de San Pío X, sobre todo en su encíclica *Pascendi*, la enseñanza de Pío XI en su encíclica *Quas primas*. Pío XII mantuvo la llama, según lo deja ver, a título ilustrativo, la alocución que dirigió a un grupo de jurisconsultos italianos el 6 de noviembre de 1949: "El error del racionalismo moderno consiste [...] en la pretensión de querer construir el sistema de los derechos humanos [...] considerando la naturaleza del hombre como un ente que subsiste por sí, a quien le falta cualquier tipo de referencia a un Ser superior, de cuya voluntad ordenadora y creadora depende en su ser y en su obrar" (cit. en pp.115-116). Es cierto que en documentos posteriores de la Iglesia se advierte cierta aproximación al sentido moderno de aquellos derechos. Sin embargo, como ha escrito Danilo Castellano, "los derechos humanos que la Iglesia proclama, reconoce y aprecia (cf. Const. *Gaudium et spes* 41), no son los mismos «derechos humanos» de las históricas Declaraciones [...] Lo afirma explícitamente también el Concilio Vaticano II cuando enseña que ellos no deben responder a la lógica de la «falsa autonomía» que, según la modernidad, para ser tal, debe estar divorciada de la Ley divina. «Por este camino –afirma el Concilio Vaticano II–, la dignidad de la persona humana, en vez de salvarse, más bien se perdería»" (*ibid.*) Quede por sobre todo en claro que los derechos humanos según los entiende la modernidad se fundamentan en la antropología liberal, para la que el individuo es suficiente en sí mismo; él es señor de su libertad, titular de derechos innatos y autónomos.

Más recientemente los cultores modernos de los derechos humanos han tratado de ampliarlos al género humano en su conjunto, en base a la dignidad de la humanidad. A juicio del A., las nociones modernas de género humano y de dignidad de la humanidad son cosmopolitas y no universales. Ellas se cifran en la idea del ciudadano del mundo, que escapa a las fronteras de la familia y de la nación, subordinándose al cosmos, una *polis* única y una *politeia* global. No se trata tan sólo de una aceptable postura internacionalista, porque ello supondría la existencia de naciones y Estados. Lo que se busca es una ciudadanía cósmica, un humanismo cósmico, en consonancia con el movimiento de la *new age*, donde toma cuerpo la unificación del hombre con la divinidad.

"Juntos somos Dios" (Ruth Montgomery); "tarde o temprano el ser humano sentirá un llamado del cosmos para ascender a la deidad" (John White). Es el "seréis

como dioses” de la tentación paradisíaca, pero no limitado ya a la pareja original, sino al entero género humano. “De hecho, en síntesis –concluye el A. este libro tan esclarecedor–, al hombre *imago Dei* del cristianismo se opone la idea del *homo imago hominis* del racionalismo; o, en otras palabras, si, para Vitoria, nutrido en la doctrina cristiana, Dios se hace hombre, ya para el moderno y contemporáneo racionalismo de los derechos humanos, es el hombre quien se hace Dios” (p.147).

P. Alfredo Sáenz

Horacio Bojorge
Vivir de cara al Padre
Lumen, Buenos Aires
2009, 128 pgs.

El autor, buen amigo mío, no se cansa de deleitarnos con nuevas obras que tanto ayudan el esclarecimiento intelectual y a la formación espiritual de los católicos. El presente libro busca resaltar la figura de Dios como Padre. Abre sus reflexiones señalando que muchas veces las cosas espirituales se dan por *supuestas*. ¿Existe Dios? ¿Existe Cristo? ¿Existe la gracia? Por supuesto, se responde. Pero corremos el peligro de dar demasiadas cosas por supuestas cuando en la realidad no lo son tanto. Hoy más que nunca, en medio de la ignorancia generalizada de la doctrina católica, los pastores tienen el deber de *explicitar* lo que, de no hacerlo, permanecería en la sombra de lo implícito y de lo supuesto, no vaya a ser que incurran “en el silenciamiento de la Palabra a fin de relegarla el dominio de los supuestos” (p.16). Justamente en la época del sexo explícito y del orgullo gay, prosigue Bojorge, no pocos católicos parecen inclinarse a cierto encubrimiento de su fe. San Pablo proclamaba lo contrario: “No me avergüenzo del Evangelio”. En vez de una actitud propensa al ocultamiento hay que “insistir en reproponer, sin fatigarse, una religión del Dios explícito y del orgullo cristiano” (p.17).

Bojorge cree descubrir cierta relación entre décadas de vergüenza frente al anuncio del Evangelio y una pastoral demasiado humana en detrimento de lo sobrenatural; a la implicitación de Dios, por un lado, se alía una progresiva descristianización de la cultura, por el otro. A veces la vergüenza que impide la proclamación del Evangelio se encubre en una falsa humildad, como si enseñar la doctrina de manera explícita fuera “arrogarse la verdad”, mostrarse “dueño de la verdad’“, cuando en realidad no somos sino sus humildes discípulos. El A. no deja de relacionar tal actitud con la acedia, pecado típico de la modernidad, que con tanta profundidad explicó en otras de sus obras.

El presente libro se centra en la consideración de la figura explícita del Padre, en orden al cultivo de una espiritualidad que sea realmente filial. En sucesivos capítulos, el padre Bojorge va exponiendo, entre otros temas, lo que es la justicia filial, el sentido de la obediencia filial que se encubre en la exhortación de Jesús: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”, la mirada del Padre que penetra en lo secreto, así como nuestro deber de santificar su nombre y desear la venida de su Reino. Detengámonos en algunas pepitas de oro que se encuentran a lo largo de estas páginas. Con particular morosidad se detiene el autor en la exhortación de Jesús: “Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. Tras recordarnos que el término griego *téleios* deriva del sustantivo *telos*, que quiere decir fin, meta, señala que el adjetivo evangélico significa “finalizado, terminado, llegado”; cuando la creatura allí llega nada le falta para ser lo que debe ser. Los conceptos de perfección y felicidad se interpenetran. Feliz es aquel a quien no le falta nada, porque ha alcanzado la perfección soñada por Dios, su Padre, cuando lo creó. Siempre hemos creído reconocer en la expresión de Jesús una suerte de chiste divino: ¿quién puede llegar a ser perfecto *como* lo es el Padre eterno? Lo que el Señor quiso decirnos es que la medida de la perfección no tiene medida. El autor subraya una palabra del texto que suele pasar desapercibida: “Sed, *pues*, perfectos...”. Ese *pues* señala la actitud consecuencial propia del hijo. Por serlo de tal Padre, *debe* ser perfecto. Sed, pues...

Especialmente luminoso nos pareció el capítulo donde analiza la petición del *Pater*: "Santificado sea tu Nombre". Frente al Dios excelso, explica, caben dos actitudes falsas. La que se inspira en Karl Barth, según el cual Dios es totalmente Otro, alguien a quien no podemos acceder, ni siquiera mediante la oración. A él no lo afecta que seamos buenos o perversos. "¡Mire si a Dios le va a interesar lo que nos pasa!!". La otra posición acentúa indebidamente la cercanía. Cristo es "el amigo", o incluso "el flaco". Entonces el Padre, también Él, se convierte en "el Barba" o "el Viejo". Por ambas caminos se llega a la pérdida del sentido de lo sagrado. A veces se mezclan ambas posturas. Por un lado, Dios se inmanentiza, y por otro la naturaleza, la historia, la política, la psicología, se divinizan panteísticamente. Juzga Bojorge que tras estas amputaciones se esconde la ideología religiosa de la herejía modernista. "Para el modernismo Dios es tan trascendente a la historia que no puede manifestarse en ella. Por otro lado, es tan inmanente a la naturaleza del hombre y a su conciencia que el hombre puede experimentarlo en sí mismo, aunque sea en forma de sentimiento confuso" (p.66).

Termina el A. sus reflexiones refiriéndose a lo que llama *el eclipse del Padre*, en la línea de aquella implicitación de la figura de que nos hablaba. A veces se presenta a un Jesús sin padre, hijo de nadie, un hijo huérfano, un Jesús histórico puramente humano, separado del Cristo de la fe, y por ende sin la referencia esencial al Padre que la fe le reconoce. Este error, al que Bojorge llama "jesuanismo", es frecuente en la propuesta de las sectas y grupos protestantes, si bien se encuentra también en algunos católicos. Pero, como no deja de señalarlo, cuando se reniega del Padre de todos, que hace de los hombres hijos y hermanos entre sí, se reinstala en el mundo la dialéctica del amo y del esclavo; los niños son abandonados en la guardería, o en la calle, y los padres en el hogar de ancianos.

Es un paso más en el proceso de apostasía contemporáneo, empeñado en demostrar que el hombre no necesita de Dios para alcanzar su madurez. El A. nos recuerda un terrible texto de Kant: "La moral, en cuanto está fundada sobre el concepto del hombre como un ser libre que por el hecho mismo de ser libre se liga él mismo por su Razón a leyes incondicionadas, no necesita ni de la idea de otro ser por encima del hombre para conocer el deber propio, ni de otro motivo impulsor que la ley misma para observarlo [...] Así, pues, la moral, por causa de ella misma (tanto objetivamente por lo que toca al querer, como subjetivamente por lo que toca al poder) no necesita en modo alguno de la Religión [entiéndase la revelación cristiana] sino que se busca a sí misma en virtud de la Razón pura Práctica". Lo que así comenta Bojorge: "Ésta es una nueva expresión del nuevo intento de ser *como dioses* que termina, lo demuestra la historia y las ideas políticas que derivan de él, en ser *como demonios*"(p.117).

P. Alfredo Sáenz

Miguel Ayuso
La constitución cristiana de los Estados
Scire, Barcelona
2008, 126 pgs.

Espléndido este nuevo libro del prolífico Miguel Ayuso, donde se confirma una vez más la aguda inteligencia de su autor y el coraje de su docencia. Trátase aquí del gran tema de la Cristiandad, hoy en cuarteles de invierno, considerado especialmente en su expresión más contundente: la impregnación evangélica del *orden político*.

Por cierto que en nuestros tiempos estamos muy lejos de aquel ideal. Vivimos en una época de postcristiandad, firmemente consolidada como consecuencia de la Revolución francesa, sobre todo en lo que hace a sus aspectos culturales y políticos. Así lo señala el A., trayendo a colación un esclarecedor texto de Albert de Mun: "La Revolución no es ni un acto, ni un hecho, es una doctrina social, una doctrina política, que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios [...] La Contra-Revolución es el prin-

cipio contrario, es la doctrina que hace reposar la sociedad sobre la ley cristiana" (cit. en p.26, nota 18). Bien ha indicado Jean Madiran que dicha Revolución no fue sino "la puesta en plural del pecado original". La herejía se tornó social y se fue haciendo "opinión pública", a la que las sociedades europeas fueron adhiriendo una tras otra. De especial interés nos parece un texto de Ayuso, en confirmación de lo que nos acaba de decir de Mun, donde denuncia a quienes conceden el mérito de la precedencia a la Revolución, "cuando en verdal es ella la que se opuso al orden natural, de modo que la reacción contra la misma viene exigida por la defensa de éste. Y el orden no depende del desorden" (p.28).

En su recordada encíclica *Mirari vos*, Gregorio XVI condenó las posiciones de Lamennais, quien intentaba bautizar el catolicismo liberal. Es verdad que pocos días antes de su muerte, el sacerdote francés, preocupado al advertir cómo se redoblaban los ataques a la Iglesia, trató de prevenir a sus seguidores de los errores del liberalismo, poniendo los documentos que poseía en manos del historiador Crétineau-Joly, el cual, con el apoyo del sucesor de Gregorio XVI, el gran Pío IX, publicó en 1859 una obra fundamental: *L'Église romaine en face de la Révolution*.

La postura liberal acerca de la sociedad tiende al establecimiento de un divorcio total entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia. Sobre ello nos ha dejado Charles Péguy una poesía memorable:

Et l'un ne périra que l'autre aussi
[ne meure,
Et l'un ne survivra que l'autre aussi
[ne vive,
Et l'un ne restera que l'autre aussi ne
[demeure
Et l'un ne paseera sur la supreme
[rive.

Y no morirá el uno sin que el otro
[no muera,
ni saldrá a flote el uno sin que el otro
[se salve,
ni llegará uno de ellos a la orilla suprema
sin que realice el otro idéntico viaje.

Lo sobrenatural y lo natural se desposaron en Cristo. Es propósito de la modernidad procurar un distanciamiento siempre mayor entre ambos órdenes. Frente a los que juzgan que aquella unión constituye una utopía, al menos cuando se la quiere aplicar a la permeación evangélica del orden temporal, urge señalar que la Cristiandad no es una ficción intelectual o una entelequia. Existió de veras, se hizo carne en una época histórica concreta. "Ha existido –afirmaba San Pío X–, existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla, sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana de la revolución y de la impiedad: *omnia instaurare in Christo*". Trátase, pues, comenta el autor del presente libro, de restaurarla en lo que ha sido herida, e instaurarla en lo que está muerta (cf. p.50).

Cabe preguntarse si es correcto hablar de "la" civilización cristiana, o no sería mejor hablar de diversas posibles civilizaciones cristianas, distintas maneras de fecundar diversas sociedades temporales. Ambos modos de expresarse son legítimos, si bien ello no obsta al reconocimiento de que de hecho dicha civilización logró concretarse en una época histórica determinada, y de una manera encomiable. "Hubo un tiempo –afirmaba León XIII– en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados". Sería, pues, traicionar el ideal soñar con una "nueva cristiandad" esencialmente distinta de aquella que se gestó ya una vez en la historia. Porque, como afirmaba San Pío X, no hay que inventarla sino restaurarla, manteniendo siempre lo que le es sustancial. Pío XII ha sostenido la idea de la continuidad esencial de la Cristiandad, más allá de sus posibles concreciones históricas. Para este papa su contenido "está definitivamente fijado en cuanto a sus puntos fundamentales, [al tiempo que] es suficientemente amplio para para poder ser adaptado a las vicisitudes cambiantes de los pueblos, siempre que no sea en detrimento de sus principios inmutables y permanentes" (cit. en p.55).

El A. trae a colación lo que sostenía Jean Daniélou, en un tiempo en que ya se iba consolidando la "modernidad", es

a saber, que "no hay cristianismo de masas sin Cristiandad" (cf. su libro *Christianisme de masse ou d'élite*, p.20). Cosa que ya había señalado Pío X cuando en 1910 condenó el modernismo de Le Sillon, en *Notre charge apostolique*. Cuatro años después, con motivo de un Consistorio, el mismo papa se refirió a la complicidad de ciertos marineros de la nave de Pedro, pero también de algunos capitanes, en un persistente intento por conciliar la fe y el espíritu moderno (cf. pp.30-31). La historia de este acercamiento es, pues, de larga data, y resulta advertible en altas instancias. Cuando el papa León XIII empleó con cierta condescendencia la expresión "democracia cristiana", no en sentido político, por cierto, que ya había sido condenada, sino en el de "demofilia", o de acción benéfica en favor del pueblo, se comentó: *"Il a salvé le nom, il avalera l'idée"* (cit. en p.92).

Ayuso se explaya luego sobre lo acontecido en esta materia durante la crisis postconciliar. En aquellos años, nos dice, dada la creciente consolidación del proceso secularizador, lo que se trató de evitar fue que a la separación entre la Iglesia y el Estado, prácticamente aceptada y consumada, siguiese la separación entre el cristianismo y la sociedad, para lo que se puenteó en cierto modo el poder político. Buscóse así la instauración de una sociedad con valores cristianos, pero aceptando que fuese dirigida por un poder laicista o autónomo de la verdad católica. ¿Era ello posible? Porque el poder temporal, quiéraselo o no, comunica una forma determinada a la sociedad. Quizás se deba a esta nueva estrategia, ampliamente dependiente de la democracia liberal, o, si se quiere, de la democracia cristiana, el abandono del lenguaje "doctrinal" en tantas declaraciones eclesiales, en aras de un lenguaje meramente "pastoral". En el interior de la Iglesia se fue privilegiando un nuevo vocabulario de inspiración masónica, muy cercano a aquel que enarboló la revolución anticristiana: libertad, tolerancia, solidaridad...

No ha dejado de influir en dicha tesitura, agrega el A., la voluntad manifestada por Paulo VI y continuada de algún modo por Juan Pablo II, de no formular condenas expresas, "así como la actitud pastoral de destacar el lado positivo incluso de lo que se juzga erróneo e inaceptable en su conjunto" (p.69). Lo más lamentable es que de lo que se entendía ser una "nueva estrategia" –acercarse al enemigo para llevarlo a la verdad católica– se ha ido pasando insensiblemente a una "nueva doctrina". Ello fue claramente advertible en la política que siguió la Iglesia en zonas ocupadas hasta hace poco por el comunismo. Allí se contentó con exigir el respeto a "los derechos del hombre" o a los compromisos firmados en Helsinki. Era, al parecer, lo único potable al enemigo, pero con el tiempo pasó a ser lo único exigido. Frente al comunismo opresor, se contentaban con pedir la libertad de culto, olvidando la doctrina tradicional de la Realeza social de Cristo. Dicha estrategia, comenta Ayuso, "no podía sino terminar mediante la ubicación del magisterio eclesiástico en un terreno pastoral, que evita las proclamaciones doctrinales", y el consiguiente "abandono en la práctica del recuerdo del Estado cristiano, licenciando a los que pretendían aún seguir siéndolo. Una Iglesia instituida en capellanía de la democracia organizada planetariamente" (pp.71-72). Dicho reconocimiento "pastoral" de los principios de la modernidad acabaría por originar durante mucho tiempo y adentro de la Iglesia dos corrientes aparentemente discrepantes, la liberal, de tipo protestante y americano, y la revolucionaria, de tipo marxista y soviético. En el telón de fondo de todo este proceso se deja percibir el influjo de Maritain, quien había anunciado gozosamente el término del ideal de Cristiandad: "El Sacro Imperio –escribió– ha sido liquidado de hecho, primero por los tratados de Westfalia, finalmente por Napoleón. Pero subsiste todavía en la imaginación como ideal retrospectivo. Ahora nos toca a nosotros liquidar ese ideal" (cit. en p.82). En la práctica, hemos arribado a la instauración de una *contracristiandad* en que las corrientes ideológicas y las instituciones laicistas se dedican a demoler lo que aún queda de cristianismo.

Los árabes de Egipto consideran hoy las pirámides como algo totalmente ajeno a su propia cultura y comprensión. Nosotros, en cambio, los católicos, vemos todavía las viejas catedrales e incluso el Parte-

nón en el telón de fondo de nuestro patrimonio cultural y católico. Pues bien, escribe Rafael Gambra, "el día en que nuestras catedrales –o la acrópolis de Atenas– resulten para nosotros tan extrañas como las pirámides para los actuales pobladores de Egipto, se habrá extinguido en sus raíces nuestra civilización" (cit. en pp.86-87).

Acertadamente señala Ayuso que con aquella proposición que se contiene en el *Syllabus*, la 80ª, tan criticada hoy, donde se declara que el cristianismo es incompatible con el liberalismo y la civilización moderna, el papa Pío IX, hoy beatificado, quiso cerrar el paso a las conciliaciones que los católicos liberales estaban comenzando a proponer. Los hechos consiguientes han demostrado, afirma Francisco Canals, la verdad de aquel aserto que tanto escandalizó en su momento, y cuya exactitud se comprueba fehacientemente en la actualidad. Hoy todos entienden, agrega el gran pensador catalán, que a mayor "modernidad" y "liberalismo", mayor celeridad en la corrupción de las nuevas generaciones, implantación del divorcio, del aborto, matrimonios gay, emancipación de todo lo terreno respecto de lo sobrenatural... (cf. pp.90-91).

Coincidimos con el A. en que no nos es lícito borrar de la tabla de deberes de los católicos el anhelo de reinstaurar la Cristiandad. Es evidente que no será posible restablecerla de un día para otro. Tampoco en su momento San Agustín podía pensar, rodeado como estaba por los vándalos, que ello era factible cuando escribió su gran obra de teología de la historia *De Civitate Dei*. Pero no por ello dejó de anhelar que un día se cumpliera la "política del *Pater noster*": hágase tu voluntad *así en la tierra* como en el cielo, ya que el Señor que dijo: "Se me ha dado todo poder en el cielo *y en la tierra*", no había renunciado ni renunciará jamás a su soberanía.

P. ALFREDO SÁENZ



EDITORIAL
Hipólito Yrigoyen 1970 (C1089AAL) Buenos Aires
República Argentina / Teléfono [54-11] 4952-8383
ventas@vorticelibros.com.ar | vorticelibros@gmail.com
Horario de atención: lunes a viernes 13 a 19 hs.



Camperas
Leonardo Castellani 45

Castellani 1899-1949
Sebastián Randle .... agot

Catecismo Tomista
Santo Tomás de Aquino .... agot

Cien años después
Gilbert K. Chesterton 48

Comunión en la mano
Mons. Juan R. Laise 38

Cosas y más cosas
Juan Luis Gallardo 26

Cristo ¿vuelve o no vuelve?
Leonardo Castellani 58

Crónica de cinco siglos –3ª ed.–
Juan Luis Gallardo 69

Cuatro sermones sobre el Anticristo –2ª ed.–
John H. Newman 27

De los vicios a las virtudes
Miguel Cruz 28

De todo un poco
Gilbert K. Chesterton .... agot

El Apokalypsis de San Juan
Leonardo Castellani 58

El campo de batalla
Hilaire Belloc 58

El desarrollo sustentable.
La nueva ética internacional –3ª ed.–
Juan Claudio Sanahuja 58

El orden natural
Carlos Sacheri 45

El Maestro
San Agustín - Santo Tomás 38

Género y derechos humanos
Jorge Scala 38

Hilaire Belloc. Una memoria
J. B. Morton 48

Historia Argentina para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo .... agot

Historia de las Malvinas para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo 36

Historia Sagrada para chicos argentinos –2ª ed.–
Juan Luis Gallardo 55

La gran conversación. Newman-Castellani
Sebastián Randle .... agot

La reforma de la enseñanza
Leonardo Castellani 38

La Tierra de los Colores
Gilbert K. Chesterton 58

La voluntad del fin en Tomás de Aquino
Beatriz Reyes Oribe 40

Los fieles y la tradición
John H. Newman 27

Malvinas, conflicto vigente
Carlos A. C. Büsser 45

Meditaciones ociosas
Alonso de Escobar 28

Omega 666. El planeta gris
Juan Luis Gallardo 44

Poder global y religión universal
Juan Claudio Sanahuja 42

Primaveras de plomo
Miguel Cruz 26

Que sean uno
Alonso de Escobar 28

Sacheri. Predicar y morir por la Argentina
Héctor H. Hernández 110

Sobrevivientes y recién llegados
Hilaire Belloc 40

Tobías. Una historia de amor con ángeles
Miguel Cruz 20

Una Biblia para mis ahijados
Miguel Cruz .... ep

Viajes, viajeros y lugares
Juan Luis Gallardo 42



GLADIUS

¡EL MEJOR REGALO ES UN LIBRO!

Pedido de Publicaciones

Nombre y Apellido: ....

Domicilio:..

.... CP: ....

Localidad: .... Prov.: ....

Teléfono: .... E-mail: ....

Formas de pago

1) Depositar la suma que corresponda en cualquier sucursal del Banco HSBC, cuenta corriente 617-3203059, a nombre de FUNDACIÓN GLADIUS. Enviar luego la fotocopia de la boleta de depósito junto con el pedido, a FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

2) Enviar cheque o giro postal o bancario contra plaza Buenos Aires, a la orden de FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

Remito la suma de $ .... Depósito ❍ Cheque ❍ Giro ❍
en concepto de la/s publicaciones señaladas

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO GLADIUS

Suscripción Gladius	Ordinaria	Estudiante	Extranjera y Apoyo
❍ Año 2010: Volúmenes 76-77-78	$ 90	$ 75	U$S 100

❍ Volúmenes sueltos (1-2-3-4 agotados) c/u $ 36
Indique los números solicitados:

Los libros de Gladius se encuentran disponibles
en las Librerías **LEONARDO CASTELLANI**

Buenos Aires
Bartolomé Mitre 2162 (e/Junín y Uriburu)
(C1039AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4136 2555 - Lunes a Viernes de 10 a 20

Bernal
25 de Mayo nº 51 (1876) Bernal, Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4251 7691

La Plata
Calle 57 nº 936 e/13 y 14 (1900) La Plata, Buenos Aires
Tel/Fax: 0221 422 2802

Marque con una ✗ el/los libro/s elegido/s: **$**

- ❍ AA.VV., **Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas Ciclos A-B-C,** c/u 36
- ❍ AA.VV., **Palabra y Vida** –los 3 volúmenes– 84
- ❍ ANÓNIMO, **Libro acerca de la Natividad de María** 12
- ❍ ARROYO DE SÁENZ, E., **El secreto de San Martín** 13
- ❍ BALLESTEROS, Juan C. P., **La filosofía del Padre Castellani** 24
- ❍ BELLOC, Hilaire, **Así ocurrió la Reforma** 24
- ❍ BERTHE, **García Moreno** 36
- ❍ BOJORGE, Horacio, **¿Entiendes lo que lees? La interpretación bíblica en crisis** 36
- ❍ BOJORGE, Horacio, **Éstas son aquellas palabras mías** 36
- ❍ BREIDE OBEID, Marcelo, **Vocación del militar cristiano** .... ag
- ❍ BREIDE OBEID, Rafael L., **Imagen y Palabra** 36
- ❍ BREIDE OBEID, Rafael L.y o., **Legislación fundamental sobre recursos naturales y ambiente humano sustentable** .... ep
- ❍ BREIDE OBEID, Rafael L., **Los Ángeles y las Naciones** 12
- ❍ BREIDE OBEID, Rafael L., **Política y sentido de la historia** 36
- ❍ BREIDE OBEID, Rafael L., **Teología política según Gueydan de Roussel** 60
- ❍ CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Apogeo de la ciudad cristiana** 36
- ❍ CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Formación de la ciudad cristiana** 36
- ❍ CASTELLANI, Leonardo, **Las canciones de Militis** 36
- ❍ CASTELLANI, Leonardo, **Las ideas de mi tío el Cura** 36
- ❍ CASTELLANI, Leonardo, **Los papeles de Benjamín Benavides** 42
- ❍ CASTELLANI, Leonardo, **Seis ensayos y tres cartas** 36
- ❍ CATURELLI, Alberto, **Dos, una sola carne. Metafísica, teología y mística del matrimonio y la familia** 48
- ❍ CATURELLI, Alberto, **El abismo del mal** 36
- ❍ CATURELLI, Alberto, **Examen crítico del liberalismo como concepción del mundo** .. 30
- ❍ CATURELLI, Alberto, **La historia interior** 36
- ❍ CATURELLI, Alberto, **La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy** 42
- ❍ CATURELLI, Alberto, **La metafísica cristiana en el pensamiento occidental** 18
- ❍ CATURELLI, Alberto, **La Patria y el orden temporal. El simbolismo de las Malvinas** 42
- ❍ CAVIGLIA CÁMPORA-VAN RIXTEL, **Tercer Milenio. El misterio del Apocalipsis** 72
- ❍ CREUZET, M., **La Enseñanza** 14
- ❍ CREUZET, M., **Los cuerpos intermedios** 14
- ❍ DE ESTRADA, Santiago, **Santos y misterios** 18
- ❍ DE MAEZTU, Ramiro, **Defensa de la Hispanidad** 24
- ❍ DE OLIVERO, Marta, **Cómo conocerse y confesarse bien** 36
- ❍ DELHEZ, Víctor, **49 grabados sobre el Apocalipsis** 72
- ❍ DERISI, O.N., **Esbozo de una epistemología tomista** 18
- ❍ DIEZ, Marcelo, **Luces y sombras de la educación argentina** 36
- ❍ EDDÉ, Emilio, **El Líbano en la historia** - tomo I 36
- ❍ EDERLE, R. - SÁENZ, A., **Las Parábolas de Jesús, ayer, hoy y siempre** .... ag
- ❍ GOROSTIAGA, Roberto, **Cristianismo o revolución** 18

❍ GOYENECHE, Juan Carlos, **La continuidad en el Magisterio de la Iglesia** 6
❍ GUEYDAN DE ROUSSEL, Guillermo, **El Verbo y el Anticristo** 36
❍ HOFFNER, Cnal J., **Doctrina Social de la Iglesia o Teología de la Liberación** 12
❍ LASA, Carlos D., **Tomás Darío Casares** 36
❍ LE PLAY, F., **La reforma de la sociedad. El trabajo** 12
❍ LEDESMA DE CASARES, M. Dolores, **Las Nobles Pobres. Historia de las Capuchinas en Buenos Aires** 36
❍ LEFEBVRE, J., **Introducción a las ciencias biológicas** 6
❍ LEFEBVRE, J., **La nueva ciudad de Cristo** 12
❍ LOMBARDI, E., **La música sagrada** 12
❍ LOMBARDI, E., **Los fieles cantan** 12
❍ MEDRANO, S., **Construcción de la Cristiandad en la Argentina** 12
❍ MIHURA SEEBER, F., **De Prophetia y otros temas de actualidad** 32
❍ MOLNAR, Thomas, **La Iglesia peregrina de los siglos** 36
❍ MONTEJANO, Bernardino, **Familia y Nación histórica** 18
❍ MUCCHELLI, R., **La subversión** 12
❍ OUSSET, Jean, **Introducción a la política** 18
❍ PADRE EMMANUEL: **El cristiano del día** 12
❍ PADRE EMMANUEL: **El naturalismo** 12
❍ PAGANO (h), José León**, El testigo romano** 36
❍ PEREA de MARTÍNEZ, María E., **Conocer nuestro tiempo** 35
❍ PEREA de MARTÍNEZ, María E., **El poder oculto. Sociedad y medios ....** 35
❍ PEREA de MARTÍNEZ, María E., **La cara oculta del sexo** 12
❍ REGO, Francisco, **La materia prima: una confrontación crítica** 42
❍ REGO, Francisco, **La nueva teología de Nicolás de Cusa. La descalificación del saber racional** 36
❍ REGO, Francisco, **La polémica de los universales: sus autores y sus textos** 36
❍ REGO, Francisco, **La relación del alma con el cuerpo** 48
❍ SÁENZ, Alfredo, **Antonio Gramsci y la revolución cultural** 12
❍ SÁENZ, Alfredo, **Cristo y las figuras bíblicas** .... ep
❍ SÁENZ, Alfredo, **De la Rus de Vladimir al hombre nuevo soviético** .... ag
❍ SÁENZ, Alfredo, **El Cardenal Pie** 48
❍ SÁENZ, Alfredo, **El fin de los tiempos y siete autores modernos** 72
❍ SÁENZ, Alfredo, **El hombre moderno. Descripción fenomenológica** 29
❍ SÁENZ, Alfredo, **El Icono, esplendor de lo sagrado** 72
❍ SÁENZ, Alfredo, **El pendón y la aureola** 46
❍ SÁENZ, Alfredo, **El santo sacrificio de la Misa** 34
SÁENZ, Alfredo, **Héroes y Santos**
❍ 1: *San Pablo* 19
❍ 2: *San Bernardo* 19
❍ 3: *San Fernando* 19
❍ 4: *Isabel la Católica* 19
❍ SÁENZ, Alfredo, **In Persona Christi** 58
❍ SÁENZ, Alfredo, **José Canovai** 36
❍ SÁENZ, Alfredo, **La Ascensión y la Marcha** 30

- ❍ SÁENZ, Alfredo, **La Caballería** 38
- ❍ SÁENZ, Alfredo, **La Catedral y el Alcázar** 36
- ❍ SÁENZ, Alfredo, **La celebración de los misterios en San Máximo de Turín** 24
- ❍ SÁENZ, Alfredo, **La Cristiandad y su cosmovisión** 72

SÁENZ, Alfredo, **La Nave y las Tempestades**

- ❍ Tomo 1: *La Sinagoga y la Iglesia primitiva. Las persecuciones del Imperio Romano. El arrianismo* 42
- ❍ Tomo 2: *Las invasiones de los bárbaros* 42
- ❍ Tomo 3: *La embestida del Islam* 30
- ❍ Tomo 4: *La querella de las investiduras. La herejía de los cátaros* .... ag
- ❍ Tomo 5: *El Renacimiento* .... ag
- ❍ Tomo 6: *La Reforma Protestante* 36
- ❍ Tomo 7: *La Revolución francesa I. La revolución cultural* 42
- ❍ Tomo 8: *La Revolución francesa II. La revolución desatada* 42
- ❍ Tomo 9: *La Revolución francesa III. Cuatro pensadores contrarrevolucionarios* 48
- ❍ Tomo 10: *La Revolución francesa IV. La epopeya de la Vendée* 48

SÁENZ, Alfredo, **Las Parábolas del Evangelio según los Padres de la Iglesia**

- ❍ Tomo 1: *La misericordia de Dios* 60
- ❍ Tomo 2: *La misericordia con el prójimo* 45
- ❍ Tomo 3: *La figura señorial de Cristo* 60
- ❍ Tomo 4: *El misterio de Israel y de las naciones* 36
- ❍ Tomo 5: *El misterio de la Iglesia* 36
- ❍ Tomo 6: *La siembra divina y la fecundidad apostólica* 36
- ❍ Tomo 7: *El seguimiento de Cristo* 42
- ❍ Tomo 8: *La expectación de la Parusía* .... ep
- ❍ SÁENZ, Alfredo, **Siete virtudes olvidadas** 46
- ❍ SÁENZ, Ramiro, **Sólo Dios basta: Devocionario de la familia** 36
- ❍ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: **La vocación religiosa** 24
- ❍ SAN CIPRIANO, **La unidad de la Iglesia Católica** 12
- ❍ SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Historia sintética de España** 36
- ❍ SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Isabel la Católica. Cronología de su reinado** .... ag
- ❍ SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Occidente y Cristiandad** 36
- ❍ SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Catecismo Tomista** 38
- ❍ SANTO TOMÁS DE AQUINO, **De las razones de la Fe** 24
- ❍ SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Las creaturas espirituales** 48
- ❍ SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Los Mandamientos comentados** 24
- ❍ SIEBERT, M., **La transformación educativa argentina** 12
- ❍ TOTH, Tihamer, **El joven y Cristo** 24
- ❍ TOTH, Tihamer, **Pureza y juventud** 24
- ❍ TRIVIÑO, Julio, **El cura Brochero** 12
- ❍ TRIVIÑO, Julio, **El Ser –poema filosófico literario–** 12
- ❍ VAISSIERE, J.M., **Fundamentos de la política** 12
- ❍ VIZCARRA, Zacarías de, **La vocación de América** 30

(ep: en preparación; ag: agotado)

GLADIUS

Los libros de Gladius se encuentran disponibles en las Librerías
LEONARDO CASTELLANI

Buenos Aires
Bartolomé Mitre 2162 (e/Junín y Uriburu)
(C1039AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4136 2555
Lunes a Viernes de 10 a 20

Bernal
25 de Mayo nº 51
(1876) Bernal, Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4251 7691

La Plata
Calle 57 nº 936 e/13 y 14
(1900) La Plata, Buenos Aires
Tel/Fax: 0221 422 2802